Sophie Saint Rose



Hambrienta de Amor

Sophie Saint Rose



Hambrienta de Amor

Hambrienta de amor

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Capítulo 1

Gina empujó la puerta de cristal totalmente decepcionada, porque estaba segura de que no la contratarían, y cuando llegó a la calle se miró el tacón de su zapato negro que estaba a punto de caerse. Estaba claro que no era buena idea comprárselos de segunda mano. Bufó bajando la pierna y apartó de mala manera un largo mechón de cabello negro del hombro antes de colgarse la correa del bolso, cuando salieron de la central del banco un grupo de chicas muy bien vestidas.

—¿A dónde vamos a comer? —preguntó una de ellas al grupo.

Admirando su vestido verde levantó la vista hasta su perfil y se quedó helada al verse a sí misma.

—He reservado en el de enfrente —dijo otra chica.

—¿Otra vez? —protestó yendo hacia el paso de peatones.

—Es lo más rápido.

Fascinada sin poder evitarlo caminó tras ellas. Eran exactamente iguales excepto por el color de cabello. Gina se quedó a cierta distancia, pero se dio cuenta enseguida que se había teñido el pelo con muchas mechas rubias. Hasta se teñía las cejas, pero sus pestañas delataban que era tan morena como ella. Se quedó allí de pie mientras ellas riendo cruzaban de acera. Cuando entraron en el lujoso restaurante se llevó la mano al vientre mientras miles de pensamientos pasaban por su mente. ¿Estaría equivocada y no se parecía tanto a ella? ¿Pero qué tonterías pensaba? Si era como mirarse al espejo. Y eso no podía ser. Mirando el restaurante caminó hacia la boca de metro sin darse cuenta de que tropezaba con alguien. —

Perdón —dijo sin mirarle.

—¿Cuándo has ido a la peluquería? ¿Durante mi reunión?

La voz grave hizo que levantara la vista para ver unos ojos verdes que le robaron el aliento. El guapísimo hombre de traje que tenía delante, la miraba como si la conociera con una agradable sonrisa en su rostro. —

¿Qué?

El hombre la miró de arriba abajo. —¿Te has cambiado?

—¿Me conoce? —preguntó impresionada por lo atractivo que era con su cabello negro repeinado hacia atrás y ese traje gris que le quedaba de miedo. Alucinada miró su corbata de seda gris. Dios, qué bien olía.

—¿Cristine? —Frunció el ceño y al darse cuenta de que hablaba de la otra mujer se asustó mirando sus ojos para alejarse a toda prisa. —¡Eh!

¡Espera!

Corrió hacia la boca del metro perdiendo el tacón del todo. Al llegar a la entrada miró hacia atrás y suspiró del alivio cuando no le vio. Pasó la tarjeta de acceso y fue hasta el andén jurando por lo bajo porque había perdido el tacón y ahora iría coja hasta su casa.

Cuando llegó al tren se dejó caer en su asiento aún asombrada. Ese hombre la había confundido con esa chica. ¿Cristine? Sintió un vacío en el estómago que la angustió. ¿Qué estaba pasando allí? Había oído una vez que todo el mundo tenía un doble en algún sitio, pero era tan exacta a ella…

Tenía que ser eso porque la otra cosa que se imaginaba le puso los pelos de punta.

Cuando llegó a casa en Queens tiró el bolso sobre el viejo sofá que había rescatado de un contenedor y corrió hasta el armario donde guardaba su vieja maleta. La sacó a toda prisa dejándola caer en el suelo y abrió las correas. Cuando la habían echado del centro donde había llegado a la mayoría de edad, le dieron unos papeles que ni había mirado. Sacó el viejo sobre amarillo y lo abrió a toda prisa. La mayoría de los papeles eran informes médicos. Frustrada pasó las hojas buscando algo sobre su adopción cuando era apenas una recién nacida, pero allí no aparecía nada.

Al ver el certificado de defunción de los únicos padres que había tenido sus ojos se llenaron de lágrimas y frustrada dejó caer los papeles. Era imposible. No podían haberlas separado al nacer. ¿O sí? Se levantó de un salto y agarró su bolso tirando su contenido al suelo. Cogió su móvil y buscó el número de su asistente social, pero hacía años que no hablaba con ella y había cambiado el móvil varias veces desde entonces. Seguramente lo había perdido. Gimió llevándose las manos a la cabeza y apartando su largo cabello de su rostro. Sus ojos negros no pudieron retener las lágrimas y sollozó intentando encontrar respuestas. ¿Dónde podía enterarse de si estaba en lo cierto? Se volvió de golpe hacia los papeles y revolvió en la maleta sacando los documentos de su adopción. Ansiosa los leyó a toda prisa y sus ojos brillaron al ver que mencionaba que había nacido en el hospital de Brooklyn el cuatro de diciembre de mil novecientos noventa y cinco. En el hospital tenían que saber algo. Entrecerró los ojos incorporándose y dejó caer la hoja al suelo.

Caminó como si nada hasta el control de enfermería empujando el carrito de limpieza y sonrió a la enfermera que estaba tras el mostrador. —

Una noche tranquila, ¿verdad?

—Sí, y menos mal. Aunque mañana cambiará la cosa.

—¿Si? ¿Y eso por qué? —preguntó escurriendo la fregona con la palanca.

—Porque es luna llena. Los partos se elevan cuando hay luna llena

—dijo divertida.

Soltó una risita. —¿Eso no son cosas de viejas?

—Te aseguro que es verdad. ¿Eres nueva? —Frunció el ceño. —

Normalmente a esta hora no limpia nadie.

—Es que se han quejado a administración y me han alargado el turno.

—Estos chupatintas siempre tocando los huevos. —Exasperada cogió un expediente. —Me llamo Sara.

—Louise. —Sonrió agradablemente ganándose su confianza.

—Encantada.

Pasó la fregona ante el mostrador y sonó un pitido. Sara se levantó en el acto y miró unos monitores. —Nos ponemos en marcha. —Levantó un teléfono y dijo —¿Doctor Madison? La trescientos seis en marcha. —Colgó y le guiñó un ojo antes de alejarse casi corriendo hacia una de las habitaciones.

Gina miró a su alrededor y se apuró para pasar al otro lado del mostrador. Puso su nombre en el buscador, pero no se encontraron

resultados. —Joder… —Probó con su fecha de nacimiento y salieron veintitrés nacimientos ese día. Al pinchar en el primero vio que era un niño que había pesado casi cuatro kilos, pero lo más interesante es que ponía todos los datos de sus padres, dirección e informes médicos. Escuchó pasos corriendo y le dio a la tecla de Escape antes

de coger la papelera para salir y vaciarla en el carrito. —Oh, perdona —dijo cuando casi se choca con Sara.

—Falsa alarma. A ver si intercepto al médico o me tirará de las orejas por molestarle.

Ella dejó la papelera en su sitio y regresó a su carrito empujándolo.

—Yo voy a seguir…

—Vete a casa. Nadie se dará cuenta —dijo divertida.

—Sí, ya.

Cuando ya estaba al final del pasillo vio como llegaba una mujer en una cama y su marido iba al lado cogiéndole la mano. Se le puso un nudo en la garganta por lo felices que se les veía.

—Ahora lo llevarán al nido, pero seguro que en nada nos lo traerán para que le veas de nuevo, amor —dijo él tranquilizándola—. Ahora van a acomodarte a ti mientras le asean.

—Es guapo, ¿verdad?

—Es perfecto.

Sus ojos se empañaron por la ilusión que les hacía. Estaba segura de que su nacimiento no había sido igual porque a ella no la habían querido.

Dejó el carrito en el cuarto donde lo había encontrado y después de quitarse la bata y el pañuelo que cubría su cabello pasó ante el nido deteniéndose para ver a todos aquellos bebés en sus cunitas. Unos familiares llegaron con globos, flores y muchas sonrisas agolpándose ansiosos ante el cristal. —¿Es ese?

—Todavía no ha debido llegar —dijo un hombre mayor que debía ser el abuelo.

En ese momento llegó una enfermera empujando una cunita y al verles allí sonrió antes de cogerle en brazos. Era tan pequeñito que encogía el corazón y sonrió con tristeza mientras se acercaba.

—Oh… —dijeron todos.

—¿Has visto, Harry? Tiene tu nariz.

—Sí —dijo el abuelo orgulloso—. Es un Stelman en toda regla.

Varios se echaron a reír mientras sacaban fotos y Gina sintiendo una tristeza enorme de repente perdió la sonrisa poco a poco alejándose. Ella nunca había visto una foto suya de bebé. Ni siquiera de cuando era pequeña.

Había sido adoptada en su nacimiento y al año sus padres murieron en un accidente de coche. Había visto una foto de ellos porque estaba en un

expediente, pero nada más. La metieron en un orfanato porque al parecer no tenía familia que la acogiera hasta que tuvo cuatro años. Nunca supo por qué a ella no la quería nadie. No había sido consciente de que no tenía familia hasta que estuvo en una casa de acogida donde había cuatro niños más. Niños que fueron desapareciendo para llegar otros. Cuando murió de un infarto la mujer que la atendía tenía ocho años. La trasladaron de casa y así se pasó toda la vida hasta que terminó en un horrible orfanato regentado por monjas. Odió estar allí. Era como una prisión donde controlaban todo lo que hacía y casi celebró llegar a su mayoría de edad para largarse.

Afortunadamente siempre había estudiado bien y le dieron una beca, pero en una universidad estatal que no tenía ningún prestigio. Su licenciatura en económicas era de risa comparada con la competencia que había en Manhattan y más en esos tiempos donde tenían masters carísimos a los que ella jamás podría aspirar. Pero lo que la había agobiado era la soledad que la había acompañado toda

la vida. Sin vínculos con nadie porque tarde o temprano los apartaban de ella. Y su hermana siempre había estado ahí.

Porque algo en su interior le decía que era su hermana. Lo sentía. Siempre había estado en la misma ciudad y ella sin saberlo. El nudo que tenía en la garganta amenazaba con ahogarla y le costó respirar apoyándose en la pared al lado del ascensor.

—¿Se encuentra bien?

Se volvió para ver al abuelo del bebé que estaba a su lado. —Sí, gracias.

—Estás muy pálida, niña. —La cogió por el brazo. —¿Por qué no te sientas un rato?

—Estoy bien, de verdad —dijo emocionada porque parecía preocupado, pero ya le había pasado antes. Esa preocupación era temporal y enseguida se olvidaban de ella. Se enderezó forzando una sonrisa y soltó su brazo con delicadeza—. Gracias.

Él sonrió. —De nada.

Se metió en el ascensor y pulsó el botón del bajo. Reteniendo las lágrimas se dijo que era una estúpida. Llevaba sola toda la vida y seguramente seguiría así. Igual todo eso era una tontería. Antes de llenarse la cabeza de pájaros debía asegurarse de que Cristine era su gemela.

—¿Te ha vuelto a tocar esta noche? —le preguntó a Sara afable empujando su carrito de limpieza.

—Uff… y menuda noche. ¿No te lo había dicho? Paren como conejas.

Rio por lo bajo cogiendo la bayeta y la pasó por el mostrador. —

¿No exageras?

—Dieciséis llevamos ya y lo que queda. —Se puso unos guantes de látex y en ese momento llegó una compañera. —Hay que preparar la epidural de la trescientos cinco.

—Enseguida lo hago. Ya viene el anestesista.

—Bien.

La mujer que tendría la edad de ser su madre la miró de reojo sentándose tras el ordenador. —¿Eres nueva?

—Es Louise —dijo Sara cogiendo una bandeja y yendo hacia una habitación.

—Hola.

La mujer sonrió tecleando en el ordenador. —Hola.

Ella cogió la fregona esperando que se fuera, pero le daba la sensación de que no se movería de ahí en un rato.

—¿Te conozco?

La miró sorprendida. —¿Perdón?

La enfermera se levantó. —Me suena tu cara. Muchísimo.

—Pues… —Entrecerró los ojos mirándola. —Pues no caigo, la verdad.

—Bah, ya me acordaré. —Sonrió cogiendo una bolsa de suero antes de alejarse.

Ella estiró el cuello para ver que iba al final del pasillo y entraba en una habitación. Miró a su izquierda y Sara aún no había salido. Puede que no tuviera otra oportunidad… Rodeó el mostrador y en el buscador del hospital volvió a introducir su fecha de nacimiento. Abrió todas las pestañas de todos los nacimientos y le dio a imprimir.

Con el corazón en la boca salió del mostrador mientras la impresora sacaba una hoja tras otra. Miró tras ella con la fregona en la mano para comprobar que Sara salía en ese momento hablando con un hombre.

—Por favor, seca bien el suelo.

Se sobresaltó dándose la vuelta para encontrarse a la compañera de Sara ante ella. —Ya sé de qué te conozco. —Sonrió de golpe. —Bueno, no te conozco a ti, debió ser a tu madre. ¿Naciste aquí? —Se quedó de piedra.

—Porque tuvimos una paciente cuando entré a trabajar aquí que era igualita a ti. Recuerdo esos ojos negros rodeados por esas… —De repente perdió la sonrisa poco a poco.

—¿Conoció a mi madre? —preguntó ansiosa.

—No —respondió rápidamente.

—¿Seguro?

—He debido confundirme. Acabo de recordar que te pareces a una vecina mía. —Se echó a reír. —Pero está claro que no eres tú.

No se creyó ni una palabra porque vio su sonrojo y como quiso entrar tras el mostrador a toda prisa. —¿Qué se está imprimiendo?

Se acercó a los papeles y Gina dijo rápidamente —Vino un doctor.

Parecía muy serio. Debe ser algo personal. —La enfermera apartó la mano a toda prisa. —¿De veras no conoció a mi madre?

La mujer forzó una sonrisa. —Claro que no, tonterías mías. Me hago mayor. —Salió del mostrador con una tablilla en la mano. —Voy a hacer la ronda y tomar la fiebre a las pacientes.

—Entonces hasta mañana.

—Hasta mañana —dijo aliviada de que se fuera.

Se puso a fregar sin quitarle ojo y esta a toda prisa se metió en la primera habitación que pilló. Se escuchó un pitido y Sara llegó corriendo.

—¿Ves? Otra. —Salió corriendo de nuevo y gritó —¡Tess a la trescientos cuarenta!

La de la fiebre la siguió y ambas se metieron en otra habitación.

Gina miró la bandeja de la impresora y en ese momento salió la última hoja.

Pasó a toda prisa y cogió el montón de hojas doblándolas y metiéndoselas bajo la camiseta. Vació la papelera y llevó su carrito hasta el armario.

Quería dejarlo todo en su sitio por si tenía que regresar por alguna información.

Ya en el ascensor sacó los papeles de la camiseta y aprisa revisó las hojas. Se le cortó el aliento al encontrar a una paciente que había tenido dos niñas. Gemelas. Su nombre era Gina Rizzo. Tenía dieciocho años y estaba ingresada en un centro penitenciario. En rojo ponía "Adoptadas". Pasó la hoja para ver sus informes médicos. Una de ellas se llamaba Antonella y había pesado dos kilos setecientos gramos. En el informe decía que todo estaba muy bien. Volvió la hoja y frunció el ceño al ver lo largo que era el otro historial y supo que era el suyo porque la niña se llamaba Gina. Al parecer había tenido una insuficiencia respiratoria y estuvo ingresada un mes más que su hermana. Por lo visto sus pulmones no se habían desarrollado correctamente por la dependencia de las drogas de su madre natural. Pero después de un mes en la incubadora le habían dado el alta.

Dejó caer la hoja con la mirada perdida. Era evidente que su mala suerte había empezado desde el principio porque su hermana había tenido una vida mucho mejor que la suya.

Saliendo del hospital volvió a revisar las hojas y cuando volvió a releerlo todo se dijo que ya tenía la confirmación que necesitaba. Era su hermana. Se sentó en un banco sin poder creérselo y una alegría inmensa la

invadió. ¡Tenía una hermana! Chilló de felicidad y se levantó de golpe corriendo hacia la boca de metro.

Ante Drachen Bank observó el escudo que había sobre la puerta. Un dragón de estilo medieval con las alas extendidas. Drachen significaba dragón en alemán y era de Alemania de donde provenía la familia, que se había trasladado a América varias generaciones atrás. Hizo una mueca.

Seguro que no estarían nada contentos con su descubrimiento. Que se fastidiaran. Mira que no contratarla... Si era una mierda de puesto de secretaria de la secretaria de la secretaria del último mindundi de allí. Con sus notas estaba más que cualificada. Pero al parecer no era lo suficientemente pija para ese lugar, pensó viendo salir a los trajeados a comer.

Cuando salió una chica rubia hablando con un hombre de traje se tensó enderezando la espalda. La chica miró a su lado de la calle y sonrió porque era su hermana. Se ajustó las gafas de sol y les observó cruzar la calle. Pasaron tras ella hablando animadamente sobre unos bonos y Gina disimuló mirando la carta del restaurante donde Antonella había comido una semana antes. Menos mal que no iban allí, aquello costaba una fortuna.

Como si nada caminó tras ellos con el móvil en la mano. Había bastante gente como para que no se fijaran en ella.

—¿Y qué ha dicho tu padre?

—Me ha tirado de las orejas por fiarme de un chivatazo así. Hemos perdido dos millones.

Se le cortó el aliento. Joder con su hermana. Sí que tenía ojo para invertir, pero para su sorpresa se echaron los dos a reír como si no pasara nada. —Vamos, que me muero por una hamburguesa. —Tiró del brazo de aquel tipo y entraron en una hamburguesería. Casi chilla de la alegría porque allí podía entrar y sin perderles de vista, dejó que en la fila para pedir se pusieran ante ella un grupo de chavales. Ellos seguían hablando animadamente y se fijó en el hombre que la acompañaba. Era rubio y muy guapo. La miraba como si la adorara escuchando cada palabra que salía de su boca atentamente y a Gina se le encogió el corazón porque era evidente que estaba enamorado de su hermana. Sin poder evitarlo sonrió porque parecía buena persona. Vio como ella pedía y su amigo sacaba la cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Cuando les sirvieron su hermana cogió la bandeja y se volvió. Gina agachó la cabeza semicubriendose el rostro con su largo cabello negro cuando llegó otro empleado y se puso tras la caja vacía. Ella fue hasta allí y pidió una hamburguesa con una cola mirando de

reojo donde se sentaban. Cuando la sirvieron fue hasta allí y se sentó tras su hermana de espaldas a su mesa.

—Oh, sí… Es esta noche. ¿Vendrás? —preguntó Cristine.

—No he sido invitado.

—Te invito yo.

—Es una noche importante para tus padres —dijo algo incómodo—.

No pinto nada allí.

—Vamos… Somos amigos.

Gina se mordió el labio inferior sintiendo su decepción. —Sí, precisamente… Somos amigos. ¿A que nadie lleva a sus amigos? —

preguntó molesto.

—¿Te has enfadado? —Parecía sorprendida.

—No —respondió incómodo—. Claro que no. ¿Por qué iba a enfadarme?

—Esto está buenísimo —dijo su hermana con la boca llena.

—No deberías…

—Venga, no me fastidies como los demás. Contigo puedo hacer lo que quiera. No me regañes por hablar con la boca llena.

—No es eso y lo sabes.

—Sobre esta noche…

—Ya te he dicho que allí no pinto nada.

—James estás gruñón, come patatas.

Sonrió divertida porque era evidente que siempre conseguía lo que quería.

—Bolton va a llevar a esa novia que tiene ahora.

—¿Así que va en serio?

—Qué va. Pero la va a llevar. ¿Por qué no puedo llevarte a ti?

—Si fuéramos novios… Pero solo somos amigos —dijo irónico.

—Pues serás mi novio esta noche. —Escuchó como a él se le cortaba el aliento. —Mañana lo dejamos.

¿Su hermana era ciega? Es que era para matarla. Si estaba loquito por ella, ¿cómo no se daba cuenta?

—Muy bien —gruñó antes de beber de su cerveza—. Iré.

—Tienes que llevar smoking.

Suspiró como si fuera una pesadez. —Tendré que salir antes para alquilar uno.

—Perfecto —dijo con alegría.

A través de uno de los espejos de la hamburguesería vio como sonreía sin dejar de masticar. —Come que tenemos la reunión. No quiero llegar tarde.

—Total hoy ya has superado tu récord. Bolton va a estar encantado cuando vea las cifras de los bonos.

—Da igual, a mí nunca me regaña. Tengo enchufe.

—Sí, más bien una central eléctrica.

Ella soltó una risita. —Tenemos dos.

Durante la comida se enteró de muchas cosas porque su hermana no era precisamente discreta. Era rica, muy rica. Sus padres eran los dueños del banco y por eso tenía el trabajo allí. Había ido a un colegio carísimo en el centro que celebraba una reunión el sábado siguiente y ella se moría por ir para ver a sus antiguos compañeros. Se notaba que era muy sociable y alegre. Y se notaba que James era su confidente porque hablaba con él de todo. Incluso de un médico que tenía que visitar para una revisión. Él se preocupó enamorado como estaba, pero Cristine le dijo que no era nada que era el ginecólogo. Su hermana se echó a reír cuando él se puso colorado.

—Vamos a trabajar o Bolton me retorcerá las pelotas.

—No le dejaré.

—Ni tú puedes detenerle cuando se pone de mala leche.

Puso la mano en la parte baja de su espalda llevándola hacia la salida y Gina sonrió viendo cómo se alejaban.

—¿Le ocurre algo a la hamburguesa?

Sorprendida vio a su lado a una de las empleadas con una redecilla en la cabeza y se sonrojó. —Oh, no. Es que me gusta fría.

La miró como si le faltara un tornillo y ella sonrió disimulando.

Volvió la vista hacia el escaparate y vio a su hermana riendo. Se notaba que era muy feliz. Miró su triste hamburguesa fría perdiendo la sonrisa poco a poco. ¿Y si ella no lo sabía? ¿Y si con su presencia explotaba su burbuja y le amargaba la vida? Porque no es que ella fuera la alegría de la huerta.

Seguro que nunca había conocido a una persona que reutilizaba hasta los vasos de café para meter el cepillo de dientes. Se mordió el labio inferior.

Sí, igual aquello no era buena idea. Sintió que se le retorcía el corazón, pero ella no le iba a aportar nada. Era feliz, tenía la vida perfecta y ella solo sería una molestia. La hermana fracasada y amargada que había aparecido de la nada para joderle la existencia. Se quedó mirando la hamburguesa pensando en ello tanto tiempo que el encargado de la hamburguesería se acercó a su mesa golpeándola en el hombro. —Oye, aquí no se puede venir a dormir.

Sorprendida se quitó las gafas de cinco pavos. —¿Qué has dicho?

El chico se sonrojó. —Perdona, pensaba que eras una indigente.

Atónita se miró la ropa. Una camiseta vieja que tenía desde la adolescencia y unos vaqueros desgastados por el uso. Eso la decidió y cogió su hamburguesa metiéndola en el bolso antes de agarrar su refresco.

Sintiendo que hacía lo correcto salió de la hamburguesería alejándose de Drachen Bank.

Capítulo 2

Un año después

—Capuchino y café latte —dijo poniendo los cafés sobre la mesa.

Uno de los yuppies dejó veinte dólares al lado de su taza. —Quédate la vuelta —dijo sin mirarla siquiera.

—Gracias.

Se volvió con la bandeja en la mano y fue hasta la caja marcando su número de mesa. Metió la vuelta en el bote de las propinas y levantó la vista quedándose de piedra al ver a aquel tipo con el que se había topado ante el banco un año antes. Era increíble que le reconociera al instante, pero es que estaba igual de guapo. Puede que incluso más porque estaba muy moreno después de un crucero por las Bermudas, seguramente. Vio como se

sentaba en una de sus mesas. A toda prisa se acercó a Prue. —¿Puedes atender la cinco por mí?

Su compañera miró sobre su hombro mientras hacía unos cafés en la cafetera y sonrió como si le hubiera tocado la lotería. —Hecho.

—Perfecto.

Vio que iba hacia allí pasándose la mano por la cadera de manera descarada. Y es que lo que le sobraban a Prue eran curvas por todas

partes.

A pesar de pasar de los cuarenta no le faltaban hombres que la admiraran y lo demostraba que tres estaban a punto de tener una dislocación cervical por mirarle el culo. Vio como él levantaba la vista hacia ella y pedía algo muy serio. Perdió el aliento al ver de nuevo esos ojos verdes que fueron a parar a ella. Sorprendida se giró de golpe. —Mierda. —Gimió pensando en qué hacer y vio por el espejo que uno de los yupis intentaba llamar su atención.

Disimulando cogió un muffin y lo puso en un platito volviéndose y dejándolo sobre el mostrador antes de ponerse a limpiar la barra como si fuera lo más interesante del mundo. Prue se puso a su lado y susurró —

Quiere que le atiendas tú.

—¿Qué? —preguntó mirándola con horror.

—Dice que te conoce. —Se encogió de hombros. —Los de la cuatro quieren sacarina. —Le puso los sobrecitos en la mano y le guiñó un ojo. —

No seas tímida. Está buenísimo. Echa una cana al aire.

Ella siempre pensando en lo mismo. Salió de la barra y tomando aire dejó de la que pasaba la sacarina sobre la mesa forzando una sonrisa y casi arrastrando los pies llegó hasta él que levantó una ceja mirándola fijamente.

—¿Qué le pongo?

—Siéntate.

Se quedó de piedra. —Perdón, pero tengo novio y estoy trabajando

—dijo como si estuviera ofendida, aunque que quisiera hablar con ella casi la mataba de gusto.

—Siéntate, Gina.

Separó los labios de la sorpresa y él le indicó con la mano la silla que estaba en frente. —Tengo algo muy importante que contarte.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Siéntate —dijo muy serio.

Entonces se dio cuenta. —Ah, es por la placa. —Se miró la plaquita del pecho y soltó una risita nerviosa. —Claro. —Le miró de nuevo. —Mire, tengo trabajo. No puedo sentarme con los clientes.

Él cogió su mano cuando iba a volverse. —Siéntate, tenemos que hablar de tu hermana.

Perdió todo el color de la cara. —¿Qué has dicho?

—Tengo algo muy importante que decirte.

Se sentó de inmediato. —¿Cómo sabes que tengo…?

—Aquel día me quedó muy claro. Cuando vi llegar a mi prima a la oficina, me di cuenta de inmediato de lo que ocurría. —Apoyó su espalda en el respaldo de la silla deslizando los dedos por su corbata.

—¿Tu prima?

—Soy Bolton Drachen.

Nerviosa miró hacia la barra para ver que Prue parecía asombrada y le decía con las manos que se levantara. Sin hacerle caso volvió la vista hacia él. —¿No podemos hablar de esto en otro momento? Me van a despedir y no está la cosa como…

—Cristine te necesita.

Se tensó con fuerza. —¿Qué has dicho?

—Mira, esto no puede salir de aquí, ¿de acuerdo?

Asintió sin entender ni una palabra y de repente él sacó un documento del interior de la chaqueta. —Firma esto.

—¿Qué es?

—Un documento de confidencialidad.

—¡Pero si todavía no me has contado nada! —Él levantó sus cejas negras y exasperada empezó a leer el documento. No podía revelar a nadie

cualquier cosa relacionada con Drachen Bank, con los Drachen ni podía revelar que era hermana biológica de Cristine. Sin poder creérselo levantó la vista hacia él. —No sabe que existo, ¿verdad?

—No. Y no lo va a saber. Jamás, ¿me oyes? Ella no sabe nada y va a seguir así.

La decisión de sus ojos verdes hizo que mirara el documento de nuevo. —No pensaba decírselo.

—Más te vale. Ahora firma para que pueda acabar con esto.

¿Pero de qué iba ese tío? Deslizó la hoja sobre la mesa. —No pienso firmar una mierda. Has venido tú, tendrás que confiar en mí.

Él se tensó. —No, no confío en ti. Firma.

—Ni hablar. —Se levantó. —No voy a firmar no hablar con mi hermana en el futuro de lo que nos ocurrió, porque puede que en unos años o en unos meses ella venga a mí. No voy a firmar eso.

Se volvió y fue directamente a una de las mesas donde se acababan de sentar. Cuando fue hasta la barra vio a través del espejo que él se había ido y suspiró del alivio apoyando las manos en la cafetera.

—¿Estás bien?

—Oh, sí. Era un tema legal de ese curso que quiero hacer. Al parecer me falta por firmar un papel.

—Sí que debe ser interesante con hombres así.

Forzó una sonrisa y miró hacia la pared de cristal que daba a la calle, pero por supuesto él ya no estaba. Seguramente ya no volvería a verle más y lo sintió, porque era increíble pero los minutos que había estado allí se había sentido viva como nunca en su vida.

Subió los escalones hasta el último piso y cuando llegó a su rellano juró por lo bajo cuando le cayó una naranja al suelo. Esta rodó hasta unos impecables zapatos negros. Levantó la vista por su traje azul hasta sus ojos verdes. —No quería discutir en la cafetería —dijo muy tenso con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Era tan masculino que su corazón saltó en su pecho sin darse cuenta—. ¿Abres o no?

Ella entrecerró los ojos por su tono. —¡Oye, seguro que estás acostumbrado a hablar a los demás como si fueran tus criados, pero a mí me hablas con respeto! ¡Ahora largo de mi casa!

La puerta de al lado se abrió y aquella vieja antipática sacó la cabeza. —¿Qué hacéis gritando a estas horas?

—Señora, son las seis de la tarde —dijo Bolton tan seco que la mujer parpadeó antes de cerrar la puerta de golpe.

—¡Llamaré a la policía!

—Encantadora.

—Sí, estoy rodeada de gente encantadora. ¿Por qué no te largas para que tenga uno menos dándome el coñazo?

Él levantó una ceja. —Tu hermana te necesita. ¿No te interesa?

—Me interesa mucho. —Dejó las bolsas en el suelo y cogió la naranja metiéndola en la bolsa antes de sacar la llave de su vaquero. —Pero no con tus condiciones. Dímelo ya y vete de una vez.

La observó mientras abría la puerta y cuando se agachó a cogerlas bolsas él entró en el apartamento antes de que pudiera evitarlo. Mierda. Ni se quería imaginar lo que estaba pensando. Seguramente que vivía en un estercolero. —Pasa —dijo con ironía.

—Gracias —dijo mirando su destartalado sofá antes de abrirse la chaqueta y sentarse. Se hundió completamente, pero tenía tanta clase que ni se había notado—. Interesante.

Chasqueó la lengua entrando en casa y cerrando con el pie antes de ir a su minúscula cocina. —¿Y bien?

—¿No dirás nada?

Sacó dos naranjas y le miró exasperada. —¿Acaso he dicho algo hasta ahora?

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—Eso no es asunto tuyo. ¿Vas al grano o no?

Él apretó los labios mirando al frente y parpadeó como si estuviera asombrado. —No tienes televisión.

—Muy observador. —Sacó una caja de cereales de la bolsa y la colocó en el estante. —Oye, tengo que irme así que…

—Está enferma.

Se detuvo en seco dejando caer la manzana que estaba poniendo en el frutero. —¿Qué?

Se levantó suspirando. —Tiene una insuficiencia renal desde los dieciséis. Pero ahora sus riñones ya no le responden y necesita un trasplante. Tú eres compatible. Un millón de dólares por uno de tus riñones.

Eso es lo que queremos. —Ella palideció por su frialdad. —No dirás nada a nadie. Ni a Cristine. Y cuando cobres te largarás de la ciudad. Ese es el trato.

Se quedó en silencio varios segundos simplemente observándole y él apretó las mandíbulas. —¿Sí o no?

—Pero somos gemelas —dijo recuperando el aliento.

—No genéticamente iguales. Habrá que hacerte pruebas…

—¿Cómo sabes que no somos genéticamente iguales? —Rodeó la barra que dividía el salón y la cocina. —¿Me has hecho un estudio de ADN?

—Hace diez días comiste una ensalada antes de ese curso al que vas.

El dinero te vendría muy bien para… —Miró a su alrededor con desprecio.

—Para todo.

Se tensó por la manera en que miraba sus cosas. Estaba claro que estaba impresionado, pero para mal. Para su sorpresa levantó el portarretratos que tenía al lado del sofá y vio cómo se tensaba. —Al parecer has conocido a tu madre.

Se acercó y le arrebató la foto. —No la conocí, murió. —La puso con cuidado sobre la mesa al lado de la de sus padres adoptivos. —Se la robé a mi abuela.

Él la observó. —No sabía que había muerto. No dábamos con ella.

—Murió en la cárcel hace cinco años. Pasaba droga. —Se sonrojó por lo que pensaría. —Pero la he puesto aquí porque intentó hacer lo correcto, al menos con su embarazo. La abuela no quería que nos diera en adopción. Quería hacerse cargo de nosotras.

—¿Para qué? —preguntó con ironía—. ¿Para qué terminarais pasando droga como su hija?

—Es una buena mujer, solo ha tenido mala suerte en la vida. Trabaja limpiando una residencia de ancianos por el día y una oficina por la noche.

—Así que ella te conoce.

—Quedamos al menos una vez por semana. —Colocó de nuevo la foto mostrando bien a su madre.

—Eres igual que ella —dijo pensativo.

—Sí, nos parecemos mucho. —Sonrió antes de volverse hacia él y se sonrojó. Debía pensar que estaba loca. Disimulando volvió a la cocina y colocó las cosas bajo su atenta mirada. Al ver que colocaba una lata de sopa con el logotipo hacia afuera observó toda la casa. Todo estaba meticulosamente colocado.

—¿Tienes un toc?

Ella se detuvo en seco y le miró de reojo antes de decir —Me gusta tener mis cosas colocadas, ¿qué pasa?

Bolton levantó las manos en son de paz. —Perfecto.

—¿Y si no soy compatible?

—Lo eres. Los médicos ya han revisado tus análisis de sangre.

Se le cortó el aliento. —El reconocimiento médico del trabajo del lunes.

—Somos de la aseguradora, tiene que pasarse por aquí para un reconocimiento —dijo con burla—. Sencillo.

—Serás…

—Por cierto, estás muy sana.

—¿Por eso quieres mi riñón, no? ¿Qué es esto? ¿Un culebrón de la tele? No me creo una palabra. Hace dos meses estaba sanísima.

La miró asombrado. —¿La espías?

Incómoda negó con la cabeza. —Claro que no. Fue una casualidad.

Si has venido para asegurarte de que no me meto en su vida no pienso hacerlo, ¿de acuerdo?

—Hablo en serio, Gina. Necesita ese riñón. Aunque por supuesto tienen que hacerte más pruebas, claro. Ya te lo he dicho.

—¿Y ella cómo está?

—Bastante deprimida. —Se mordió el labio inferior viéndola en su imaginación salir de la empresa riendo. —Lo está pasando mal. Ha tenido que convivir con la diálisis estos años, pero esto no se lo esperaba, aunque la llevaban avisando mucho tiempo. No quería verlo.

—Sí, parece muy despreocupada. Pero es lógico, ¿no? No va a machacarse continuamente con su enfermedad.

Él se tensó. —Igual si se hubiera cuidado un poco más, ahora no estaría en esta situación.

—Eso no lo sabremos nunca, ¿no? —preguntó cabreándose porque seguro que él siempre hacía lo correcto. Se notaba que era un estirado de primera. Un estirado guapísimo. —¿Qué tengo que hacer?

Ahora el sorprendido fue él. —Firmar el contrato de confidencialidad.

—Ni hablar. ¿Quieres mi riñón o no?

—Lo quiero.

—Pues dime qué tengo que hacer ahora —siseó.

Él fue hasta la salida. —Tendrás noticias mías. —Abrió la puerta y se volvió hacia ella. —Y no bebas alcohol. Al menos hasta la operación.

Jadeó indignada mientras el salía de su apartamento. ¿Pero qué se creía ese hombre? ¿Que era una borracha o algo así? Se volvió y al ver la botella de champán que Prue le había regalado por su cumpleaños puso los ojos en blanco.

Llegó a la puerta de la clínica y las hojas de cristal se abrieron a su paso. Se acercó al mostrador y esperó a que la chica colgara el teléfono.

—¡Gina!

Se volvió y Bolton se acercaba hacia ella recorriendo un pasillo. No llevaba chaqueta y su camisa blanca estaba arremangada hasta los codos.

Parecía cansado y se acercó a toda prisa. —¿Está peor?

Le quitó su bolsa y la cogió por el brazo. —No ha pasado buena noche. ¿Estás en ayunas?

—Sí, sí. Para que me repitan todas las pruebas y me hagan las otras.

Y traigo la bolsa por si me tengo que quedar como me dijeron.

—Bien. —Recorrieron el pasillo y fueron hacia el ascensor. En ese momento salió una mujer rubia que miró a Gina asombrada. —Tía…

—Es ella —susurró—. Gracias, gracias. —Cogió sus manos y las apretó mientras sus ojos azules se llenaban de lágrimas. —No sabes lo que te lo agradezco.

—No es nada —dijo incómoda mirando de reojo a Bolton que era evidente que no se esperaba eso.

—Tía, tenemos que irnos.

—Sí, sí claro. —No le quitó la vista de encima mientras entraba en el ascensor. —Suerte.

Ella forzó una sonrisa mientras las puertas se cerraban. —¿Ellos lo saben? —preguntó asombrada.

—Claro que lo saben.

Gina frunció el ceño. —Se lo dijiste hace un año, ¿verdad?

Él se tensó. —Tenían que estar preparados por si te presentabas.

Increíble. No habían querido que entrara en sus vidas entonces, pero ahora le daban la bienvenida con los brazos abiertos. Por un riñón, por supuesto.

—Nadie sabe que Cristine es adoptada —dijo él muy tenso.

—¿La publicidad les perjudicaría?

Las puertas se abrieron. —No saben cómo manejar esta situación.

—Claro —dijo con ironía saliendo con él. Cuando iba a cogerle el brazo de nuevo ella lo apartó de malas maneras—. Sé ir sola.

—Por supuesto. —Apretó la mano en un puño antes de indicarle. —

Por aquí.

Caminaron por un pasillo y se cruzaron con una enfermera, pero no les interrumpió. La llevó hasta una habitación que tenía la puerta abierta. —

Puedes desvestirte y ponerte esa bata que tienes sobre la cama. Vendrán a buscarte.

—De acuerdo. —Entró en la habitación y estaba cerrando la puerta cuando sus ojos se encontraron, pero ella agachó la mirada a toda prisa antes de cerrar.

Se cambió lo más rápido que pudo y cuando terminó de abrocharse la bata se sentó en la cama a esperar. Aquello era una clínica de primera.

Levantó una ceja al ver la cesta de aseo que había sobre la mesa de al lado de la puerta. Hasta tenía zapatillas. Ella siempre se ponía calcetines en su apartamento. Miró sus pies desnudos y se levantó para abrir la cesta. Olía maravillosamente. Se puso las zapatillas que asombrosamente eran de su número. Qué extraño. Llamaron a la puerta en ese momento y abrió ella misma. Una enfermera estaba allí con una silla de ruedas. —¿Señorita Gavis?

¿Quién era esa? Bolton apareció tras la enfermera y asintió. —Sí, soy yo.

—Venga conmigo.

Algo nerviosa se sentó en la silla y Bolton le dijo a la enfermera —

¿Puede dejarnos unos segundos?

—Sí, por supuesto.

Se acuclilló ante ella. —Todo va bien, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —dijo apretándose las manos.

Él las miró y se las cogió cortándole el aliento. —Todo irá bien.

Estaré aquí cuando terminen.

Gina asintió emocionándose y Bolton se levantó haciéndole un gesto a la enfermera. —Estaré aquí.

Le creyó y cuando empujaron su silla se volvió para mirarle. Él metió las manos en los bolsillos del pantalón muy tenso sin dejar de observarla.

—Su novio es muy guapo —dijo la enfermera.

—No es mi novio —susurró mirando al frente.

—Pues le importa. Está preocupado.

Se miró las manos que aún sentían su contacto segura de que no estaba preocupado por ella. Estaba preocupado por su prima porque su riñón era su única oportunidad.

Capítulo 3

Después de mil pruebas terminaron con una placa de tórax y cuando llegó a la habitación estaba vacía. —Enseguida le traerán algo de comer.

Debe estar hambrienta.

—Sí, gracias. —Se bajó de la silla y se sentó en la cama.

—Tenga cuidado, aún está un poco pálida.

—¿Qué ha pasado?

Sorprendida miró hacia la puerta.

—Se ha desmayado. Al parecer no soporta ver la sangre y miró cuando le realizábamos la extracción.

Se dejó caer en la cama recordando el momento y suspiró. —Me distraje y miré.

Bolton sonrió cerrando la puerta cuando la enfermera salió. —

Enseguida te encontrarás mejor. Ya están revisando tus pruebas, ¿sabes?

—Perfecto.

—Si todo va bien, mañana…

—¿Mañana? —preguntó sorprendida.

Él se tensó. —¿Ocurre algo? No te echarás atrás, ¿verdad?

—No, claro que no, pero… No he dicho nada en el trabajo.

—Con el dinero que te voy a dar no necesitas trabajar —dijo cortante.

—No lo hago por dinero.

—Pero te vendrá genial —dijo como si fuera una interesada de primera.

—¡Me han explicado que aunque puedo tener una vida normal, si tengo un problema renal en el futuro solo tendré un riñón! ¡Esto no es solo por dinero!

Como si fuera una molestia chasqueó la lengua mirando su carísimo reloj. —¿Qué quieres? ¿Más?

Palideció escuchándole porque era evidente que su futuro le importaba una mierda. —No, no quiero más.

—Perfecto. Tengo que irme. Tengo una reunión en veinte minutos.

—Miró a su alrededor. —¿Todo bien? —Ella asintió aún pálida. —Entonces te veo mañana antes de la operación. Descansa.

Salió de la habitación a toda prisa y se sintió tremendamente decepcionada porque se moría por su compañía y más en un momento así.

Si se lo hubiera dicho a su abuela estaría allí encantada, pero no había querido preocuparla. Sacó su móvil y le escribió un mensaje diciéndole que tenía que irse de la ciudad para unas prácticas por el curso que estaba haciendo. Que en cuanto regresara quedarían para cenar. No pasaron ni dos minutos cuando le contestó que esperaría que la llamara para que le contara todos los detalles. Sonrió enviándole una carita que le enviaba un beso.

Suspiró dejando el móvil sobre la mesilla y pensó en su hermana. Se preguntó si estaba tan nerviosa como ella y suponía que sí. Era una pena que no pudieran pasar por eso juntas. Sí, era una auténtica pena.

A la mañana siguiente le pusieron un sedante por lo nerviosa que estaba y cuando Bolton entró en la habitación sonrió de oreja a oreja. —

¡Estás aquí!

—Vaya, veo que te lo estás pasando genial. —Sonrió sentándose en la silla de al lado de su cama y ella se sentó de golpe.

—¿Ya me toca?

—Eh, eh… —Se levantó cogiéndola del brazo para tumbarla. —

Aún queda un poco.

—Ah, como estás aquí... —Él apretó los labios sentándose en la silla. —¿Por qué no estás con Cristine?

—Sus padres, mis padres y toda la familia está con ella.

Eso le hizo perder la sonrisa poco a poco antes de mirar el techo. —

Es estupendo. Bueno, yo qué sabré. Nunca he tenido familia. Mis padres murieron cuando tenía un año, ¿sabes?

—Sí, Gina. Lo sé.

—Sí, claro. Me habrás investigado —dijo como si nada totalmente relajada—. Pero ahora tengo a la abuela. Ella se preocupa por mí.

—Debió ser duro.

—Sí —susurró sin quitar la vista del techo. Volvió la vista hacia él

—. Las Navidades en tu familia deben ser geniales, ¿no?

Él la miró pensativo. —A veces son de locos.

—Tenéis mucha suerte. —Puso una mano en su vientre y suspiró. —

¿Con árbol y todo?

—Con árbol y todo.

—Yo este año me he puesto uno pequeñito de plástico. —Rio por lo bajo. —Uno grande no hubiera cabido en mi apartamento. Pero no tenía

regalos. Aunque este año seguro que tengo el de la abuela.

—Tienes que irte de la ciudad, ¿recuerdas?

—¿Dónde pone eso? —Miró hacia Bolton sonriendo con picardía y él para su sorpresa también sonrió. —Yo no he firmado nada.

—Gina…

—Ah, no. ¿Irme de Nueva York? No estoy tan loca.

—Seguro que no.

—Llevamos veinticinco años sin vernos. Seguro que no volvemos a encontrarnos en la vida.

Él se mantuvo callado y se miraron a los ojos. En ese momento se abrió la puerta y Gina suspiró sentándose en la cama al ver a un hombre vestido de verde empujando una silla de ruedas. —La hora de la verdad. —

Se sentó en la silla y soltó una risita. —Me siento genial.

—Eso es estupendo —dijo el enfermero.

—Oiga... —El enfermero se detuvo antes de salir. —La operará el doctor Basili, ¿verdad?

—¿No lo sabe? A la señorita Gavis la opera su ayudante. Ya está todo preparado, no debe preocuparse.

Ella miró hacia Bolton. Ni siquiera les preocupaba lo suficiente como para enterarse primero de quién la iba a operar y separó los labios de

la impresión mirando a Bolton decepcionada. El enfermero empujó su silla y Bolton salió de la habitación. Cuando la metieron en el

ascensor la volvieron y vio como de espaldas a ella se llevaba las manos a la cabeza.

Una lágrima rodó por su mejilla y él se volvió justo antes de que las puertas se cerraran.

—¿Todo va bien? —preguntó el enfermero tras ella.

—Sí —susurró —. Todo bien.

Soñó que le cogían la mano, pero no tenía fuerzas para responder.

Consiguió abrir los ojos y le pareció ver a una enfermera inyectando algo en un gotero.

—Le duele mucho. Se queja —dijo alguien.

—Ahora se encontrará mejor.

Sus párpados le pesaban tanto que los ojos se le cerraron y el sueño la envolvió. Le parecía que había pasado un segundo cuando abrió los ojos de nuevo sintiéndose más descansada, aunque le dolía el costado y mucho.

Miró a su alrededor y suspiró porque debía ser de noche. Intentó llamar a la enfermera, pero no encontraba el botón de llamada hasta que más despejada se dio cuenta de que estaba en los botones que movían la cama. Su cama se

movió mil veces porque no daba con el botón correcto. Incluso encendió la luz, pero cuando pulsó otro botón suspiró del alivio al escuchar un pitido.

Una enfermera entró de inmediato. —Está despierta.

—Me duele.

—Es que ya le toca la medicación —dijo con ella en la mano.

Sentía la boca pastosa. —Tengo sed. —Levantó la cabeza y se mareó un poco, así que cerró los ojos dejándola caer de nuevo. —Y eso que no era nada. —Se llevó la mano al costado y al palpar sintió un apósito enorme. Sorprendida palpó de nuevo. —¿No era por laparoscopia?

—Es que se complicaron un poco las cosas. —La enfermera hizo una mueca. —Tuvo una fuerte hemorragia en quirófano y tuvieron que abrir.

—¿Pero el riñón estaba bien? —preguntó ansiosa—. ¿Lo estropearon?

—No, no… El riñón estaba bien. La receptora ha sido trasladada y todo. Con supervisión, por supuesto.

La miró asombrada. —¿Cuánto llevo aquí? ¿Cuánto llevo inconsciente?

—Cinco días.

Le daba que había estado más grave de lo que le decía esa mujer. —

Quiero hablar con el médico —dijo entre dientes.

—Vendrá por la mañana.

—¡Ahora! ¡Quiero hablar con el médico ahora! —Gimió cuando le tiró la herida. —¿Dónde está Bolton?

—¿Quién?

—¡El hombre con quien llegué!

—Soy enfermera de noche. —La chica forzó una sonrisa. —Y no he visto a nadie.

Se le cortó el aliento. —¿Nadie ha venido a verme?

—Que yo sepa no. De hecho en su historial dice que no recibirá visitas porque no tiene familia.

Perdió el poco color que tenía en la cara. Dios, le habían quitado el riñón y la habían dejado allí tirada a su suerte. Al ver que sus preciosos ojos negros se llenaban de lágrimas la enfermera se incomodó. —¿Quiere que pregunte a mis compañeras de día?

—¿Podría? —preguntó ansiosa.

—Sí, por supuesto. En cuanto lleguen por la mañana se lo pregunto.

Y en tres horas llegará el doctor. —Llenó un vaso de agua y la cogió por la

nuca para ayudarla a beber. —Se va a dormir enseguida de nuevo.

Tranquila. Todo va muy bien.

—¿De veras?

—Se lo prometo. —Sonrió y fue hasta la puerta apagando la luz. —

Le dejaré la puerta entornada, ¿de acuerdo?

Sin darse cuenta de que estaba llorando susurró —Gracias.

Ella asintió saliendo al pasillo. Gracias a la rendija que dejaba que se filtrara la luz miró al techo sintiendo que le había pasado un tren por encima. Tenía que estar equivocada. ¿Qué clase de persona iba a dejarla allí tirada medio muerta? No. Eso no podía ser. Recordó como alguien había cogido su mano y estaba segura de que había sido él. Tenía que ser un error, le dijo que todo iría bien. Esa mujer no sabía de lo que hablaba.

Totalmente pálida escuchó de labios de la enfermera de día como Bolton había estado un rato cuando había llegado del quirófano, que había hablado con el médico y después no había vuelto.

Efectivamente no había ido nadie. Ni siquiera había aparecido por allí cuando esa misma noche tuvo que regresar a quirófano por otra hemorragia interna. Minutos después de esas aplastantes noticias el cirujano habló con ella. La operación se había

complicado muchísimo. Tuvieron que abrir para que no se desangrara y les costó detener la hemorragia. Temieron por su vida varias veces y la operación se alargó incluso más que el trasplante. Y eso para regresar a quirófano horas después.

—¿Él lo sabía? —preguntó sintiendo un dolor indescriptible en su pecho.

—¿Perdón?

—¡El hombre que le encargó esta operación, no se haga el tonto!

¿Sabía que estaba grave?

El médico apretó los labios. —Sí, se lo dije yo mismo. Aunque no es tonto y al ver que salía la receptora y usted todavía estaba dentro se dio cuenta de inmediato de la situación.

Menudo cerdo. —Bien. —Sin saber por qué le dolía tanto su rechazo miró al techo mientras una lágrima caía por su sien. —¿Cuándo podré irme?

Esa pregunta pareció aliviarle. —Afortunadamente se está recuperando muy bien. Sus constantes ahora son buenas y la herida cicatriza estupendamente. En una semana puede que reciba el alta y podrá volver a trabajar en un par de meses.

Asintió rabiosa pasándose la mano por la sien para borrar las lágrimas. —Gracias.

—Si necesita cualquier cosa solo tiene que pedirla.

—¿Pueden traerme algún libro? Me gusta leer. Yo no veo la tele.

El hombre sonrió. —Me encargaré yo mismo de elegirlos.

Emocionada reprimió un sollozo. —Gracias.

—De nada, Gina. —Hizo un gesto a sus médicos que salieron de inmediato, pero él se acercó más a la cama. —Ella está muy bien.

Sus ojos brillaron. —¿De veras?

El doctor sonrió. —Sí, se está recuperando muy bien y no ha habido rechazo.

—Usted lo sabe todo, ¿verdad?

—No hace falta ser muy listo. Son igualitas.

Se sonrojó. —Ella no lo sabe.

—Me han advertido sobre eso. Pero si quiere saber mi opinión es una pena. No tengo hermanos, pero si los tuviera me hubiera encantado que tuvieran un corazón tan enorme como el suyo. —Cogió su mano y se la apretó. —Siento que reciba este trato después de todo lo que ha hecho por ellos.

Ella apartó la mirada y el doctor la miró con pena soltando su mano.

—Coma lo que pueda y descanse. Su cuerpo curará solo.

Su cuerpo curaría solo. ¿Y su alma? No sabía por qué estaba tan dolida cuando Bolton había dejado claro que solo quería una cosa de ella.

Había sido sincero y claro al decirle que después tenía que largarse a toda prisa para salir de sus vidas y que ni por casualidad se encontrara con su querida primita. A Cristine nadie podía hacerle daño. No, por supuesto que no. Pero ella no importaba en absoluto.

Sintió que la rabia crecía en su interior. Pues igual sí que era importante. Igual era lo bastante importante como para ser una piedra en su zapato. Estaba harta de que la pisaran.

¿Quiénes se creían que eran? Malditos egoístas. ¿Ahora que la habían utilizado, querían tirarla a la cuneta como si no existiera? Ella les iba a demostrar que era importante. Tan importante como para joderles la vida.

Seis meses después

Entró en el portal apartando un mechón rubio de su hombro y sonrió al portero. —Peter, ¿puedes dejarme la llave? Se me ha olvidado.

—Por supuesto, señorita Drachen. —Se volvió y cogió la llave de repuesto. —¿Ha ido a correr? —preguntó sorprendido—. Se ha levantado temprano.

—He engordado un kilito y eso no puede ser. —Le guiñó un ojo sonriendo como siempre hacía su hermana y cogió la llave. —Gracias.

Luego te la bajo. —Soltó una risita. —Si me acuerdo.

Él la miró con adoración. —Esa cabecita suya…

Rio yendo hacia el ascensor y en cuanto se cerraron las puertas perdió la sonrisa. No le había costado averiguar en qué piso vivía su hermana. Solo tenía que entrar en el portal cuando repartían el correo y coger las cartas. Segundos después salía del edificio recordando que tenía una cita. Así que sabía que vivía en el último piso. Por supuesto, su hermana no podía vivir en otro sitio que no fuera el ático. Salió del ascensor sabiendo que la estaban grabando las cámaras de seguridad y entró en la casa. Cerró la puerta a toda prisa y miró a su alrededor. El piso era realmente impresionante. Caminó con sus zapatillas de deporte sobre el mármol blanco y llegó a los ventanales desde donde se veía toda la ciudad.

Escuchó un ruido en el piso de arriba y levantó una de sus cejas volviéndose. Al parecer se había levantado antes de tiempo. Caminó hasta la escalera de cristal y subió los escalones de dos en dos hasta llegar arriba.

Se detuvo pegándose a la pared y estiró el cuello. La puerta del fondo tenía

la luz encendida y la escuchó tararear. Se quitó la mochila de la espalda y caminó por el pasillo sin hacer ruido. Dejó la mochila en el suelo al lado de la puerta y miró por la rendija. Desde allí no la veía. Empujó la puerta lentamente y la vio de espaldas a ella mirando un sujetador verde esmeralda. —Precioso.

Cristine se volvió de golpe y separó los labios de la impresión. —

Eres tú…

Se tensó dando un paso hacia ella. —¿Me conocías?

—No, pero lo supe. Escuché hablar a mi padre con Bolton.

Discutían por ti. —Dejó caer el sujetador en el suelo y se acercó a ella. Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas. —Te busqué sin que lo supieran, pero ninguna Gina Gavis eras tú.

—¿Me buscaste? —Eso sí que era una sorpresa. Entonces se dio cuenta de algo y las dos a la vez preguntaron —¿Cómo te encuentras?

Gina sonrió. —Bien.

—Gracias. —De repente Cristine la abrazó. —Gracias. Me has salvado la vida.

Ella no se esperaba ese recibimiento, la verdad. Se esperaba gritos, sorpresa, preguntas… Pero es aceptación la dejaba de piedra.

Carraspeó cogiéndola por la cintura para apartarla. —De nada.

Su gemela la miró a los ojos. —Lo siento. Mis padres a veces…

—Estoy enfadada.

—Lo sé. Lo siento. No me estoy disculpando —dijo a toda prisa—.

Siento en mi interior que estás enfadada.

—¡No pueden tratarme así!

—Tienes toda la razón.

Parpadeó sin poder creérselo. —No me des la razón como a los locos.

Cristine soltó una risita. —Tienes carácter.

—En mi barrio dirían que tengo mala leche.

—¿Dónde vives? —preguntó ansiosa cogiendo su mano y llevándola hasta su cama revuelta para sentarla.

—En Queens. Seguro que no has ido nunca.

—Pues te equivocas. Había un garito…

—¡Cristine!

Se echó a reír. —Es que no me dejaban divertirme. Me escapaba.

Sonrió mirándola bien. —Tienes buen aspecto.

—Gracias a ti. —Cogió un mechón de su pelo. —Bueno, hermanita.

¿Qué tenías en mente? —Se sonrojó con fuerza. —Porque para que te hayas

teñido el pelo como yo es que querías sustituirme. ¿No traes pistola?

—La tengo en la mochila —dijo entre dientes—, me la ha prestado un vecino. No quería asustarte por si te daba algo.

Se echó a reír haciéndola gruñir y Cristine la besó en la mejilla. —

Seguro que eres la mayor.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque me proteges. He leído que siempre hay un gemelo dominante. Tienes toda la pinta de que eres tú. —La miró de arriba abajo y perdió el aliento. —Tienes un tatuaje —dijo impresionada cogiendo su mano y mostrando el interior de su muñeca. Dos palomas atadas por un pequeño hilo—. Puedo hacérmelo yo también.

—Ni hablar, dolió un huevo. Me lo hice hace año y pico.

Cristine la miró impresionada. —Antes de la operación.

—Poco después de verte por primera vez.

—Cuéntamelo todo —dijo ansiosa—. No te dejes nada.

Divertida le contó cómo la había encontrado y todo lo que ocurrió después. —¿Tengo una abuela? —preguntó impresionada.

Apretó los labios. —Sí, y tiene un carácter… Cuando vio que me había teñido el pelo menuda bronca me gané. Nuestra madre era morena y su cabello era precioso. Como el nuestro.

Suspiró. —Me lo aclaré porque se llevaban las rubias. Y mi madre es rubia.

—Lo sabías, ¿verdad?

—¿Que era adoptada? —Gina asintió. —No me parezco en nada a mis padres y hace unos años escuché hablar a mi abuela paterna sobre la adopción. Era una niña, pero supe que todo lo que decían era sobre mí.

Nunca dije nada esperando que fueran ellos los que me hablaran del asunto, pero ese momento nunca llegó. —Se quedaron mirándose durante varios segundos. —Me hubiera encantado tener una hermana.

Gina sonrió. —Y a mí.

Cristine perdió la sonrisa poco a poco. —Te has sentido sola.

—Mucho —dijo emocionada—. Me he sentido muy sola.

Los ojos de su hermana se oscurecieron y furiosa se levantó. —

¿Cómo te criaste? Solo has hablado de la abuela, cuéntame lo demás.

—Eso ya no es importante.

—Lo es. Para mí lo es. Cuéntamelo. —Muy tensa su hermana apretó los puños de pie ante ella. —Cuando te encontraron lo sabían, ¿verdad?

Sabían cómo había sido tu vida. —Con lágrimas en los ojos asintió. —

¡Bolton lo sabía! ¡Y mi padre también! ¡Y aun así, aun después de lo que hiciste por mí no me hablaron de ti! ¡Te dejaron sola! —No pudo negarlo.

—Dios mío. Tenía que haber dicho que lo sabía, tenía que haber pedido verte…

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó sin poder evitarlo.

Cristine se echó a llorar. —No sabes cómo es mi padre. Cuando se le mete una cosa en la cabeza es muy difícil disuadirle. Le escuché hablar con Bolton. Te quería fuera de mi vida. Así que decidí ir por otra vía. Pero tu nombre…

—Mi apellido era falso. Pero sí que me llamo Gina. Gina Beringer.

Cristine forzó una sonrisa. —No sé ni como disculparme.

—No tienes que hacerlo. Durante un año yo tampoco te dije nada para no alterar tu vida.

—Mal hecho, hermana. —Se sentó a su lado de nuevo y cogió su mano. Gina miró sus manos unidas aún sin poder creerse lo que estaba pasando. —Pero ahora estás aquí. Y ya no podrán separarnos. —Abrió los ojos como platos. —Así que ibas a sustituirme para vengarte por haberte utilizado.

Se puso como un tomate. —Bueno…

—No lo niegues, es evidente. ¡Es un plan genial!

—¿De veras? —preguntó sorprendida—. Pues ahora no lo veo tan claro.

Su hermana se echó a reír. —Además yo necesito un tiempo de relax porque los tengo encima a todas horas.

—¿De veras?

—Uy, no sabes como son. Me asfixian.

—Cristine no digas eso.

En ese momento se escuchó un pitido y Cristine divertida levantó una ceja. —Mensaje de texto para asegurarse de que no he muerto durante la noche y me despierto para desayunar en condiciones. Si no contesto me llamarán dentro de cinco minutos.

—Será broma.

De repente Cristine abrió los ojos como platos. —Daniela. —Sin esperárselo salió corriendo y la escuchó gritar desde la escalera —Daniela,

¿ya has llegado?

—Sí, señorita. Enseguida le subo el desayuno.

Cristine llegó corriendo. —Escóndete en el vestidor —susurró.

—¿Tienes asistenta?

—Claro.

Puso los ojos en blanco y Cristine le señaló una puerta. Fue hasta allí y su hermana chistó. Cogió la mochila al vuelo antes de meterse en el vestidor. Se quedó con la boca abierta. ¿Pero cuántos vestidos necesitaba su

hermana? Miró las paredes cubiertas de prendas a ambos lados. Acarició un vestido de seda de flores y admiró los hermosos zapatos que tenía en una estantería que estaba llena de arriba abajo. Increíble, parecía una tienda.

Rodeó una isleta que había en el centro y por curiosidad abrió el cajón para ver los camisones de seda pulcramente colocados.

—Aquí tiene.

—Gracias. Puedes irte.

—Sí, voy a limpiar…

—No, que puedes irte a casa. —A Gina se le cortó el aliento agachándose tras la isleta.

—¿Cómo voy a irme? Siempre con sus bromas, señorita.

—No, hablo en serio. Te doy vacaciones. Mañana me voy a Houston para una revisión y estaré fuera unos días. Tómate unas semanas. Por supuesto con sueldo.

—¿De veras? —Parecía de lo más asombrada.

—Sí, hoy estaré en el trabajo todo el día y cenaré con mis padres.

Puedes irte.

—Puedo ir a ver a mi hermana a Tennessee —dijo ilusionada.

—Genial, pues a qué esperas. Vete a hacer la maleta.

—Me iré después de recoger el desayuno.

—Sé poner un lavavajillas.

Su asistenta soltó una risita. —¿Seguro?

Jadeó como si estuviera ofendida haciéndola reír. —Largo o te despido.

—Muy bien, muy bien… ¿Dos semanas?

—Mejor te llamo por si me quedo más en Los Ángeles.

—¿No era Houston? —Gina puso los ojos en blanco.

—Oh, es que después voy a los Ángeles. —Mentía fatal. —Para comprar unas cositas. Rodeo Drive es la bomba.

—La bomba —dijo su asistenta.

—Sí, voy con mamá.

—Oh, pues... Esperaré su llamada. Mi hermana siempre me está diciendo que vaya con ella una temporada.

—Ha llegado el momento.

—Que lo pase bien en Los Ángeles y que en Houston todo vaya bien.

—Irá muy bien, estoy segura.

Escuchó pasos alejándose y se acercó a la puerta del vestidor. Su hermana con la bandeja en la mano le hizo un gesto con la cabeza para que

no saliera y esperaron.

—¡Adiós, señorita Drachen! —gritó Daniela desde abajo.

—Adiós. ¡Pásatelo genial!

—¡Gracias!

Cristine dejó la bandeja sobre la cama y corrió fuera de la habitación. Gina se acercó a la cama e hizo una mueca sentándose y cogiendo una tortita. Fresas, yogurt… Bebió del zumo de naranja natural, porque era natural, nada del que viene envasado. Sí que la cuidaban bien.

Su gemela entró en la habitación y en ese momento sonó el móvil.

—¿Ves? —Cogió su teléfono y descolgó. —Hola, mamá. Sí, ya me he levantado. Uy perdona, pero llegó mi desayuno en ese momento y me distraje. —Al ver que se comía otra tortita golpeó su mano y sonrió divertida cogiendo su yogurt. —Sí, claro que voy a ir a trabajar. —Sonrió maliciosa. —¿La reunión? Estaré allí a las diez en punto. ¿Papá ya está en el banco? Por supuesto. Pues le veré allí. Te quiero.

Dejó la mitad del yogurt para ella y se puso de rodillas sobre el colchón mientras ella se sentaba ante la bandeja y cogía la tortita para darle un mordisco. Fue como ver su reflejo. —Bueno —dijo con la boca llena—.

¿Qué piensas hacer? ¿Tienes un plan? Espero que eso no implique arruinarles o hacerles daño porque…

—¡Cristine! —protestó.

—Lo siento, pero son mi familia.

—¡Me han hecho daño!

—Lo sé. Y se merecen una lección, pero no les hieras.

—¿Y eso cómo se come? —Su hermana apretó los labios. —Me utilizaron y me abandonaron en ese hospital. —Cristine agachó la vista preocupada. Gina entendió perfectamente que se sintiera así. —Tienen que aprender que no pueden hacer con los demás lo que les venga en gana por mucho dinero que tengan.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—¿Y yo qué sé? ¡Pensaba secuestrarte!

—Oh… —Parpadeó sorprendida. —Yo creía que ibas a sustituirme.

—Claro, tenía que dar esquinazo al portero y si colaba que eras tú después había planeado maniatarte, ir a tu empresa y robar de una de las cuentas. —Cristine dejó caer la mandíbula. —No pensaba quedármelo, iba a donarlo a la iglesia de mi barrio.

—Estupendo, pues voy a darte una noticia que igual no te esperas...

Eres una secuestradora pésima.

—Es que me lo has puesto difícil.

Cristine se echó a reír y se bebió lo que quedaba del zumo.

Comieron la fruta entre las dos y pensando en ello se miraron a los ojos. —

No puedo vengarme sin dañarles.

—Sé que es difícil, pero tenemos que encontrar la manera. Tenemos derecho a revelarnos por manipular nuestras vidas. Sobre todo la tuya. —A Cristine se le cortó el aliento antes de echarse a reír.

—¿Qué?

—Yo no puedo negarme a ellos. Les quiero y siempre claudico a todos su requerimientos, pero tú…

—Yo puedo pegarles un corte de manga sin despeinarme.

—¡Exacto! Se volverán locos cuando aparezca de repente la hija rebelde. ¿Marearles es suficiente venganza para ti?

—Depende de lo que les maree. —Sonrió maliciosa. —Me van a pillar.

—Qué va. Nadie se espera algo así. —Le suplicó con la mirada. —

Tienes que librarme de mi prometido.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿De James?

—¿James? ¿Conoces a James? —preguntó atónita.

—Claro. Le he visto contigo. —Se llevó una mano al pecho. —

¿Quieres librarte de él?

Su hermana no entendía nada. —¡No! ¡Hablo de Gregory!

—¿Quién es Gregory?

Cristine hizo una mueca levantando la mano izquierda mostrando un anillo enorme. —Mi prometido y claramente un error. —Suspiró dejando un pedazo de melón sobre el plato. —El hombre que ellos quieren en mi futuro.

—¡Hermana!

—Lo sé. No tengo ni idea de cómo ha pasado esto. ¡Después de oír hablar de él millones de veces me lo presentaron en una fiesta y dos meses después me pedía matrimonio! Sabía que lo aceptarían y…

—Tienes que amar a tu marido, ¿sabes?

—Tú no tienes a nadie encima diciéndote continuamente lo que está bien y lo que está mal.

—Bueno, hasta los dieciocho tenía a las monjas.

—Les quiero muchísimo. ¡Me adoptaron! —A Gina se le cortó el aliento. —Me han dado todo esto y… Soy una desagradecida.

La cogió de la mano. —No digas eso, ¿de acuerdo? Tienes derecho a vivir tu vida como te venga en gana.

—Ah, pues ya te estás despidiendo porque yo quería estudiar bellas artes.

—Dios mío.

Su hermana se apretó las manos. —No podía revelarme. Quería que…

—Te quisieran.

Cristine se echó a llorar tapándose el rostro y Gina se acercó para abrazarla. Estaba claro que se necesitaban. —No te preocupes, ¿de

acuerdo?

Yo lo solucionaré.

—¿De veras?

—Claro que sí.

Capítulo 4

¿Cómo había llegado a eso? Se había levantado esa mañana con la intención de vengarse y de repente estaba reemplazando a su hermana para que llevara la vida que quería sin sentirse culpable. Aquello era una locura.

Entró en el ascensor distraída en sus pensamientos y vio que estaba encendido el botón del quinto piso. —¿Te ocurre algo?

Se sobresaltó mirando a su derecha y forzó una sonrisa a James que frunció el ceño. —Cristine, ¿estás bien?

—Oh, sí. —Asintió vehemente. —Muy bien.

—Pareces distinta.

—Es que hoy llevo traje. Intento ser más profesional.

James se echó a reír como si hubiera dicho lo más gracioso del mundo. —¡Hablo en serio!

Él perdió la sonrisa de golpe. —Oh, por supuesto.

Ese hombre era perfecto para su hermana. —Oye, ¿me has pedido salir alguna vez?

James se puso como un tomate. —Estás comprometida.

—Ya, ¿y antes? No lo recuerdo.

—Pues no, somos amigos.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella susurró —Rajado.

La miró atónito. —¿Qué has dicho?

—Nada, tengo trabajo. —Recordando las palabras de su hermana siguió por el pasillo de la izquierda y la estancia se abrió de repente mostrando a un montón de trajeados sentándose en sus mesas. Hizo una mueca por dentro porque cualquiera que estuviera allí tenía más experiencia que ella, pero era lo que había.

Atravesó la estancia entre las mesas sonriendo a uno y a otros como seguro que hacía su hermana mientras disimuladamente buscaba su despacho. Todos eran de cristal y se veía el interior por lo que era más difícil leer las letras blancas de las puertas. Al ver a Bolton en el despacho del fondo se detuvo en seco y después de sentir un bote en su pecho, que bien podía haber sido un infarto, su corazón se retorció dolorosamente.

Gruñó y él levantó la vista en ese momento sonriendo cuando la vio. Ella levantó la mano y movió los dedos en señal de saludo. —Estoy aquí,

capullo. —La saludó con la mano antes de perder la sonrisa y pegar un grito al teléfono. Gina sonrió satisfecha antes de girarse a su derecha y encontrar el nombre de su hermana en una puerta. —Bueno, vamos allá.

Cerró la puerta a toda prisa y sobre los zapatos de tacón que su hermana le había prestado corrió dando saltitos hasta su escritorio y se sentó en aquel increíble sillón de cuero blanco. Sacó su móvil a toda prisa que en realidad era el de su hermana y llamó a su propio número.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido?

—Estoy dentro.

—Genial, sabía que podrías.

—Esto ha sido lo fácil. Bien, quizás tenía que haberlo preguntado antes, ¿en qué trabajas exactamente?

Cristine se echó a reír. —Has estudiado lo mismo que yo, ¿no es increíble?

—Tú querías estudiar bellas artes.

—Bueno, dejemos eso de momento. Eres la nueva directora de bonos y fondos de pensión.

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Es broma?

—¡No! La verdad es que llevo dos años en el puesto y no tengo ni idea de lo que hago ahí. Odio ese trabajo. En realidad procuro hacer lo

menos posible. Es Bolton el que se encarga de casi todo. Me supervisa sin que se entere nadie de la plantilla, ¿entiendes? Para evitar que meta la pata.

—Entiendo.

—Para un par de veces que me solté, la fastidié pero bien.

—Así que si no tengo ni idea de lo que hago, no lo notarán.

—¡Exacto! ¿A que es genial?

Se echó a reír. —Increíble. ¿Cuánto te pagan por esto?

—Te daré la mitad, ¿vale?

—Más te vale porque seguramente ya he perdido mi trabajo. —

Suspiró mirando su mesa. —Ahora entiendo que no tengas un solo papel en tu escritorio.

—Venga, he estado de baja.

—Ya, claro. Llevas dos meses trabajando.

—¿Tú también me espías?

—Hago lo que puedo —dijo encendiendo el ordenador.

—¿Ha llegado tu secretaria?

—¿Mi qué?

Una mujer de unos sesenta años con cara de sargento abrió la puerta sin llamar. —¿Ha desayunado? —preguntó como si fuera un delito que no

lo hubiera hecho.

—Sí.

—Le traeré fruta por si acaso.

—Esa es Berta —susurró su hermana—. Es una bruja que se chiva de todo lo que hago.

—Oh, por Dios —dijo exasperada apartando el teléfono —. ¡No quiero fruta y la próxima vez llame antes de entrar! ¡Ahora cierre la puerta!

La mujer se quedó allí de pie como si se hubiera tragado un palo hasta que reaccionó poniéndose como un tomate. —Muy bien, señorita Drachen.

—Hala… —dijo su hermana—. Eres mi heroína. ¿Qué hace ahora?

Ella miró a través del cristal para ver que iba directa al despacho de Bolton. —Va a ver a tu primo.

—Mierda. Prepárate.

—¿Estás de broma? No va a venir por eso.

—Tres, dos, uno…

En ese momento salió Bolton en mangas de camisa y con aquella bruja detrás iban directos hacia su despacho. —No me lo puedo creer —dijo por lo bajo—. Te llamo ahora que vienen.

—Te lo dije.

Colgó dejando el teléfono sobre la mesa y disimulando miró la pantalla cuando se abrió la puerta. —Cristine, ¿qué te ocurre?

Le miró como si no supiera de lo que hablaba. —¿Perdón?

Entró en su despacho y cerró la puerta. Ella fulminó con la mirada a su secretaria que se sentó en su mesa dándole la espalda. —Ya te pillaré —

dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué? —Se hizo la tonta como si no supiera de que hablaba. —

¿Qué ocurre?

—No, ¿qué te ocurre a ti? ¿Te encuentras mal?

—No, me encuentro perfectamente. ¿Por qué?

—Has contestado mal a Berta, algo que no es habitual en ti. —

Metió las manos en los bolsillos del pantalón de esa manera tan masculina que le robaba el aliento. —¿Estás nerviosa por la boda?

Levantó sus cejas. —No.

—Quedan dos semanas.

—¿Dos semanas? —chilló sorprendiéndole mientras se levantaba de golpe.

—Cristine, ¿estás bien? —preguntó más preocupado aún.

—Sí —respondió a toda prisa levantando el dedo—. ¿Me das un minuto? Tengo que hacer una llamada a la florista. Me acabo de acordar. —

Marcó su número ansiosa y forzó una sonrisa. —¿Es la florista? ¡Quedan dos semanas para la boda! —gritó al teléfono haciendo que Bolton dejara caer la mandíbula del asombro.

—Queda poquito, ¿no?

—¡Sí! Queda muy poquito —dijo con ironía—. Hay ciertos trámites que llevan su tiempo, hermosa…

—Menos mal que has llegado para poner las cosas en su sitio.

Gruñó mirando de reojo a Bolton que cada vez estaba más mosqueado, así que soltó una risa totalmente exagerada. —Haré lo que pueda para decidirme. —Colgó y tiró el teléfono sobre la mesa poniendo los brazos en jarras. —¿De qué hablábamos?

—Prima, ¿estás bien?

—¡Perfecta! —Sonrió como una loca. —Oh, sí. Preguntabas por esa

—dijo señalándola con la mano como si nada—. No quiero fruta, ¿qué pasa?

Bolton no salía de su asombro. —Si no quieres fruta pues muy bien.

—Perfecto. —Se sentó en su silla y la acercó al escritorio antes de levantar la vista hasta él. —¿Algo más?

—Igual te has reincorporado muy pronto y con la boda tan cerca puede ser mucho estrés después de tu operación.

Se quedó sin aliento viendo la preocupación en su rostro. No se había preocupado nada cuando la había abandonado medio muerta en la cama del hospital. —Estoy bien —siseó.

—Te noto distinta.

Cuidado, Gina… no es nada tonto. Se echó a reír. —¿Eso crees?

Como has dicho la boda me tiene algo inquieta. Es que tengo mil cosas que hacer —dijo cogiendo el teléfono de nuevo—. Tengo que llamar a mis damas de honor. Pero si lo dices por Berta… Es una mandona cuando se supone que es mi secretaria —dijo dejando las cosas claras mirándole a los ojos.

Él asintió. —Muy bien. —Pareció satisfecho y abrió la puerta sin dejar de observarla. —No trabajes mucho.

—Tranquilo.

Se alejó y ella le miró el trasero. Cuando sintió que un calor le subía por el pecho tomó aire. Qué bien le quedaban esos pantalones. Tenía un trasero que era de lo más apetecible. ¿Pero qué estaba pensando? Ese cabrito le había hecho daño. Miró su móvil. —Deja de pensar tonterías, Gina —murmuró llamando a su hermana de nuevo —. Bueno, ¿y ahora qué?

—Tienes una reunión en poco más de media hora. A las diez. Sé puntual.

—¿Reunión? ¿Para qué?

—Para hablar de unas inversiones para el fondo de pensiones. —Su hermana gimió.

—Pero yo no tengo que hablar, ¿no?

—¡No! Lo hará Bolton. Como siempre.

Suspiró del alivio. —Bien.

—Disfruta. Papá dirigirá la reunión.

—Oh, es una noticia maravillosa.

—Sabía que te gustaría.

—Veré qué puedo hacer.

—Perfecto. Pero que no parezca una loca, no vaya a ser que me ingresen. —Hizo una mueca. —Y no pierdas los modales.

—¿Algo más? —preguntó divertida.

—¿Te he dado ya las gracias? —preguntó de manera encantadora.

Rio por lo bajo. —¿Siempre consigues lo que quieres?

—Soy una Drachen.

Esas palabras hicieron que perdiera la sonrisa poco a poco. —Te veo luego. Intentaré arreglármelas.

—Trae comida china.

Dejó el teléfono sobre la mesa y vio que aún le quedaban cuarenta minutos, así que cotilleó en el ordenador. Era evidente que su hermana estaba más interesada en hacer cualquier cosa que en

trabajar. Tenía carpetas de fotos, otra sobre la boda… Eso la ayudó a conocer sus gustos que eran exquisitos, aunque eso ya lo sabía viendo su casa y su ropa. Abrió sus mails y sabiendo que estaba invadiendo su intimidad empezó a leer.

Tenía que estar informada de todo. Frunció el ceño cuando leyó uno de ellos. Era de un tal Bob Perkings. Le daba las gracias por la invitación a una cena y por supuesto la empresa se encargaría de regalarle todo lo que pudiera necesitar para su nueva casa. Se quedó de piedra cuando en la frase final le dijo que recordara que eran una buena inversión. ¡Y le enviaba gráficos de sus ventas en el último trimestre! Gimió tapándose los ojos.

Vale, tranquilidad. Igual eran amigos. Pero no. Encontró otros tres mails de otras compañías que le regalaban cosas recordando que eran una buena empresa para invertir en ella.

—¿Cristine?

Sorprendida levantó la vista para encontrarse a Bolton en la puerta en mangas de camisa. —Son las diez.

—Oh… —Nerviosa cerró el correo. —Sí, claro. La reunión… —

¿Pero qué había hecho su hermana? Era para matarla. Se ajustó la enorme pulsera que tapaba su tatuaje y se levantó. —Estoy lista —dijo cogiendo su móvil y rodeando su mesa.

Él levantó una ceja. —¿No te llevas el dosier?

Ay, madre. —¿Dosier? —Miró a su alrededor buscándolo, pero allí no había nada.

Bolton rio por lo bajo. —Déjalo.

Gruñó por dentro porque daban por hecho que era un desastre. Iba a hablar con su hermana muy pero muy seriamente.

Pasó ante él sonrojándose sin poder evitarlo y Bolton frunció el ceño. —¿Te has cambiado el perfume?

—Se me ha olvidado echarme perfume —respondió incómoda esperando que llegara hasta ella porque no tenía ni idea de a donde iban.

Él entrecerró los ojos asintiendo antes de caminar entre las mesas para ir hacia los ascensores. En menudo lío se estaba metiendo. Caminó tras su supuesto primo como si nada y cuando llegaron al ascensor entraron en silencio. —Estás muy callada.

—¿Si? Estaba pensando. —Mejor tantear el terreno por si estaba metiendo la pata. Igual él hacía lo mismo. —¿Sabes que hay una empresa

que me ha ofrecido un coche por acordarme de ellos?

Bolton se tensó pulsando el último piso. —Dame su nombre y será tachado de inmediato de próximas inversiones. Ni quiero pensar lo que ocurriría si algo así se filtrara a la prensa. Perderíamos toda la confianza de nuestros usuarios.

Y su hermana iría a la cárcel, pero es evidente que no lo decía por no asustarla. —Es Redbone. —Mencionó la última empresa que había enviado mails a su hermana y que todavía no había recibido respuesta porque Cristine no lo había leído.

—¿La empresa de venta online?

—Esa.

—Joder. Pensaba invertir en ella. —Se pasó la mano por la nuca. —

Está bien. Cuando vuelvas al despacho reenvíame el mail para que hable con los abogados y les envíen una carta de aviso. —La miró muy seriamente. —No les has contestado, ¿verdad?

—No. —Negó con la cabeza vehemente. —Claro que no, eso sería un delito.

Él frunció el ceño. —Sí que lo sería. Y comprometerías a la empresa de manera grave.

—Lo sé.

Bolton sonrió. —Muy bien, Cristine —dijo como si fuera una niña.

Sonrió como si no hubiera roto un plato en la vida y cuando se abrieron las puertas él preguntó —¿A Gregory le ha gustado la sorpresa?

—¿Qué? Oh sí, mucho. Mucho, mucho. Acelera Bolton, que no llegamos. —Se giró y empezó a caminar como si nada.

—Cristine, es por aquí.

Se volvió de golpe. —No me distraigas.

Bolton se echó a reír. —Veo que ahora te tomas muy en serio tu trabajo.

—Por supuesto, soy una Drachen.

Su primo sonrió abriendo una puerta y ella entró deteniéndose en seco al ver a un montón de hombres charlando alrededor de la mesa. Estaba claro que aquello no había sido buena idea. ¡No conocía a nadie!

—Hija, ya has llegado.

Forzó una sonrisa mirando hacia un hombre y se quedó con la boca abierta al ver que era igual que Bolton, pero con canas en las sienes. Y no estaba nada mal para su edad.

—Hola —dijo forzando una sonrisa.

Lester Drachen se acercó a ella con una sonrisa satisfecha en el rostro y la cogió por los hombros. —Estás preciosa. —La besó en la mejilla

y a Gina se le cortó el aliento. Eso era el beso de un padre y que ella recordara era el primero que recibía en la vida.

—Tío, tenemos un problemilla.

—Luego hablamos. —Cogió su barbilla y levantó su rostro. —¿No has dormido bien? Pareces cansada.

—Tengo muchas cosas en que pensar.

—Hablaré con la organizadora de la boda —dijo muy serio—. Fui muy claro la última vez, pero al parecer…

—Sobre otras cosas. No solo de la boda.

—Lester, tenemos que empezar —dijo un hombre de la edad del jefe acercándose—. Hijo, ¿y tu chaqueta?

—Son empleados de la empresa, padre —dijo divertido.

Ella miró al padre de Bolton que increíblemente no se parecía tanto a él como era de esperar. Era igual de alto, pero tenía los ojos marrones y la nariz más grande. Aunque seguía siendo atractivo. —¿Qué tal está mi niña esta mañana? —Se acercó sonriendo.

—Bien. ¿Nos sentamos? —preguntó con unas ganas enormes de salir de las miradas inquisitivas de los tres. Ahora entendía a su hermana.

Eso continuamente debía ser para gritar tirándose de los pelos. La trataban como a una cría.

Disimuló con el móvil en la mano mientras todos se sentaban y cuando levantó la vista vio a Bolton sentado ante ella sin quitarle

ojo. Se sonrojó ligeramente sentándose en esa silla que se había quedado vacía. Al lado de su padre. Escuchando atentamente se enteró de muchas cosas.

Lester dirigía el banco y su hermano que se llamaba Clod era el vicepresidente. Bolton era el director de inversiones y por lo tanto era el departamento más importante. Y ella era la que pintaba menos que nada en la empresa. Durante las dos horas que duró la reunión, nadie le preguntó nada ni esperaba nada de ella. Estaba allí para adornar, eso era evidente. Se suponía que su cargo era de jefa de los bonos y los planes de pensiones, pero como había dicho su hermana Bolton era quien lo llevaba todo. Casi dominó él la reunión durante todo el tiempo y todos los presentes le respetaban. Todos menos ella, aunque no pudo evitar admirar su trabajo porque ella siempre había soñado ser algún día como él.

—Bueno, creo que eso es todo —dijo Clod sonriendo—. Has proporcionado buenos dividendos a nuestros inversores, Bolton. Buen trabajo.

—Gracias. —Se iba a levantar.

—Perdón, tengo que decir algo. —Todos volvieron la cabeza hacia ella como un resorte y se sonrojó.

—Hija, si es sobre la boda hablaremos en cuanto se retiren.

—No es sobre la boda —dijo mirando a su padre—. Aunque de eso hablaremos luego.

Lester extrañado miró a su hermano que se encogió de hombros. —

¿Y bien?

—No creo que invertir en la aerolínea Dweller sea buena idea. Están en la ruina.

Todos se quedaron de piedra y cuando reaccionó el padre de su hermana carraspeó —¿Perdón?

No podía decir que lo había oído en la cafetería donde trabajaba que estaba justo en frente de su empresa. —En la ruina, no tienen un dólar.

Caput.

—Déjennos solos —dijo su supuesto tío sin salir de su asombro.

Vaya, ahora llegaban los fuegos artificiales por haber abierto la boca. Los empleados salieron casi volando y ella levantó una ceja mirando a los tres como si nada. —Cielo, no puedes decir algo… ¿Te lo ha dicho Gregory?

—¿Gregory?

—Tu prometido —dijo Bolton—. Gregory Dweller.

La leche. Les miró con los ojos como platos. —Pues…

—Mierda. —Clod se dirigió a su hermano. —Pedí informes bancarios antes del compromiso y tenía solvencia.

—Eso no significa que la empresa no esté en la ruina. Pueden haber dilapidado la empresa. Bolton averígualo.

Bueno, eso era genial para su siguiente paso. —Quiero cancelar la boda —dijo ella como si nada.

—Pero si le quieres… es un buen partido. Tienen más empresas y…

—No le quiero —dijo tajante—. Está claro que tan cerca de mi operación no debí haber tomado una decisión así. Quiero cancelarla y romper mi compromiso. Y quiero tomar clases de arte, así que no vendré a trabajar por las tardes. Pienso cambiar mi vida desde ahora

mismo. —De repente sonrió radiante dejándolos a todos de piedra. —Bueno… Ya está. —

Se levantó y fue hasta la puerta mientras los tres la miraban con la boca abierta. Cuando iba a salir se detuvo porque igual había sido demasiado brusca y no quería que Cristine protestara. —Por cierto… Os quiero.

—Y nosotros a ti, niña —dijo su tío atónito.

—Genial. —Salió de allí pitando. Bueno, no había ido del todo mal.

Ella hubiera querido que les hubiera sentado peor, pero claro su prometido era una ruina y eso había ayudado mucho a que aceptaran la noticia.

Mierda. Pero bueno, ya estaba. Compromiso cancelado. Seguro que ellos se encargaban de llamar al novio.

Capítulo 5

Cinco minutos después la llamaban al despacho de su padre. ¿Y eso dónde estaba? Llamó a su hermana a toda pastilla, pero no se lo cogía. ¿Qué estaba haciendo? Entró en el ascensor y pulsó el último piso.

Afortunadamente un cartel dorado indicaba donde estaba la presidencia.

Caminó hacia allí y cuando entró vio tres secretarias. —Buenos días —dijo educadamente.

—Buenos días, señorita Drachen —dijo la mayor con una sonrisa en el rostro—. Su padre la espera.

—Estupendo —dijo incómoda yendo hacia una de las dos puertas.

Cuando la abrió y vio un montón de ficheros se echó a reír volviéndose. Las tres la miraban parpadeando como si hubiera perdido el norte. —Qué despiste. Que no, era broma.

Las tres rieron y gruñendo por lo bajo fue hasta la otra puerta y la abrió para encontrárselos a todos allí. Al parecer aquello no había acabado.

—¿Me llamabas, papá?

—Cierra la puerta —dijo muy serio.

Vaya. Cerró y Bolton puso los brazos en jarras. —¿Se puede saber que está pasando?

—¿Perdón? —preguntó haciéndose la tonta.

Su padre suspiró. —Hija, no puedes romper el compromiso así como así.

—¿Por qué? —Esa pregunta les dejó de piedra. —Es mi vida y si no quiero casarme con él pues no me caso.

—¿Sabes el escándalo que se va a armar? —preguntó Bolton cabreado—. ¡Y más cuando sepan que su empresa se hunde! ¡Creerán que eres una interesada!

Ella se encogió de hombros. —Peor sería que me casara con un hombre que no quiero y que fuera infeliz.

Los tres se miraron los unos a otros. —Si lo tienes tan claro —dijo su tío incómodo.

—¡Joder! —Bolton se pasó la mano por la nuca demostrando lo nervioso que se estaba poniendo.

—¿Y a ti por qué te importa tanto?

La miró asombrado. —¡Será porque es mi mejor amigo!

Mierda. —¿Y no se considera conflicto de intereses que invirtamos en su empresa? —Eso les dejó sin habla. —Menos mal que he detenido esto a tiempo. Bolton, deberías darte cuenta de estas cosas. Bueno, me voy a comer.

—¡Queda una hora para salir!

—¿De veras? Es que no llevo reloj. Pero tengo hambre.

—Pues vete a comer hija, vete a comer.

Sonrió radiante antes de ir hacia la puerta.

—Un momento.

Gruñó volviéndose y miró a Bolton a los ojos. —¿Qué es eso de que quieres estudiar arte? ¡Si no te he visto coger un pincel en tu vida!

—Pues para aprender.

Su primo no salía de su asombro y disimuló la risa que pugnaba por salir. Los tres la miraban como si tuviera dos cabezas.

—Hija, ¿esto es una crisis de identidad?

—Totalmente. —Los tres suspiraron aliviados. —Estaba buscándome a mí misma y me he encontrado. Así que voy a poner las cosas en su sitio. De momento trabajaré, claro, pero quiero ser artista.

A su padre parecía que iba a darle una apoplejía. —¿Y el banco?

—Pues… —Señaló a Bolton. —¡Le tienes a él! Se le ve muy entregado a tus deseos, padre.

—¿Por qué me llamas padre? —preguntó sin salir de su asombro.

—Intento madurar.

—Cristine, que me estoy poniendo nervioso. ¿Necesitas terapia? ¡Ya lo sé! —Ella parpadeó con cara de inocencia. —Es el estrés de la boda y todo ese lío te queda muy grande.

—Me casaba con él porque pensaba que era lo que tú querías. —Su padre dejó caer la mandíbula del asombro. —Pero lo he pensado mejor.

—¿Lo que yo quería?

—Bueno, me lo metíais tanto por los ojos…

—Madre mía… —dijo su tío aflojándose la corbata—. Niña, nosotros solo queremos lo mejor para ti.

—Ya. Y pensabais que Gregory era lo mejor, pero no, no lo es. Yo solo quería haceros felices, pero me he dado cuenta de que es mi vida y la que tengo que ser feliz soy yo que soy la que me tendría que acostar con él.

—Hala, a ver si a eso podéis decir algo. Efectivamente se quedaron mudos.

Sonrió radiante. —Sabía que me entenderíais. Por cierto, le voy a pedir una cita a James. Es más como yo. A ver qué sale.

—¿A ver qué sale? —Bolton parecía a punto de soltar cuatro gritos.

—Voy a vivir un poco que soy joven. Ahora tengo un riñón nuevo y disfrutaré de la vida. —Miró a su padre. —Tengo que ir a comprar lienzos y esas cosas. Me piro.

—Se pira —dijo Clod mirando a su hijo—. ¡Haz algo!

—¿Qué quieres que haga?

—En cuanto se entere la prensa… ¡Quedan dos semanas! ¡Hay que avisar a todos los invitados! ¡Haremos el ridículo!

—Uy, uy… Sois un poco estirados. Estamos en el siglo veintiuno, lo entenderán.

—No hija, no lo entenderán. Será una excusa para tirarse a nuestro cuello.

Ella entrecerró los ojos. —¿No me digas? ¿Y según vosotros qué debería hacer?

—¡Habértelo pensado mejor en su momento! —gritó Bolton.

—¡Es que en aquel momento me parecía lo correcto! —Decidió torturarles un poco ahora que tenía la oportunidad y puso pucheros. —Yo solo quería hacer lo que se suponía que os hacía felices.

—Hija no te disgustes —dijo su padre acercándose de inmediato para abrazarla.

—Después de mi operación estaba perdida, padre.

—No me llames padre. Llámame papá como toda la vida.

—Vale. —Sorbió por la nariz. —¿Todavía me quieres?

—Claro que sí, hija. Yo siempre haré lo que haga falta para que seas feliz. Ya encontraremos a otro. ¡Bolton cancela la boda!

—¿Yo? —preguntó asombrado.

Ella sollozó. —Está enfadado.

—No, hija. Tu primo no se enfada. —Lester le fulminó con la mirada. —Cancela la boda —dijo entre dientes acariciando la espalda de su supuesta hija—. Ahora voy a llamar a mamá y vendrá a buscarte. Estás disgustada. Necesitas hablar con ella.

—Oh… —Se apartó sorbiendo por la nariz. —No hace falta.

Comeré una hamburguesa ahí en frente. Chaito. —Iba a salir dejándoles con la boca abierta cuando se detuvo y gritó —¡Soy libre! ¡Me piro de juerga!

Oye primo, ¿crees que un lingotazo de whisky le vendrá mal a mi riñón nuevo? —Les señaló con el dedo y rio. —Es broma. Bueno, lo del arte no.

—Salió cerrando la puerta a toda prisa.

—¿Eso significa que lo de la boda es mentira? —preguntó Clod confundido.

—No, padre. No se casa, te lo digo yo. —Miró a su tío fijamente.

—¿Qué le pasa?

—¿No te lo ha dicho? ¡Una crisis de identidad!

Clod entrecerró los ojos. —Seguro que tiene la culpa ese riñón. He leído que a veces los trasplantados se influyen de alguna manera por la persona que se los donó. Como una posesión.

—¡Padre no digas tonterías!

Lester señaló la puerta. —¡Esa no es mi hija! Si ayer me preguntó mil cosas sobre la boda y parecía ilusionada. ¡Y cuando le dije que se iría de luna de miel a las Maldivas saltó de la alegría!

Bolton entrecerró los ojos mirando a la puerta. —¿Y si el tío tiene razón? —Ambos le miraron sin comprender. —¡No la habéis visto, pero Gina es igual que Cristine! Como dos gotas de agua. ¿Y si es Gina?

—Qué tontería. Es mi hija. ¿Crees que no reconozco a mi hija?

—Acabas de decir…

—¡Era un decir! —Lester suspiró. —Siempre ha sido una cabecita loca.

—Pero encantadora —añadió su tío.

—Bolton arréglalo.

—¿Cómo?

—¿Por qué crees que te he dicho a ti que canceles la boda?

¡Convéncela para que cambie de opinión! Mañana querrá cambiar el

vestido de novia y se le habrá pasado esta rabieta. Habla con ella, a ti te hará caso.

—¿A mí? —preguntó sorprendido.

—¡Eres su primo!

—¡Y tu su padre!

Clod les observó discutir y puso los ojos en blanco. —¿No creéis que es mejor que no se case? Igual deberíamos analizarlo. —Ambos le miraron como si hubiera dicho un disparate. —Si tiene dudas es que no le ama.

—Lo que yo decía. ¡Dudas que se le aclararán en cuanto recapacite!

—exclamó su padre antes de fulminar a Bolton con la mirada—.

Convéncela de que se case.

Clod levantó las manos exasperado. —La niña no quiere.

—¡La niña es una adulta, por Dios! —Bolton fue hasta la puerta. —

¡No pienso meterme en esto! Bastante tengo con el problema que acaba de provocarme. ¡Voy a perder a mi mejor amigo por ponerme de su lado!

—Por eso si me ayudas no perderás a nadie.

Bolton se detuvo cerrando la puerta. —Le atrae ese James. Trabaja en contabilidad.

—Despídelo —dijo Lester muy en serio.

—¡Ella se rebelará!

—Por eso lo harás con la excusa perfecta. Pon las cosas en su sitio, Bolton. Puede que Martin Dweller haya llevado su empresa a la ruina, pero sigue siendo tremendamente influyente en la ciudad. Como acaba de decirte al teléfono solo necesita ultimar la fusión que tiene entre manos. Nada más.

Su hijo Gregory sigue siendo perfecto para ella. Confío en ti.

Apretando los labios miró a su padre que asintió. —¿Y si no ultima la fusión?

—Eso será lo mismo. Siguen y seguirán teniendo la posición y sus cuentas se mantienen llenas.

—Eso no es lo más importante para un matrimonio.

Lester se sentó en la esquina del escritorio. —Quiero a mi hija más que a nada. Solo hago lo mejor para ella. ¿De veras crees que está en sus cabales cuando dice que quiere estudiar arte cuando va a heredar uno de los bancos más potentes del país?

—A ella nunca le ha interesado esto.

—No. Aunque pensaba que era un acto de rebeldía. —Suspiró antes de negar con la cabeza. —Cuando le diagnosticaron la enfermedad

le dio por pintar cuando siempre había dicho que conseguiría dirigir el banco. —

Bolton frunció el ceño. —Lo hacía en su habitación y empezó a decir que le

gustaría estudiar arte. Hablé con ella a la hora de elegir universidad. Su afición a la pintura estaba ligada a su enfermedad y se lo hice ver.

—Nunca la he visto pintar.

—Porque nunca se lo ha querido enseñar a nadie. —Señaló hacia atrás y los dos miraron hacia el cuadro abstracto que estaba colgado tras su sillón.

—Siempre he pensado que es muy bueno —dijo Bolton—. Quizás deberías planteártelo.

—¿Crees que me lo he tomado a la ligera? Llevé ese cuadro a la galería de arte diciendo que era de un conocido. Me dijeron que no vale ni el lienzo donde está pintado. Ningún talento. ¿Qué crees que le pasaría a Cristine cuando le dijeran eso a la cara si algún día tuviera el valor de enseñar su obra?

—La hundiría.

—¡Exacto! Había conseguido crear un futuro seguro a su alrededor.

Con una carrera que aunque no la necesita porque nunca le faltará el dinero, la hacía levantarse cada mañana para ver a sus compañeros y a sus amigos.

Así no pensaba solo en lo que le esperaba. Y ahora todo era perfecto porque está sana.

—Así que le buscaste una pareja.

—Exacto, para completar su vida con el hombre adecuado. Y

Gregory lo es. Elegante, educado y la quiere. La cuidará, estoy seguro.

Bolton apretó los labios. —Yo también estoy seguro de que la quiere, pero ella no parece quererle demasiado. De hecho ha dicho…

—Hijo… —Le interrumpió Clod. —Hazle caso a mi hermano.

Habla con tu prima.

—¡Tú no estabas de acuerdo!

—No soporto verla llorar y por un momento me plegué a sus deseos, pero Lester tiene razón. Puede que por un capricho esté cometiendo una equivocación.

—¿Y si no es así?

—Si no es así, esta tampoco es mala opción.

Bolton apretó los labios. —Muy bien, intentaré convencerla.

Estaba comiendo la hamburguesa a dos carrillos cuando casi se atraganta al ver a Bolton entrar en la hamburguesería. Mierda. Cogió su refresco y chupó por la pajita. Para su sorpresa fue a pedir y Gina cogió una patata para metérsela en la boca viendo como se acercaba a ella con la

bandeja en las manos. Se sentó ante ella y apoyó los codos sobre la mesa.

—De verdad, Cristine…

—Ah, que has venido a convencerme.

—No he venido a convencerte. He venido para intentar entender por qué ha pasado esto. ¿Por qué ahora?

—Me he dado cuenta de que quiero otra cosa en mi vida. —Le dio un buen mordisco a su hamburguesa y cuando se pasó la lengua por su labio inferior quitándose el kétchup, él separó sus labios encogiéndole el estómago. Masticó algo incómoda por su mirada. —¿Qué?

—Nada. Pero es que desde esta mañana te encuentro distinta.

—¿Si? Será que ya he abierto los ojos. —Se metió varias patatas en la boca.

—¿No deberías hablar con tu prometido?

—¿Debería? —Con chulería se metió otra patata en la boca.

Él entrecerró los ojos tensándose y de repente sonrió de una manera que la alertó. —Gina.

Intentó levantarse, pero él la cogió por el antebrazo y al tirar de su brazalete mostró el tatuaje. —Lo sabía. En cuanto te vi esta mañana supe que había algo raro y tu olor… Cristine siempre se pone el mismo perfume.

—Suéltame.

—Que te propones, ¿eh? ¿Joderle la vida? ¿Qué has hecho con Cristine?

—Nada. No he hecho nada. —Tiró de su brazo.

—¿Qué querías hacer?

—Ella me lo pidió.

Bolton la miró sin creerse una palabra y ella gruñó tirando de su brazo, pero no la soltaba. —Como no me hables claro llamaré a la policía.

—¡Ella me lo pidió! —Él soltó su brazo y suspiró. —Esta mañana fui a su piso y…

—¿Y?

—Sabía de mi existencia. Os oyó hablar en el hospital y sabía que era adoptada desde niña. Buscó a Gina Gavis después de la operación, pero por supuesto no me encontró. —Sus ojos verdes mostraron su sorpresa. —

No es tonta, ¿sabes?

—Jamás he creído que es tonta.

—¡Pero te comportas como si lo fuera! La tratáis como una niña y no la dejáis elegir cómo vivir su vida. Si se comprometió con ese Gregory fue por no defraudar a su padre. Cree que tiene que estar agradecida por todo lo que le han dado —dijo con rabia —. ¿El banco? —preguntó con burla—. Sabes que lo odia. Va por pasar el tiempo.

—Era lo que pretendía su padre mientras estuvo enferma —siseó.

Gina entendió. —Pero ya no está enferma.

—Gregory es un buen hombre.

—James la ama.

—¿James? ¿Un contable de tres al cuarto? ¿Sabes cuál será el futuro de Cristine? Necesita un hombre…

—Que la quiera.

—¡Que entienda su modo de vida! ¡Que la ayude a manejar la fortuna que va a heredar!

—No entiendes nada.

—Entiendo mucho más que tú. —La miró fijamente. —Te dije que te mantuvieras lejos.

—Hace mucho que no recibo órdenes de nadie —dijo con rabia.

—Pero bien que cobraste, ¿no es cierto?

—Serás cerdo. De algún sitio tenía que sacar para vivir, no pude trabajar en cuatro meses. —Bolton se tensó. —No hagas como si no lo supieras —dijo con desprecio.

—El médico me dijo que te recuperarías.

—Claro que sí, para unas horas después volver a meterme en quirófano en una operación a vida o muerte.

—Se lo has dicho a Cristine, ¿no es cierto? La has envenenado contra su familia.

—Os oyó ella misma en el hospital. No hizo falta que me explayara mucho. ¡Mi hermana sabe muy bien como sois y no la vais a manipular más para hacer de ella la muñequita Drachen!

—¿De qué coño estás hablando?

—Solo tiene una vida y va a vivirla como le dé la gana. Eso te lo juro por Dios.

—¿Ahora eres su defensora? —preguntó con desprecio.

—Soy su defensora y lo que haga falta, porque somos una. Y ahora que la he encontrado y que sé que me quiere a su lado nada impedirá que estemos unidas. Ni siquiera tu ni tu pija familia. —Se

levantó cogiendo su bolso. —Díselo a tu tío. ¿No os gusto? Que os jodan, pero yo no me voy a ningún sitio.

Bolton apretó los labios viéndola salir de la hamburguesería y juró por lo bajo antes de sacar su teléfono. —Tío, tenemos que hablar. —Miró por el cristal para verla cruzar la calle. —Gina ha vuelto a nuestras vidas.

Capítulo 6

—¿Cómo que te han descubierto? —chilló su hermana que sentada en el sofá con las piernas cruzadas comía patatas fritas. Y no era la única bolsa que se había comido.

—Tu primo me ha descubierto, ¿sabes?

Cristine chilló de nuevo. —¿Lo sabe mi padre?

—¿Quieres dejar de comportarte como una cría? —Le quitó la bolsa de patatas y se sentó a su lado metiéndose un buen puñado en la boca.

Su gemela cogió una bolsa de palomitas y la abrió. —Dios, me va a matar.

—No te va a matar. Se cabreará y ya está. —Se encogió de hombros. —Por cierto, antes de saber que eras yo había conseguido anular la boda y que estudiaras arte.

Los ojos de su hermana brillaron de la ilusión. —¿De veras?

—De veras, pero eso fue antes de saber que eras yo, claro.

—Será que tú eras yo.

—Pues eso he dicho.

—No, has dicho…

—¡Cristine, estamos en un lío!

—¿Pero sigo comprometida o no? —Levantó un puñado de palomitas y se las metió en la boca.

—¿Cuántas guarradas de estas has comido?

—No hay nada en la nevera y no podía salir a comer algo. Me vería el portero. ¡Y no has traído la comida china!

—Bueno, creo que ahora podemos salir. Ya nos han pillado.

Los ojos de Cristine brillaron de la alegría. —¡Voy a cambiarme!

En ese momento sonó el móvil de Cristine y Gina lo sacó rápidamente de su bolso. —Tu padre.

—Cógelo tú.

—¡Te llama a ti!

—Por favor…

—Bueno, ya que estamos… ¿Diga?

—Pon el altavoz —susurró su hermana.

Ella apartó el teléfono y lo puso en manos libres. —¿Gina?

Hizo una mueca porque era evidente que Bolton ya se había chivado. —Soy yo —dijo con chulería.

—¿Mi hija está bien?

—Por supuesto. Más que bien.

—¿Qué quieres?

Miró a su hermana que no entendía nada. —Quiero que canceléis la boda y que mi hermana estudie bellas artes como quería.

—¿Y qué más?

Pensó rápidamente. —Y quiero un trabajo en el banco. Estudié económicas, ¿sabes? Tengo estudios.

—La prensa se enterará de todo.

—Pues me importa una mierda. —Cristine abrió los ojos como platos. —¡No vais a separarme de mi hermana! Me mantuve apartada porque creía que era por su bien, pero ahora que sé que quiere que estemos juntas no hay dinero en el mundo que me aleje. ¿Me has entendido?

—Sí.

—¡Y deja de manipularla! Hablo en serio. Como volváis a interferir en su vida seré yo la que hable con la prensa y contaré cómo me tratasteis.

—¡Gina, no le digas eso!

—¿Por qué si es verdad? ¿Acaso estás de acuerdo con lo que me hicieron?

—No, pero… —Se calló al ver el dolor en sus ojos. —Papá hazle caso.

Lester Drachen dijo muy tenso —Cristine llama a tu madre. Está muy preocupada con todo esto.

—Ahora la llamo.

Lester colgó el teléfono y miró a su sobrino a los ojos. —

Destrúyela. La quiero fuera de su vida. Es una mala influencia.

—Esto no me gusta —dijo su abuela dos días después frotando su cabeza para que saliera el tinte.

—¿Va a quedar mal? —preguntó de rodillas frente a la bañera de su casa.

—No hablo del tinte, cielo. Te estás enfrentando a hombres poderosos.

—Me da igual.

Su abuela cerró el agua y cogió el champú. —Antonella es su hija.

—Es mi hermana y ahora se llama Cristine, abuela. —Intentó levantar la cabeza, pero ella se lo impidió. —¿No has frotado suficiente?

Vas a arrancarme el pelo.

—No, estate quieta.

—¿Quién iba a decirme que eras tan mandona?

—Si me hicieras caso no estarías en líos.

—No estoy en líos.

—Claro que sí. ¿Crees que se quedarán de brazos cruzados mientras se la quitas?

—No voy a quitársela. Seguirá siendo su hija, pero también será mi hermana y tu nieta. Por cierto, viene a cenar, ¿hacemos canelones?

—Déjate de canelones. ¿A que la convencen para que no venga? —

Abrió el grifo y empezó a aclarar su cabello. —Uff, menos mal, parece que te va a quedar igual.

—Genial, no me gustaba nada el rubio. Me veía rara. —Se enroscó su largo cabello y cogió una toalla. —Y sí que vendrá. Fue idea suya. —Se levantó y pasó la toalla hacia atrás metiéndosela por la nuca. Antonella sonrió con tristeza. —No te preocupes tanto. Tienen las manos atadas gracias a lo que me hicieron. Tienen que tragarme. Tragarnos.

—A pesar de los palos que has recibido en la vida sigues siendo una ingenua.

Le guiñó un ojo volviéndose y chilló al verse en el espejo. —¡Tengo las cejas rubias!

Su abuela puso los ojos en blanco. —Iré a por más tinte.

Cuando su abuela se fue, caminó hasta su pequeña cocina y miró en la nevera para comprobar que tenía todo lo necesario para hacer los canelones. A Cristine le chiflaban y quería hacer una cena especial para ese día. Sacó los ingredientes y empezó a sazonar la carne.

Escuchó que la puerta se abría y no se giró. —¿Había el mismo número? Porque sería raro que me las pusiera de otro color. —Como no le contestaron miró sobre su hombro y perdió la sonrisa al ver a Bolton a unos pasos. Se volvió poniéndose en guardia. —¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Tu abuelita ha dejado la puerta abierta —dijo con ironía—.

Tenemos que hablar.

—¿Contigo? —preguntó divertida—. Yo no tengo nada que hablar contigo. Ahora vete de mi casa.

—¿Irme? Si lo que quieres es una familia feliz, pues soy de la familia. —Lo dijo de tal manera que le puso los pelos de punta. Dio un paso

hacia ella. —Cristine no te necesita en su vida.

—Más quisieras, capullo —siseó sin sentirse amenazada—. Ahora lárgate.

Él sonrió de medio lado. —Al parecer no entendiste del todo eso de que no tenías que acercarte a ella. Has complicado mucho las cosas.

—¿No me digas? Que te den a ti y al pijo de tu tío, porque estoy segura de que si estás aquí es porque él te lo ha ordenado como cuando me dejasteis tirada en el hospital. —Bolton se tensó. —¿Eres su perrito faldero?

—Gina…

—Pues que sepas que yo hace tiempo que hago con mi vida lo que me viene en gana y mientras Cristine me quiera en su vida aquí me voy a quedar.

—No, si no va a ser mi prima la que se aleje. Ya he hablado con ella y he visto como le has lavado el cerebro. —Dio un paso hacia ella cogiéndola por la barbilla con firmeza. —Serás tú la que te alejes porque sino cierto amigo mío llamará a la fiscalía. —Gina le miró sin comprender.

—¿Sabes que cobrar por un órgano es un delito?

—Cabrón —siseó perdiendo todo el color de la cara—. ¡Yo no quería nada!

—Sí, pero lo aceptaste. Mi tío y yo estamos dispuestos a decir que nos extorsionaste. Que estábamos entre la espada y la pared. Sabías que teníamos dinero y eres poco menos que una indigente. ¿A quién piensas que creerían? —Gina se quedó sin aliento sintiendo un dolor en el pecho como si la hubiera traspasado con un afilado cuchillo. No se podía creer que sus palabras le hicieran daño después de todo el dolor que le había provocado la última vez y apartó su barbilla como si le quemara su contacto. Bolton sonrió. —Te has enfrentado con la

gente equivocada. Igual tus tácticas funcionan en los bajos fondos, pero aún te queda mucho por aprender.

—Vete de mi casa.

Él apretó los labios mientras ella bajaba la mirada para no mostrar el dolor de sus palabras. —¿Te alejarás de ella?

—No. —Bolton se volvió y allí estaba su abuela. —Mi nieta no se dejará pisar por vosotros, malditos bastardos. —Dio un paso hacia él. —Y

dile a tu dueño que me arrepiento muchísimo de que Cristine se haya criado con él. ¡Tenía que haberme dado cuenta de cómo era cuando no las quiso a las dos! —gritó furiosa—. ¡Pero claro, Gina estaba enferma y temió que no sobreviviera o que le quedaran secuelas, así que prefirió separarlas!

Bolton se tensó. —Señora, no sé de qué me habla.

—¡Claro que no, pero yo estaba allí! —Dio un paso hacia él. —La abandonó como un perro cuando su adopción ya estaba cerrada desde hacía meses y después volvió a hacerlo al quitarle un riñón para su princesita. ¿Y

ahora quiere dañarla de nuevo después de quitarle a su hermana? Antes os mato, hijos de puta.

—¡Abuela!

Antonella le señaló furiosa. —¡Dile que como de nuevo le haga algo a mi niña después de casi matarla en esa operación donde la descuartizasteis, pienso contar su historia a cualquiera que quiera escucharla! ¡Destruiré a los Drachen! Eso os lo juro por mi hija que está bajo tierra —dijo antes de escupir en sus zapatos.

Bolton se enderezó en toda su estatura. —Veo que no llegaremos a un entendimiento. —Se volvió hacia Gina que con lágrimas en los ojos tenía la mirada perdida. —Piénsatelo.

Le miró como si acabara de darse cuenta de que aún seguía allí y gritó desgarrada —¡Vete! ¡Fuera de mi casa!

—Gina…

Rabiosa le empujó dejando caer la toalla que cubría su cabeza. —

¡Vete de mi casa!

Él apretó los labios cuando sollozó y dijo —Yo no quería esto.

—¡Vete!

Salió de la casa y furiosa cerró de un portazo. Se tiró a los brazos de su abuela que la abrazaron con fuerza. —Mi niña... Sabía que te harían daño de nuevo. —Lloró sobre su hombro y Antonella la acarició. —No llores.

—No voy a dejarla.

Antonella sonrió. —Eres casi tan cabezota como tu madre.

Se apartó para mirar sus ojos negros. —¿Y eso es malo?

—No, mía cara. No es nada malo luchar por los que amas. Yo lucharía por ti hasta la muerte.

Bolton se bebió el whisky de golpe antes de servirse él mismo otro del mueble bar. Se volvió con él en la mano y observó a su familia que esperaba noticias. Sus tíos estaban sentados en el sofá mientras sus padres de pie tras ellos le miraban interrogantes.

—¿Y bien? —preguntó su tío muy tenso.

—Joder, la última vez te dije que no quería hacer más cosas así.

—Estos contratiempos son parte de la vida.

—Lester, por Dios… —dijo su esposa muy preocupada—. Estamos hablando de nuestra hija.

—Precisamente por ella estamos aquí. ¿Qué te ha dicho?

Bolton muy tenso se sentó ante ellos. —¿Ibais a adoptarla? —

Meredith palideció. —¿Ibais a adoptarla y os echasteis atrás?

—Estaba muy enferma. Nadie esperaba que sobreviviera —le respondió Merry, su madre, apretándose las manos mientras su padre estaba de pie a su lado observándolo todo.

—Pues gracias a Dios que sobrevivió, ¿no? Porque ahora también Cristine estaría muerta.

—¡Todo fue culpa de su madre! —exclamó Lester—. Tomaba drogas y…

—¡Déjate de monsergas! ¡Abandonasteis a la que se suponía que iba a ser vuestra hija porque no era perfecta y ahora pretendéis que la que criasteis sea a vuestra imagen y semejanza!

—Hijo, ¿pero qué dices? —Clod estaba asombrado.

Él negó con la cabeza bebiendo su whisky y cuando tragó dijo —No cederá.

—Joder… —Lester se levantó molesto.

—Y como sigas presionándola o amenazándola contará su historia.

Y su abuela la apoya.

—Igual deberíamos ser nosotros quienes cedamos —dijo Merry cogiendo la mano de su marido.

Clod apretó los labios—. No es mala niña. Donó su riñón para su hermana.

—¡Por dinero! —protestó Lester.

—El dinero no tenía importancia. ¡Y si lo usa es porque se pasó meses convaleciente! Joder, me da asco de mí mismo al recordar cómo la tratamos. Y eso que no sabía ni la mitad. —Bolton se levantó furioso. —No contéis conmigo para nada más.

—¡No puedes echarte atrás ahora! —protestó su tío asombrado.

En ese momento escucharon un portazo y entró Cristine en el salón casi corriendo. Todos se quedaron de piedra al ver que se había teñido el cabello de morena. —¡Estáis todos aquí! —Se giró mostrándose. —Venía a enseñaros mi nuevo look. ¿Qué os parece? —Se sonrojó ligeramente. —

Voy a conocer a mi abuela y quiero que me vea con mi color natural. Para ella es importante. —Perdió la sonrisa poco a poco. —No os gusta.

—No es eso —dijo Meredith —. Es que tenemos que acostumbrarnos. Llevas de rubia desde hace tanto… Pero estás preciosa,

¿verdad?

—Claro que sí —dijo Merry forzando una sonrisa.

—Gracias tía. —Soltó una risita emocionada. —Estoy nerviosa. —

Al ver lo serios que estaban perdió la sonrisa poco a poco. —Bueno, es mejor que me vaya. No quiero llegar tarde.

—Hija, ¿seguro que no quieres quedarte a cenar con nosotros?

Tenemos temas importantes que tratar —dijo su padre.

—No puedo. Hablamos mañana, ¿vale? Os quiero.

Salió del salón a toda prisa y Merry susurró impresionada —Es como ver a otra persona.

—Es como ver a Gina —dijo Bolton apretando los puños—. Tío, te aconsejo que las dejes en paz.

—¡Y perder a mi hija! ¿O no la acabas de ver?

—Tengo la sensación de que mi hijo tiene razón y que la perderás como te enfrentes a su hermana —dijo Clod muy serio—. Gina tampoco ha pedido tanto. Quiere que Cristine consiga sus sueños y un trabajo. Tampoco es para tanto.

—¡Para mí sí! —gritó Lester.

Meredith se le quedó mirando. —Lo que ocurre es que no quieres verla porque te recuerda continuamente lo mezquino que fuiste. —Lester palideció. —¡La abandonaste y volviste a hacerlo cuando había salvado a nuestra niña! —gritó con lágrimas en los ojos—. ¡Nunca quieres que te

recuerden tus errores! ¡Pues esta vez tendrás que vivir con ello porque no voy a perder a Cristine por tu orgullo! —Se volvió hacia Bolton. —Búscale trabajo a Gina y habla con tu amigo para cancelar el compromiso. Esto se acaba aquí.

—¡Meredith! —Lester asombrado vio como se levantaba su esposa.

—¡Y la recibirás en esta casa como si fuera tu otra hija! ¿Me has entendido? Sino del que tendremos que prescindir será de ti.

Asombrado vio como su esposa salía del salón llorando y miró a todos como si no se lo pudiera creer. —¿Me ha amenazado con el divorcio?

—Sí, hermano… Lo ha hecho.

—Debes ser razonable y no tomárselo en cuenta. Está muy alterada y todo esto es mucha presión para ella. Pero te advierto, Lester… No hagas a una madre elegir entre un hijo y un marido porque siempre acabarás perdiendo. —Merry se acercó a su hijo y le dio un beso en la mejilla antes de acariciársela mirándole a los ojos. —Descansa un poco, ¿quieres?

Trabajas demasiado y ahora esto. —Bolton asintió y ella sonrió satisfecha.

—Marido, nos vamos.

Cuando sus padres se fueron Lester se dejó caer en el sofá de nuevo aún asombrado. —Te has quedado solo, tío. ¿Qué piensas hacer?

Él entrecerró los ojos. —Puede que haya ganado esta batalla, pero cambiarán de opinión al ver como Cristine se aleja de nosotros. Terminarán por darme la razón.

Capítulo 7

Fue una cena muy emotiva porque su abuela no hacía más que llorar. —Mis niñas.

—Por favor, no llores más —dijo Gina levantándose con su plato casi sin tocar antes de darle un beso en la mejilla—. Ya pasó.

Su abuela la miró como diciendo que de eso nada y ella la advirtió con la mirada antes de sonreír a Cristine que se limpiaba las lágrimas. —

Basta de llorar, es un momento feliz.

—Así que trabajas limpiando —dijo su hermana—. Puedo conseguirte algo en el banco mejor pagado y más descansado.

—No, niña. Estoy muy bien.

—Tú déjame mirarlo. —Se echó a reír. —Y tengo una noticia. Esta mañana he renunciado. Ya verás cuando se entere mi padre.

Su gemela asintió. —Tú tienes otros talentos. Pintas maravillosamente.

—¿De veras? —preguntó su abuela.

Cristine se sonrojó. —Bueno…

—No seas modesta. He visto algunos de tus cuadros colgados en tu piso y son preciosos.

—¿Me harás uno? —preguntó su abuela ansiosa.

—Claro que sí —contestó algo incómoda.

Gina le guiñó un ojo. —Me lo ha explicado, no le gusta que vean su obra.

—Una tontería si me quiero dedicar a esto —susurró.

Su abuela cogió su mano por encima de la mesa. —Es porque sale de ti y te da apuro. Tu madre era igualita que tú.

—¿De veras?

—Oh, sí. También dibujaba y lo hacía muy bien. —Hizo una mueca.

—Igual si hubiera podido enviarla a clases de arte…

—No fue culpa tuya, abuela —dijo Cristine—. Nadie es culpable de sus decisiones. Solo ella.

Gina se sentó a la mesa dejando en el centro la tarta de manzana que habían hecho y le dio el plato de postre a su hermana. —Lamentarse por el

pasado no sirve de nada. Lo que importa es nuestro futuro.

—Sí. —Cristine sonrió. —¿Verdad, abuela?

—Por supuesto.

—¿Has encontrado una buena escuela? —preguntó a su hermana.

—Bueno, el curso empezó hace meses, pero he encontrado una academia bastante prestigiosa que han dicho que me admitirán si les muestro mi trabajo y les interesa. Hay profesores de primer nivel. —Soltó una risita. —Estoy algo nerviosa por mostrarles mi trabajo.

—¿Quieres que lo lleve yo? —preguntó divertida.

—¿Lo harías?

Se miraron a los ojos. —Sabes que lo haría, pero debes empezar a tomar las riendas de tu vida.

Cristine asintió y la abuela empezó a cortar la tarta. —Bien dicho, niña. Está bien que os protejáis la una a la otra, pero cada una debe luchar por sus propios sueños. —Les dio un buen pedazo a cada una. —Debéis ser fuertes.

Llamaron a la puerta y las tres miraron hacia allí. Gina apretó los labios porque nunca llamaba nadie. —¿Si?

—Soy Bolton.

Cristine se levantó. —¿Qué hace aquí mi primo?

—No lo sé. —Aunque se lo imaginaba. Seguro que iba a montar el numerito. Por su hermana fue a abrir mientras su abuela se levantaba como si quisiera protegerla.

Bolton al otro lado preguntó —¿Puedo pasar?

Le advirtió con la mirada antes de hacerse a un lado y este sonrió a su hermana que preocupada se apretó las manos. —¿Qué haces aquí, Bolton?

—Tengo algo que deciros. —Se volvió hacia Gina. —Acabo de venir de casa de su padre.

—¿Y bien? —Se cruzó de brazos sin dejarse intimidar.

—¿Se lo has contado?

Le miró como si fuera idiota.

—¿Contarme qué? —preguntó su gemela preocupada.

—Eres imbécil —dijo por lo bajo.

Bolton sonrió a su prima. —Que vine antes para ofrecerle trabajo y decirle que tus padres quieren conocerla.

El rostro de Cristine se iluminó de la alegría. —¿De verdad? ¿Cómo no me lo habías dicho?

—Gina opina que lo del trabajo y la reunión la haría sentir incómoda después de todo lo ocurrido. Además no cree en el

arrepentimiento de tus padres. —Cristine la miró algo decepcionada. —

Pero después de hablar con tus padres de nuevo, les he visto de lo más arrepentidos. De hecho tu madre está deseando conocerla

mejor, así que me he animado a venir de nuevo para convencer a tu gemela.

Gina miró a su abuela sin salir de su asombro y esta forzó una sonrisa. —Lo que hoy es negro mañana puede ser blanco, ¿verdad señor Drachen?

—Por favor, llámeme Bolton.

—Antonella.

—Lo sé —dijo mirándola a los ojos.

—Estoy segura de que a ti no se te escapa nada, Bolton. Es increíble lo que pueden cambiar las cosas en unas horas. Precisamente Cristine me había ofrecido trabajo en el banco.

—Pero lo has rechazado, abuela.

—Porque si tu hermana no lo aceptaba no me parecía bien. —Sonrió falsamente a Bolton. —Pero ahora es otra cosa. ¿Seguro que los padres de Cristine quieren hacer esto?

—Claro, teníais dudas —dijo Cristine aliviada—. No os preocupéis, cuando mi padre toma una decisión es muy firme.

—Eso me temo —dijo Gina por lo bajo sin perder de vista a Bolton que sonrió con ironía.

—Cristine sírvele un pedazo de tarta a tu primo para que vea lo bien que cocina mi niña —dijo la abuela haciendo que se moviera de inmediato.

—Se agradece. Aún no he cenado.

—Oh, pues te sirvo canelones. —Cristine corrió hacia la cocina. —

Te van a encantar.

Cuando su hermana se alejó Gina le cogió por el brazo para que la mirara. —¿Qué coño haces aquí?

—Ya te lo he dicho, han cambiado de opinión —contestó mirándola a los ojos.

—No me creo una palabra. ¿Hace unas horas queríais meterme en la cárcel y ahora esto?

—No quieren hacerle daño a Cristine. Ella es lo que más les importa.

—Siéntate, Bolton —dijo la abuela que no había perdido detalle de la conversación.

Gina la miró a los ojos y se dio cuenta de que tampoco se fiaba de ellos. A regañadientes se sentó al lado de él. Bolton levantó una ceja

mirando su pedazo de tarta. —¿No comes? —Cogió su pedazo y le dio un buen mordisco. —Uhmm, deliciosa.

—¿A que cocina muy bien? —preguntó Cristine impresionada acercándole el plato con todos los canelones que habían sobrado. —No hay cerveza, lo siento.

—Beberé agua, no pasa nada —dijo sin dejar de mirar a Gina que incómoda se revolvió en su silla esperando su siguiente ataque.

Su prima ansiosa le puso un vaso delante y cogió la jarra para llenárselo. —Y yo que no se freír un huevo. —Se rio sentándose de nuevo.

—Nunca has sentido la necesidad de hacerlo —dijo su abuela cariñosa.

Cristine hizo una mueca. —Sí, pero eso no me hace independiente.

Y quiero ser tan independiente como mi hermana.

Gina levantó una ceja. —Yo no soy independiente. Trabajo en una cafetería, dependo de ese trabajo.

—Eso es cuestión de opiniones. Tienes un buen dinero —dijo Bolton de lo más relajado.

Le fulminó con la mirada. —Eso es solo para emergencias.

Él asintió. —Sí, ya he visto que ni te has cambiado de apartamento.

—Estoy bien aquí.

—Manhattan…

—Estoy bien aquí —siseó.

Sonrió metiéndose el tenedor en la boca y masticó. —Delicioso. —

Se sonrojó porque le gustara. Aunque su abuela la había ayudado ella había hecho casi todo el trabajo. —Se te da bien la cocina.

—Mi nieta tiene muchos talentos.

—¿Sabes que lee muchísimo? Siempre lleva un libro en el bolso —

dijo su hermana ansiosa porque le agradara.

—No siempre —contestó incómoda.

—Pues no veo libros por aquí —dijo Bolton sin dejar de cenar.

—Es que los coge de la biblioteca y los tiene que devolver.

Él la miró de reojo y avergonzada agachó la mirada. —Ahora entiendo que no tenga televisor.

Su hermana se echó a reír. —Yo no podría vivir sin la tele.

—Ni yo —dijo la abuela—. Me entretiene mucho.

—Los libros no tienen anuncios. Es una ventaja —dijo él antes de coger su vaso.

Se le cortó el aliento porque ella pensaba lo mismo y le observó beber. Cuando tragó sintió que algo subía por su pecho poniéndola muy

nerviosa y se levantó negándose a sentir ninguna atracción por un hombre que la trataba como él. —Voy a lavar los platos.

Cristine perdió algo la sonrisa. —Lo haremos luego.

Gruñó sentándose de nuevo. —Es que es muy inquieta —dijo su abuela excusándola.

—Al parecer se conocen muy bien para hacer tan poco tiempo que se encontraron de nuevo. ¿Nunca las buscó?

—Eso no es asunto tuyo, ¿no crees?

Su abuela agachó la mirada. —Creí que tenían una buena vida.

Bolton asintió. —Entonces comprendió la postura de su hija. Tengo entendido que usted se negaba a que fueran adoptadas.

—Al principio me negué, pero mi hija me hizo entender que no podía cuidarlas como merecían. Y ahora me arrepiento de no haberlo hecho.

Mi Gina…

—¿Qué te había dicho de los arrepentimientos? —Gina cogió su mano con dulzura. —Eso ya pasó.

—Tienes razón. Ahora estás aquí. —Se echó a llorar de nuevo y Gina fulminó a Bolton con la mirada. Este hizo una mueca antes de seguir

comiendo. Esperaba que le diera diarrea. Ese hombre era un insensible de primera.

—Abuela…

—Lo sé, lo sé… —Sorbió por la nariz. —¿Sabes? Me gustaría sacarme una foto con las dos para presumir de nietas en el vecindario.

—Oh, es una idea estupenda —dijo Cristine levantándose a toda prisa y cogiendo su móvil del bolso. Se puso tras ellas y sacó varias fotos.

—Ya veréis cuando se las enseñe a mis amigos, no se lo van a creer.

—Por cierto, ¿ya le has pedido la cita a James? —preguntó solo para fastidiar a Bolton que se tensó.

Cristine se sonrojó. —Es que me da vergüenza. Le he llamado para quedar y hablar de eso, pero no coge el teléfono desde hace unos días. Y no le vi en el banco cuando fui esta mañana.

Miró con desconfianza a Bolton. —¿Qué has hecho?

—¿Yo?

—¿Le habéis amenazado?

—No sé de qué me hablas.

Cristine le miró con desconfianza. —Le habéis echado, ¿verdad? —

Miró su teléfono y Bolton apretó los labios mientras se lo ponía al oído. —

Como le hayáis echado me vais a oír.

—Prima, fue antes de…

—¡Así que tenía razón! —Cristine miró el teléfono y chilló de la rabia haciendo que los tres la miraran con los ojos como platos. De repente miró a su hermana atónita. —No quiero perderle.

Gina sonrió. —Lo sé, cielo. ¿Sabes dónde vive?

Corriendo fue a por su bolso y regresó para besar a su abuela en la mejilla. —¿Nos veremos pronto?

Su abuela acarició su mejilla. —Sí, cielo.

Besó a su hermana y después a Bolton. —Estoy muy enfadada.

Su primo sonrió. —Lo sé.

—Os quiero. —Salió a toda prisa cerrando de un portazo y dejó el silencio tras ella.

—Bueno, yo tengo que irme. Entro a trabajar en media hora.

Miró asombrada a su abuela y negó con la cabeza imperceptiblemente. —Pues no vas. ¿No acabas de oír que vas a trabajar en el banco? —siseó porque ni muerta quería quedarse a solas con él.

—Hay que ser responsables en el trabajo. No puedo dejarles tirados.

—Se levantó y la besó en la mejilla. —Llámame mañana.

—Sí, abuela —dijo a regañadientes.

—Bolton…

—Antonella…

Su abuela se volvió en la puerta. —¿Sabes? Eres muy guapo.

—¡Abuela!

Bolton se echó a reír mientras ella decía —Cielo, vive un poco.

Pregúntale si es soltero.

Asombrada vio que se largaba y se puso como un tomate. Le miró de reojo para ver que ya había terminado los canelones y se estaba comiendo el pedazo de tarta de Cristine. Al parecer era de los que opinaba que no había que desaprovechar la comida. —¿La reacción de mi abuela les hizo cambiar de opinión?

—No quieren perder a Cristine. —La miró a los ojos. —Eso es todo lo que voy a decir.

—No me fío de ti. De ninguno de vosotros y después de lo de esta tarde aún menos.

—Pues muy bien —dijo como si le importara un pito antes de comerse el último pedazo de tarta que tenía en la mano—. Joder nena, cocinas de muerte.

Se levantó y le gritó a la cara —¡Fuera de mi casa!

Él suspiró y sus ojos fueron a parar a sus labios encogiéndole el estómago del gusto. Horrorizada por lo que sentía se enderezó de golpe. —

¿Qué haces?

—¿Yo? Nada.

Señaló la puerta. —¡Largo!

Se levantó como si fuera un esfuerzo enorme. —He pensado que podrías hacerme un favor.

—Estarás de broma.

—¡Gregory es mi mejor amigo!

Parpadeó asombrada. —¿Todavía no se lo has dicho?

—No me corresponde a mí hacerlo, ¿no crees? —siseó.

Bueno, la verdad es que era cosa de su hermana, pero no la veía rompiendo con nadie y menos a dos semanas de la boda. Entonces entendió y le miró horrorizada. —Ah, no.

—Gina, ¿sabes en qué posición me encuentro?

—¡Me importa un pito! ¡Hace unas horas querías que acabara en chirona!

—¿Quieres olvidar eso? ¡Ya es pasado!

—¡Tendrás cara! Os viene muy bien que lo olvide todo.

Él se pasó la mano por la nuca. —¿Y si te lo pido por favor?

—¡Olvídame!

—¡Creo que eso va a ser muy difícil! —Entrecerró los ojos. —

¿Quieres un trabajo en el banco, ¿no? El puesto de Cristine.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Puedo buscarte otra cosa en donde estés enterrada en papeles todo el día, pero si me haces este favor te daré el puesto de Cristine. Esta mañana me ha dicho que ya no volverá al banco nunca más, a no ser que vaya de visita, claro.

Era el puesto que siempre había soñado y aprendería de los mejores.

Era una oportunidad única. Se mordió el labio inferior y él no perdió detalle. —Yo no soy Cristine.

—Eso es evidente.

—Serás mi jefe, pero haré mi trabajo.

—Para eso te pagaré. No creas que voy a cubrirte el culo como a mi prima. ¡Yo quiero resultados!

—¿Y qué tengo que hacer?

—Decirle que no te casas, creo que eso es evidente.

Le miró con rencor. —Cada día me caes peor.

—¿Vas a hacerlo o no?

—¡Pero no me tiño más el pelo! ¡Me quedaré calva!

Él miró su larga melena morena y se encogió de hombros. —Muy bien. Ponte otra cosa.

Se miró los viejos vaqueros y su camiseta de tirantes. —¿Qué más dará la pinta que tenga para dejar a un tío? —Sus preciosos ojos brillaron.

—Así pensará que estoy deprimida.

Bolton frunció el ceño. —No, eso puede que le dé esperanzas. Y

quiero que se lo dejes claro.

Gruñó yendo hacia el armario y abrió la puerta de golpe.

Afortunadamente tenía un vestido negro que había comprado por un capricho que le había dado porque era estilo años veinte. Lo había comprado para un funeral, pero total era para dejar a un tío. Así mostraría que estaba apenada. Distraída le miró sobre su hombro para ver que no le quitaba ojo. —¿Qué miras?

—¿Vas a ponerte eso? ¡Si es de vieja!

Jadeó indignada. —Si ni siquiera me lo has visto puesto.

—Vamos a casa de Cristine.

—Pero…

—Mientras tanto le llamamos para que se acerque a su casa. Así será más creíble. Yo estaré allí para apoyarte.

Menos mal que no iba a dejarla sola. Suspiró dejando el vestido en su sitio y fue hasta la mesa para recoger los platos. Él la miró atónito. —

¿Qué haces?

—Recoger. Sino vienen las cucarachas. En esta ciudad las hay por todas partes.

Bolton gruñó. —Nena, es hora de que te mudes.

Chasqueó la lengua yendo hacia el fregadero. Al ver que hasta que no lo limpiara todo no pararía, él se sentó en el sofá. —Al menos lo has cambiado.

—Se le salió un muelle y traspasó el colchón. No pude arreglarlo.

Él se puso cómodo cruzando los pies sobre la mesa de centro. —Ya me preguntaba yo donde tenías la cama…

Se le cayó un vaso dentro del fregadero del asombro. —¿Y por qué ibas a preguntarte eso?

—No sé. Se me pasó por la cabeza.

Sintió unos calores que la recorrieron de arriba abajo pensando en la cama y en Bolton. Olvídate de él. Olvídate, es un capullo de primera.

Es el primo de tu hermana, ¿es que estás perdiendo un tornillo?

—¿Y tienes que sacarla cada vez que quieres acostarte? ¿Es cómoda?

Madre mía. —Mucho.

—Sí, tiene que ser mejor que la anterior. —Él acarició la tela. —Es suave. Parece terciopelo.

—Es terciopelo.

Él hizo una mueca. —Bonito.

—Gracias.

—De hecho tienes la casa bonita para lo pequeña que es. ¿Es por el toc?

—¡No tengo un toc!

—Oye, yo no te juzgo.

—¡Qué no tengo un trastorno obsesivo! Soy ordenada, ¿qué pasa?

—Bolton reprimió la risa y supo que se estaba divirtiendo a su costa. —

Serás capullo.

—Nena, no tienes sentido del humor.

—¡Qué te den! —Siguió fregando y vio de reojo que se levantaba y que recorría su apartamento. Abrió el armario y se sonrojó por lo que pensaría. Aunque ella no tenía que avergonzarse de nada. Fue hasta el armario donde guardaba los trastos y lo abrió. —Por favor, cotillea.

—¡Tienes un tren! —Sacó la vieja caja y ella se volvió para ver asombrada la ilusión que le hacía. —Es de los sesenta.

Sonrió sin poder evitarlo. —Increíble.

—¿Funciona?

Ella asintió. —Lo encontré en la basura.

—¿Quién ha sido el imbécil que ha tirado algo así?

—La gente tira de todo. Lo cogí porque hace unos años cuidaba de un niño y a él le encantaba —dijo reprimiendo la risa.

Bolton entrecerró los ojos. —Muchos adultos los coleccionan,

¿sabes? Y este…—Fue hasta la mesa y abrió la caja como si fuera muy delicada. —Dios, está en perfecto estado.

Se puso a su lado y vio como cogía el libro de instrucciones con sumo cuidado. —Está perfecto. Nena, ¿sabes lo que tienes aquí? ¡Es una locomotora de la primera generación!

Se encogió de hombros. —¿Tú los coleccionas?

—Sí —dijo acariciando uno de los raíles—. Es el primer juguete que recuerdo de cuando era pequeño. Todavía lo conservo, ¿sabes?

—Puedes llevártelo si quieres.

La miró sorprendido. —¿Sabes lo que vale esto?

—Da igual lo que cueste. Lo importante es que se disfrute y tú lo harás mucho más que yo. —Volvió hacia el fregadero y empezó a aclarar los platos sin ser consciente de que él la observaba.

—¿Cogías muchas cosas del contenedor?

Se tensó dejando el plato en el soporte. —Hubo tiempos difíciles y la gente derrocha. —Le miró de reojo y no parecía juzgarla así que dijo —

Los hay muy buenos, ¿sabes? En la zona alta se tiran cosas increíbles.

Algunas se pueden revender. —Hizo una mueca. —Aunque ahora ya se ha corrido la voz y no es lo mismo.

—Nena, tú ya no necesitas hacer eso.

Se sonrojó. —No, claro. Ya no lo hago. Ahora tengo dinero de sobra.

La miró atónito. —Sigues haciéndolo, ¿verdad?

—Te he dicho…

—Ya te he oído, pero me estás mintiendo.

Cerró el grifo y se secó las manos. —Mira, puede que haya cogido esas sillas hace dos semanas. ¿Qué pasa?

Él miró las sillas sin salir de su asombro e hizo una mueca. —Están nuevas. ¡Pero deja de hacerlo!

—¿Por qué? Se van a tirar. ¡Y me pegaban con el sofá nuevo! Es como ir de mercadillo, pero sin pagar. Y la gente ve muy cool lo de comprarse cosas vintage, ¿no? —Se notaba que a eso no tenía respuesta. —

Y los anticuarios, ¿eh? Es lo mismo. Son cosas que han pasado por manos de otras personas.

—Pues tienes razón.

Ella sonrió radiante. —Gracias.

Bolton sonrió sin poder evitarlo. —¿Has terminado?

—Oh. —Corrió hasta su bolso y lo cogió. Cuando se volvió vio que le miraba el culo y su alma se sobresaltó en su pecho, pero Bolton hizo como si nada abriendo la puerta. Con el corazón a mil fue hasta allí y salió de su apartamento. Tomó aire cuando cerró la puerta y ella sacó las llaves empezando a cerrar las tres cerraduras.

Él levantó una ceja. —¿Se puede saber qué te iban a robar?

—El ordenador portátil —respondió entre dientes.

—¿Tienes ordenador?

—Shusss… no hables tan alto. No es tan mal barrio como piensas, pero no quiero tentar a la suerte. —Bolton reprimió la risa. —Claro que tengo ordenador. Hago muchos cursos en él.

—¿Cursos?

—El último era de gestión y administración de empresas —dijo guardando las llaves en el bolsillo interno del bolso. Cuando cerró la cremallerita levantó la vista. Dios, qué guapo era. Mejor hablaban de un

tema seguro para pensar en otra cosa—. Y el anterior de finanzas en la red

—dijo yendo hacia la escalera—. Aunque últimamente, sobre todo después de la operación no he hecho ninguno. Pero hay muchos cursos muy interesantes en internet. Aprendí a hacer sushi en uno de ellos. Me valió para un trabajo, ¿sabes? Y los videos de YouTube también son muy interesantes. Cambié los enchufes del apartamento yo misma. —Le miró de reojo y vio que la observaba pensativo. —¿Qué?

—Ha debido ser duro.

Se detuvo en seco. —¿De qué hablas?

—No podías depender de nadie. Debió ser duro.

Se le puso un nudo en la garganta y apartó la mirada. —¿Vamos?

Sino tu amigo verá raro que le llamemos a las tantas.

—Tengo el coche ahí mismo.

Salieron a la calle y él señaló un coche gris que estaba ante el portal.

Tenía pinta de ser carísimo, pero todavía no era demasiado tarde y aún había gente por la calle. Si lo hubiera dejado de noche se lo hubieran limpiado. Ella rodeó el coche en silencio y abrió la puerta. Cuando Bolton se sentó a su lado después de meter el juego en el portaequipajes llegó hasta ella el olor de su colonia. Gimió por dentro. Qué bien olía. Entonces recordó que él se había dado cuenta de que no era Cristine por el olor y le

miró de reojo mientras sacaba el coche. Al cabo de unos segundos detuvo el vehículo en el semáforo. Sin darse cuenta miró sus masculinas manos sobre el volante y suspiró. Él la miró y sus ojos se encontraron. Fue como si una descarga eléctrica la recorriera de arriba abajo y casi sin aire ni pudo moverse. Un pitido tras ellos les volvió a la realidad y Bolton apretó los labios mirando al frente. —¿Y qué más cursos has hecho?

Si llegaba a pensar que le gustaba se moriría de la vergüenza y más después de lo que él le había hecho, así que respondió a toda prisa roja como un tomate —Una vez hice uno de submarinismo.

Él sonrió. —¿Es coña?

—Bueno, lo básico me lo sé.

—¿Sin meterse en el agua?

—Llené la bañera. —Bolton se echó a reír. —Y otra vez hice uno de origami, pero eso no era lo mío. Nunca me salía la figura de papel que estaba intentando hacer.

—¿Nunca has pintado?

—¿Como Cristine?

—No lo sabía, ¿sabes? Jamás me dijo que pintara ni que le interesara el arte.

—No se lo dijo a nadie. Solo lo sabían sus padres y porque vivían con ella.

La miró de reojo. —Pero a ti sí que te lo ha dicho.

Ella pensó en ello. —Desde que me vio ha confiado plenamente en mí.

—Eso es porque sois gemelas, nena.

—¿Tú crees?

—Le has dado un riñón y no la has traicionado. Sois hermanas y siente un vínculo contigo que no tendrá con nadie más.

—Supongo que sí. A mí me ha pasado lo mismo —susurró mirando por la ventanilla—. A veces temo defraudarla.

—¿Por qué dices eso?

No sabía por qué le había contado algo que llevaba dentro desde que había conocido a su hermana y que no se había parado a analizar todavía.

Molesta dijo —Por nada. Tonterías mías.

—Cristine se comportaba así por no defraudar a sus padres, ¿no es cierto? Por ser adoptada. Pensaba que tenía que agradecérselo de esa manera. Haciendo lo que ellos esperaban de la hija de un Drachen. Por eso no estudio arte.

—No voy a hablar contigo de lo que me ha contado mi hermana.

—Dijiste que se comprometió con Gregory para no defraudarles.

¿Siempre ha hecho lo mismo?

—¡Pregúntaselo a Cristine!

—¡Te lo pregunto a ti! —La miró furioso. —Ya que has sacado a la luz toda esta mierda, no te calles ahora.

Ella se tensó. —Lo hace desde niña. —Bolton juró por lo bajo apretando el volante. —Solo a escondidas se muestra tal y como es. ¡Por eso se lleva tan bien con James! ¡Él la conoce de verdad y no la juzga!

—¡Yo no la juzgo!

—¡Serás mentiroso! ¿Entonces por qué te opones?

—¡No me opongo!

Se le cortó el aliento. —Dios, eres igual que ella.

—Deja de decir estupideces.

—Cortados por el mismo patrón. ¡Marionetas de los Drachen!

—Yo llevo la vida que siempre quise vivir, te lo aseguro.

—¡Pero discutiste con tu tío por mi causa en el hospital! ¿Qué te dijo, que me tirarais a la cuneta?

Fue como si una bomba cayera en el coche y él golpeó el volante sorprendiéndola. Sin aliento vio que frenaba a un lado de la carretera y se volvía hacia ella. —Hice lo que creía que era mejor para todos.

—¿Así que creíste que era lo correcto? —Sus ojos llenos de lágrimas mostraron su dolor. —¡Dilo!

—Con todos los problemas que estás causando a esta familia, la decisión de mi tío ahora no me parece tan mezquina —dijo fríamente haciéndola palidecer.

Intentando encajar el golpe miró al frente y él cerró los ojos apartando la mirada sin ver como una lágrima rodaba por su mejilla. Gina tragó saliva. —No me sorprendió, ¿sabes?

—Pues entonces no sé a qué viene tanto espectáculo —dijo entre dientes saliendo a la carretera de nuevo.

Parpadeó y disimuladamente pasó la mano por su rostro para limpiar las lágrimas. Se mantuvo en silencio todo el camino intentando reponerse.

Cuando llegaron la sorprendió que metiera el coche en el garaje y cuando aparcaron al lado de un Lamborghini se dijo que esa vida no tenía nada que ver con ella. Él cogió las llaves y sin decir palabra fue hacia el ascensor.

Gina le siguió en silencio. No pensaba preguntarle por que tenía las llaves del garaje, pensó al ver como metía la llave que daba acceso al ascensor. Se puso a su lado y él juró por lo bajo. —No he llamado a Gregory.

Gina apretó los labios, pero no dijo palabra y vio de reojo como sacaba el teléfono móvil del bolsillo interior y después de marcar se lo

ponía al oído.

—¡Ya era hora! —gritó su amigo al otro lado del teléfono—. ¿Por qué nadie responde a mis llamadas? He ido a casa de Cristine y no me abre.

¿Qué coño pasa?

—¿Puedes venir a casa de Cristine ahora? Tenemos que hablar de algo.

—Joder, Bolton. Esto no tiene buena pinta. ¿Es por la fusión? ¡Mi padre te dijo que ya está casi hecha!

—No es por la fusión. Cristine quiere hablar contigo. Te esperamos en su casa.

—¿Y tienes que estar tú? —Bolton se quedó en silencio. —Voy para allá.

—Joder. —Colgó el teléfono y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. —Es un buen hombre, ¿sabes?

—¿Como tú? —preguntó irónica antes de salir del ascensor sin esperarle. Muy tenso fue hacia la puerta y la abrió con sus propias llaves—.

Estoy empezando a entender hasta donde llegaba vuestro control.

—¡Vivo en el piso de abajo! ¡Tenemos las llaves del otro por si pasa algo!

—Muy conveniente.

—Antes estaba enferma. Una vez se desmayó y nos pareció lo más adecuado porque no quería regresar a casa de sus padres, joder.

Sin decir palabra entró en la casa de su hermana y Bolton encendió la luz mientras ella iba hacia las escaleras. Cuando llegó a su habitación encendió la luz y dejó el bolso sobre el banco del tocador antes de quitarse la camiseta mostrando que no llevaba sujetador. Encendió la luz del vestidor y se quitó las zapatillas de deporte con los pies mirando los vestidos mientras se llevaba las manos a los botones de sus vaqueros. Tiró de ellos abriéndolos y los dejó caer eligiendo un vestido rosa que tenía en frente. Total, cualquiera le valía. Sacó las piernas de los vaqueros y estiró el brazo para agarrar la percha cuando sintió que la observaban. Volvió la cabeza sobre su hombro, pero no había nadie. —¿Bolton? —Caminó hasta la entrada del vestidor y sacó la cabeza, pero la habitación estaba vacía. —

Estás paranoica —susurró regresando y cogiendo el vestido.

Se estaba pasando el vestido por la cabeza cuando su cabello se enredó en la cremallera y juró por lo bajo metiendo los brazos por las mangas como pudo para dejarlo caer. Gimió porque la cremallera no soltó su pelo y ella agarró el cabello por la nuca para tirar de él y que no le hiciera daño, pero aun así el pelo seguía enganchado y notaba cuando lo levantaba que la espalda de su vestido subía con él. Como no se arrancara el pelo no podría arreglarlo ella sola. Gruñó cogiendo unos zapatos nude y

salió del vestidor. Cuando llegó a las escaleras bajó los escalones descalza y Bolton que estaba tomando un whisky apretó los labios al darse cuenta de la situación. Se puso ante él de espaldas sin pedir nada.

Bolton dejó el vaso y Gina notó cómo intentaba quitar el pelo con cuidado, pero lo que no se esperaba era que el roce de las yemas de sus dedos la afectara de esa manera sintiendo que su cuerpo clamaba por él. —

Ya está —dijo Bolton casi en un susurro antes de subir la cremallera.

Sin darle las gracias se apartó y se apoyó en el sillón para ponerse un zapato y después el otro sabiéndose observada. —Estará al llegar. No vive lejos.

—Eso si estaba en su casa. —Se sentó en el sofá sin mirarle e inquieta cogió una de las revistas de modas de Cristine para hojearla. Él apretó los labios antes de beber. —No me has dicho si puedo decirle que tengo una gemela.

—Puesto que vas a trabajar en el banco ocultarlo es una tontería,

¿no? —preguntó molesto.

Ella asintió dejando la revista sobre la mesa y preocupada se levantó para ir hasta los ventanales. Hacía una noche preciosa.

—Aunque creo que es mejor que no se entere esta noche. No vaya a ser que sospeche.

—A ver si te aclaras. —Por el cristal vio como gruñía antes de beber su whisky de golpe cuando se escuchó el timbre de la puerta.

Bolton la miró. —¿Preparada?

Asintió sin volverse y él fue a abrir. —Sé delicada pero firme. —

Abrió la puerta y un hombre bastante guapo de pelo castaño miró a su amigo con desconfianza antes de entrar. —Gregory…

—¿Qué coño está pasando? —Miró a la que se suponía que era su novia. —¿Qué te has hecho en el pelo? —Gina se volvió para mirar esos ojos castaños que parecían incrédulos. —Pareces italiana.

Ella hizo una mueca. —¿Y eso es malo?

—No, claro que no, pero… —Parecía de lo más confundido. —¿A dos semanas de la boda te haces eso? ¿Y por qué no contestas mis mensajes? —Se acercó a ella. —¿Estás enfadada por lo de la fusión?

Si no te lo dije fue para que no te preocuparas. Ya lo he arreglado. No va a afectarnos en nada.

—¿Crees que solo me importa el dinero?

Gregory se echó a reír y la abrazó. —Sabía que eso no te importaría.

Lo sabía.

—Me importan otras cosas.

Su novio se tensó al darse cuenta de que no correspondía a su abrazo y se apartó lentamente. —Cielo, ¿qué ocurre? —Acarició su mejilla y a Gina se le retorció el corazón porque su preocupación era totalmente sincera. Estaba enamorado de su hermana y era la primera vez que la miraban así. Sintió un deseo arrollador de que alguien la mirara así algún día. Gregory sonrió. —¿Estás preocupada por la boda?

Ahora entendía por qué su hermana huía de ese momento. Porque sabía que iba a hacerle muchísimo daño. Sintiéndose fatal por él sus ojos se llenaron de lágrimas. —No quiero continuar —susurró.

—¿No quieres continuar? —Negó confundido mirando a Bolton antes de volver a mirarla. —¿Con qué, amor?

—Con lo nuestro.

Él palideció de golpe dando un paso atrás. —¿Qué dices?

—No puedo casarme contigo. —Al ver el dolor en sus ojos se volvió. —Lo siento.

Gregory la cogió por los hombros pegándola a su pecho desesperado por no perderla. —Son los nervios de la boda. Por eso lo del pelo, ¿verdad?

Estás insegura. Pero yo te amo y vamos a ser muy felices juntos. —La besó en la sien y ella cerró los ojos dejando que las lágrimas cayeran por sus mejillas. —En unos días…

—No.

—¿Cómo que no? —La volvió cogiéndola de los brazos. —

Preciosa, no me hagas esto.

Bolton muy tenso dio un paso hacia él. —Amigo…

—¡No te metas! —Cogió la barbilla de Gina. —Mírame preciosa, mírame a los ojos.

—No te amo —dijo sinceramente haciendo que él se apartara de golpe llevándose las manos a la cabeza—. Lo siento.

—¡Lo sientes! —Se volvió furioso. —¡Hace una semana estabas encantada y ahora lo sientes!

—Creí que era lo que se esperaba de mí. Lo siento.

La miró impresionado. —Lo que se esperaba de ti. ¿Acaso eres estúpida?

—¡Gregory!

Su amigo no le hizo caso y la cogió por los brazos con fuerza. —

¡Cómo coño voy a explicar esto ahora! —le gritó a la cara.

Bolton le cogió por el hombro apartándole. —¿Estás loco? —Le empujó por el pecho haciendo que diera dos pasos hacia atrás y le señaló con el dedo. —Ni se te ocurra tocarla, ¿me oyes? —preguntó con rabia muy agresivo. Gina se asustó dando un paso hacia él.

Gregory que aún estaba atónito miró a su amigo. —Joder… ahora entiendo por qué estás aquí.

—¡Según lo que acabo de ver menos mal que estaba! ¡Fuera de aquí!

—¿Me tomas por gilipollas? ¿Qué pasa? ¿Estáis juntos?

—¿Estás loco? ¡Es mi prima!

—Tan protector, tan pendiente de ella… —dijo como si le diera asco

—. ¡Lo que pasa es que la querías para ti! ¿Para qué me animaste? ¿Para olvidarla?

A Gina se le cortó el aliento mirando a Bolton atónita.

—Estás diciendo disparates. ¡No siento por mi prima nada más que un amor fraternal y te estás pasando!

—Solo hay que verte. —Fuera de sí se lanzó sobre Bolton golpeándole y ella chilló al ver que caían al suelo. Gregory le agarró de la chaqueta del traje y le elevó con intención de pegarle, pero Bolton le lanzó un derechazo que le hizo sangrar por la nariz.

—¡Para Bolton! —Gina le cogió del brazo, pero él la empujó por el vientre tirándola al suelo. Gimió porque se hizo daño en el codo al chocar con la mesa de al lado del sofá mientras Gregory conseguía levantarse y para su sorpresa se acercó. —¿Estás bien?

Sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas de la emoción porque aun después de todo lo que pensaba seguía preocupándose por ella y Gregory cerró los ojos negando con la cabeza. —Es increíble que me hayas hecho esto.

—Lo siento —sollozó y él salió del piso dando un portazo.

Bolton se levantó del suelo moviendo la mandíbula de un lado a otro. —Joder. —Rio por lo bajo. —Nena, he de reconocerlo, eres una actriz de primera —dijo furioso.

Ella agachó la mirada levantándose del suelo y disimuló que le dolía el tobillo. Se lo debió retorcer antes de caer. Malditos tacones. —Voy a cambiarme.

Él vio como cojeaba al ir hacia la escalera y se tensó. —¿Estás bien?

—Le fulminó con la mirada subiendo los escalones y Bolton entrecerró los ojos. —Solo quería que no recibieras algún golpe.

—¡Pues menos mal!

—Joder —escuchó que decía después de que hubiera entrado en el pasillo hacia la habitación de su hermana.

Cuando bajó ya con el bolso fue hasta la puerta y salió sin esperarle.

Él salió cuando llamaba al ascensor. —Ya te llevo yo.

—No hace falta, ya estás aquí.

—No voy a dejar que vayas en metro a estas horas.

—Yo no necesito que me protejas.

Furioso entró en el ascensor tras ella. —Ni lo pretendo.

—Entonces no hace falta que me lleves.

—¿Quieres dejar de fastidiar?

—¿Quieres dejar de hacerlo tú? —preguntó levantando la voz.

Él apretó los labios. —Mañana tienes que estar en el banco a las nueve en punto.

—Allí estaré. —Las puertas se abrieron y pasó ante el portero sabiéndose observada. —Buenas noches —farfulló deseando salir de allí.

—Buenas noches, señorita Drachen —dijo mirando su vestimenta disimuladamente.

Capítulo 8

—Menuda cara tiene —protestó su abuela al teléfono—. Y

Cristine…

—La verdad es que ni quiero imaginármela rechazando a ese hombre. Está totalmente enamorado de ella. ¿Qué les da?

Su abuela se echó a reír. —Es que es un angelito. Se le nota a una legua que es muy sensible y tan risueña… —Gina hizo una mueca caminando hacia la puerta del banco. —No quiero decir que tú...

—Déjalo, abuela. Yo soy distinta, lo he pillado.

—Tu vida ha sido más dura, cielo. Pero no tienes nada de malo. —

Cuando se quedó en silencio su abuela suspiró. —Y sigues siendo mi favorita.

Sonrió divertida. —Más te vale. A ella le dirás lo mismo en un mes.

Antonella rio por lo bajo. —Así que lo hiciste por tu hermana.

—Y por el trabajo. —Miró el edificio de cristal. —No puedo creer que vaya a trabajar aquí.

—Esto no me gusta. Son unos aprovechados y no quieren ni vernos.

¿Para qué te ofrecen ese trabajo?

—Abuela, ¿has escuchado alguna vez, ten cerca a tus amigos, pero más aún a tus enemigos?

—Quieres averiguar lo que se proponen.

—No me creo una palabra. Y si me equivoco tendré un trabajo estupendo. El trabajo que siempre he soñado.

—Ten los ojos bien abiertos, cielo. No dejes que te líen.

—Tranquila. Te quiero.

—Y yo a ti. Te llamo esta noche.

Colgó el teléfono sin perder de vista el edificio y suspiró. Después de lo ocurrido no se fiaba de ellos y el colmo fue lo que había pasado la noche anterior. Estaba harta de que la utilizaran y durante varias horas en su apartamento pensó en lo que había pasado. Se preguntó dónde habían quedado sus ganas de vengarse y se dio cuenta de que su hermana lo había cambiado todo. Eran sus padres, su familia e intentar joderles solo la pondría en contra de su hermana. Así que por muy furiosa que estuviera con ellos eso había quedado atrás. Pero eso no quería decir que tuviera que

hacerle favores a Bolton como el de ayer noche. Aunque también lo había hecho por el trabajo. Que él le pareciera atractivo no tenía nada que ver, porque era la persona más egoísta que se había encontrado en la vida y desafortunadamente había conocido bastantes. Estaba claro que Bolton creía que podía utilizarla cuando le viniera en gana y ella lo había permitido. Pero eso se acabó. Aunque se le cayera la baba cuando le miraba el trasero, ella a su trabajo y a tener los ojos bien abiertos por si querían meterla en un lío. Porque era probable que provocaran uno solo para dejarla mal ante su hermana. Entrecerró los ojos. Sí, eso era lo más probable.

Decidida fue hasta la puerta y el portero se la abrió de inmediato. —

Señorita Drachen…

—No soy la señorita Drachen. Soy la señorita Beringer. Gina Beringer —dijo amablemente.

—Oh, disculpe. Son igualitas.

Sonrió pasando ante él y fue hasta los ascensores. Se llevó la mano a la chaqueta del traje azul marino que se había puesto. Tendría que comprar al menos otro. Bueno, a ver cómo iban las cosas. Igual no duraba allí ni dos días. Era algo temprano porque nadie entró con ella en el ascensor y al llegar a su piso se dio cuenta de que los empleados eran de llegar a su hora.

Fue hasta su despacho y al ver la pegatina con el nombre de su hermana la quitó con esfuerzo. La tiró a la papelera y fue hasta los ventanales.

Increíble… Pero ella no quería ese puesto por ser la hermana de Cristine, quería demostrar que valía para ese trabajo. Seguro que pensarían que sería un florero, pero les iba a demostrar que ella también podía ser importante.

—Veo que ya estás aquí.

Se sobresaltó volviéndose e intentando ignorar lo que sentía su corazón cuando le tenía delante, aunque ese traje gris le quedaba de muerte.

—Sí.

Él asintió entrando en su despacho y cerrando la puerta. —Mi padre ya ha hablado con su jefe de prensa y han llegado a la resolución de no decir nada de momento. Esperaremos a ver cómo reaccionan los medios.

Puede que aparezca algo más interesante y ni nos molesten.

—De acuerdo.

—Te enviarán los papeles de administración para que firmes tu contrato y rellenes los datos para tu seguro médico. Cuando los rellenes y los entregues, pásate por mi despacho —dijo muy tenso.

—Muy bien.

—A todo el que te pregunte les dices que eres la gemela de Cristine y que vas a trabajar en su puesto. Lo verán raro y te harán mil preguntas, pero no entrarás en detalles más allá de que os habéis reencontrado y la

familia te ha ofrecido este trabajo por tu experiencia laboral en el pasado y porque Cristine quiere descansar un tiempo. ¿De acuerdo?

Al parecer había pensado en todo. —De acuerdo.

Él asintió saliendo de su despacho sin una palabra más. Gina se volvió de nuevo hacia el ventanal. —Estás en las grandes ligas. —Tomó aire intentando calmar los nervios. —No es hora de flaquear, Gina.

Entregó los papeles a su secretaria que todavía la miraba como si fuera un bicho raro e ignorándola fue hasta el despacho de Bolton pasando ante la mesa de su secretaria que no le dijo ni pío. Al ver a través de la cristalera que estaba hablando por teléfono se quedó ante la puerta, pero como todo el mundo la miraba decidió entrar. Él tapo el auricular. —¿No sabes llamar?

Puso los brazos en jarras. —¿Quieres que me quede fuera con todo el mundo mirándome?

—Elisabeth, te llamo luego.

¿Quién sería esa Elisabeth? Una incauta que no sabía con quién trataba, seguro.

—¿Ya has firmado los papeles?

—Se los he entregado a mi secretaria.

Él asintió y puso unos expedientes ante ella. —Estarás bajo mi supervisión. Quiero que me hagas un informe de cada una de esas empresas a ver si son aptas para que invirtamos en ellas parte del dinero de los fondos de pensión. Mañana quiero esos informes sobre mi mesa.

—¿Tipo de riesgo en el que son viables? —preguntó sorprendiéndole.

—Jamás se invertirá nada más allá de un riesgo medio, ¿me has entendido?

—Sí.

—Eliminarás cualquier empresa que conlleve un alto riesgo. No pienso jugar con las pensiones de la gente como si esto fuera la bolsa. Ese dinero es su futuro y tenemos que asegurarnos de que lo conserven.

—Inversiones seguras que conlleven dividendos.

—Exacto.

Asintió yendo hasta la puerta y con paso firme fue hasta su despacho sin fijarse en nadie, aunque sabía que era el centro de atención porque todo el mundo se había quedado en silencio. Estaba sentándose en su sitio cuando sonó su teléfono. Sonrió al ver a Cristine en la pantalla sacándole la lengua y descolgó. —Buenos días.

—Buenos días —dijo su hermana con voz de sueño.

—Te acabas de levantar.

Soltó una risita. —He tenido una noche intensa.

—¿Te has quedado en su casa? —preguntó divertida.

—Madre mía… Cuánto llevaba dentro ese hombre. Después de hablar durante dos horas se me lanzó encima y casi ni me dejaba respirar.

Abriendo el primer expediente soltó una risita. —¿Estás contenta?

Su hermana suspiró. —He estado ciega.

—Me alegro por ti.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por abrirme los ojos. Me siento tan feliz… —Por esas palabras merecía la pena todo lo que había ocurrido.

—Me alegro muchísimo.

—Sé que te alegras.

—¿A que no adivinas dónde estoy?

—En la cafetería no. No se oye ruido de fondo. ¿No has ido a trabajar?

—Sí que estoy en el trabajo. De hecho estoy sentada en tu silla en Drachen Bank.

Su hermana chilló de la alegría. —Cómo me alegro de que lo hayas aceptado. Les vas a dejar con la boca abierta.

—Sí, te aseguro que he dejado con la boca abierta a más de uno.

Cristine se echó a reír. —Me lo imagino.

—Hermana… Ayer también hablé con Gregory. Como si fueras tú, claro.

—No, ¿de veras? ¿Y cómo se lo tomó? —Hizo una mueca. —Mal,

¿eh?

—No pensaba que estuviera tan enamorado de ti. —Su hermana se quedó en silencio. —¿Cristine?

—Creo que eso fue otro factor para aceptar el compromiso, ¿sabes?

Pero hasta que he estado con James no me he dado cuenta de verdad de lo que es el amor. Lo siento mucho por él y te agradezco un montón que me hubieras ahorrado el mal trago.

—No ha sido nada.

—Sé que te he cargado a ti con todo el peso de este desastre. Para compensártelo hoy te invito a cenar.

—No sé si hoy podré. Tengo mucho trabajo.

—¿De veras? —preguntó haciéndola reír—. Dile a Bolton que no te explote.

—Dejaremos la cena para otro día, ¿de acuerdo?

—Vale, y te presentaré a James. Ya le he hablado de ti. Está deseando conocerte.

Al mirar por el cristal vio a Bolton desde su despacho mirándola furioso. —Uy, te dejo, que el dragón me está mirando con muy mala leche.

—¡Te llamo luego!

Colgó dejando el teléfono sobre la mesa como si nada y echó un vistazo. Allí seguía. No era muy discreto que digamos. Miró hacia los que estaban sentados en las mesas y seguían allí observándola. Exasperada se levantó y fue hasta el cristal bajando el estor. Pasó al siguiente y vio como estiraban el cuello, así que lo bajó. Llegó a la puerta sonriendo con burla a Bolton antes de tirar del cordón de golpe. Suspiró volviéndose. —Genial, así no tienes tentaciones de echar una miradita a su trasero. —Regresó a su mesa y se puso a trabajar.

Totalmente concentrada estaba revisando unas cifras en el ordenador cuando una lata de un refresco de cola apareció ante ella. Sorprendida

levantó la vista para encontrarse con Bolton en mangas de camisa.

—Son las siete.

—Ya. —Se sonrojó. —Gracias.

—¿Todavía no has acabado?

Ella señaló una pila de papeles que había ante él. —Pensaba que ya te habías ido.

—Claro, como has bajado los estores.

—Me sentía como en una pecera.

Él sonrió cogiendo las hojas. —¿Y qué estás haciendo?

—Ver en lo que has invertido en los últimos seis meses, así aprendo.

—Ajá…

Gina abrió la lata y le dio un buen sorbo sin quitarle la vista de encima. Estaba muy atento a lo que leía y ella se reclinó en su asiento.

Bolton pasó la hoja. —Esto está muy bien, nena. —Casi chilla de la alegría.

—Muy concienzudo.

—Genial. —Se levantó y cogió su bolso. —Pues hasta mañana.

—¿No quieres que lo hablemos? Has trabajado horas…

—Sí, y para nada porque invertiste en ellas el año pasado. ¿O tengo que pasar algún examen más?

Él se enderezó tirando los papeles sobre la mesa. —Tengo que saber hasta dónde llegan tus capacidades.

Suspiró dejando su bolso y le miró de frente. —Está bien. Dispara.

—¿Qué son y cómo debes invertir en bonos?

Ella empezó a contestar como si fuera un examen universitario. —

Los bonos son un instrumento de renta fija… —Se pasó hablando una hora y cuando terminó, bebió lo que le quedaba de su cola.

Bolton asintió. —Te instruyeron bien.

—Fui a una mierda de universidad, pero todo depende de cómo lo aproveches. Había buenos profesores.

—Muchos de nuestros clientes quieren bonos porque son seguros.

—Yo también los prefiero.

—Sí, pero si no damos beneficios más rápido en los planes de pensiones se los llevarán a otro banco.

—De ahí que se invierta en las empresas. Lo comprendo.

Bolton sonrió. —Por tu rostro es evidente que no estás de acuerdo.

—Seguimos en una crisis económica por mucho que se empeñen en que no es así. La única manera de asegurar ahorros es con los bonos. En caso de quiebra serían los primeros en cobrar. Ni los inversores podrían tocar lo que queda antes que los propietarios de los bonos.

—Pero los intereses son mínimos y si sube la inflación los beneficios son casi nulos porque el valor del dinero decaerá de aquí a que se cobren esos bonos. —Suspiró como si estuviera agotado y se sentó en la esquina de la mesa. —Tu función será encontrar empresas solventes.

—Como ha demostrado tu amigo, las empresas pueden aparentar ser muy solventes y dar sorpresas.

—No podemos permitirnos más sorpresas. —Ella frunció el ceño.

—Tu hermana cuando tomaba la iniciativa era para cagarla pero bien. Por eso hace meses le prohibí cualquier operación sin mi visto bueno.

—Pero estaremos igual que ella. Iremos a ciegas.

—Entonces tendrás que descubrir si estás en lo cierto al recomendarlas, ¿no crees?

Ella entrecerró los ojos pensando que ese trabajo cada vez le gustaba más. —Hecho.

Bolton asintió. —Buenas noches, Gina.

Fue hacia la puerta, pero algo la detuvo mirándole sobre su hombro.

—Hay algo que no te dije cuando me hice pasar por Cristine.

Él se enderezó. —¿Qué es?

—Bueno… —Hizo una mueca. —Seguro que no lo hizo a propósito…

—¿Qué ocurre?

Bufó porque no había manera suave de decirlo. —Aceptó sobornos.

Bolton la miró como si le hubiera dado un aire y ella pasó la mano ante su rostro, pero no reaccionaba. —¿Bolton?

—¿De qué coño estás hablando? —le gritó en la cara.

Ella se inclinó hacia atrás. —¿Por qué no lo hablas con ella?

—¡Me lo vas a explicar ahora mismo!

¿Quién le mandaría abrir la boca? Con el hambre que tenía. Suspiró yendo hacia su ordenador y giró la pantalla para mostrarle los mails. No salía de su asombro. —La madre que la parió —dijo entre dientes —. ¡Pero si no necesitaba electrodomésticos! —Se enderezó.

—¿Ah, no? ¿Y dónde iba a vivir?

La fulminó con la mirada. —¿Te parece poco el ático de trescientos metros cuadrados que tiene?

—Bueno, eso es una buena noticia. Al final no aceptó nada. —

Sonrió de oreja a oreja.

Él nervioso rodeó el escritorio y cogió el ratón empezando a leer los mails.

—¿Puedo irme?

—¡No!

Se cruzó de brazos exasperada. Estaba claro que ese tipo de cosas mejor decirlas por la mañana. Era nueva, estaba aprendiendo.

—Joder, un viaje a las Bahamas. —Él cerró los ojos dejándose caer en su sillón.

—¿Qué? ¿Fue a ese viaje?

—¡Sí, Gina! ¡Fue a ese viaje! ¡Y por culpa de que compró acciones en esa empresa perdimos dos millones!

—Oye yo no tengo la culpa, ¿vale?

—¡Joder! —Se levantó de nuevo demostrando que estaba de los nervios y miró la pantalla para poner los brazos en jarras. —Muy bien, control de daños.

—Eso ya no hay quien lo arregle. Mejor déjalo pasar como si no te hubieras enterado.

La miró como si fuera idiota. —¿Sabes lo que puede provocar esto?

—¡Borra los mensajes y ya está!

—¿Y los que tienen ellos? Si quisieran presionarnos para un crédito, por ejemplo, ¿qué crees que tendríamos que hacer? Ah, no. Yo he borrado mis mensajes —dijo con burla. Gina se mordió el labio inferior—. Es un delito muy grave. Y como esto se sepa, los medios nos hundirán tanto en la

mierda que lo perderemos todo. ¡Y más teniendo en cuenta que lo ha hecho una Drachen!

—Solo es una empresa.

—¡Suficiente! En este mundo cometes un error y estás muerto. ¡Nos tienen cogidos por las pelotas, Gina!

—Ellos serían tan responsables como nosotros.

—Pero ellos no tienen a miles de clientes que confían en nosotros para cuidar su dinero.

—¿Y qué propones?

—¡Y yo qué sé! —Se pasó la mano por la nuca. —Joder, qué lío.

Cuando se entere mi tío… Me echó a mí la culpa cuando perdimos ese dinero por no controlar bastante sus movimientos.

Apretó los labios recordando la risa de Cristine el día que había perdido los dos millones. Le daba lo mismo. Se preguntó si lo había hecho a propósito. Entrecerró los ojos molesta consigo misma. Eso no podía ser. La conocía, era buena persona. Pero era evidente que había metido a la empresa en un lío de primera como decía Bolton. ¿Debía preocuparse?

Ahora trabajaba para ellos y si se involucraban en un escándalo que salpicara a su hermana, debía hacer lo posible para evitarlo. Sobre todo porque Cristine podía terminar en prisión por eso.

—Ellos también tienen que perder, tienen accionistas. Tampoco querrán verse involucrados en algo así. Mantendrán la boca cerrada.

—Pues esperemos que tengas razón porque sino estamos perdidos.

Vete a casa. Hablaremos mañana.

Él se sentó en su sillón y abrió otro mail. —¿Vas a revisarlos todos?

—Tengo que averiguar si hay más. Lleva aquí dos años.

Asintió yendo hacia la puerta y estaba cerrando cuando vio que se pasaba una mano por la boca mientras que con la otra movía el ratón.

Agachó la mirada cerrando la puerta. Estaba claro que las hermanas Rizzo no hacían más que complicarle la vida.

Capítulo 9

Los remordimientos hicieron que comprara unas hamburguesas y subiera de nuevo. Malditos remordimientos. Estaba a punto de entrar en su despacho cuando escuchó —Sí, Gina me ha avisado. No, es cierto. Tengo los mails aquí mismo y es la cuenta de correo de Cristine. —Suspiró. —

¿Qué quieres que te diga? ¡No! ¡No sé cómo se te ocurren esas cosas! Son los mails de Cristine y lo sé porque hay mensajes míos. ¿Cómo iba a saber ella eso?

Sonrió irónica al otro lado de la puerta.

—Estás paranoico —dijo molesto—. Deberías estarle agradecido porque nos ha avisado. Si quisiera jodernos solo tenía que filtrar esto o denunciarlo. ¡Todavía no puedo creer que haya sido tan ingenua! ¡Me lo consulta todo y cuando se le ocurre hacer algo mete la pata! ¡Ya estoy harto! ¡No tengo por qué resolver todos sus problemas!

Gina acercó el oído a la puerta porque no escuchaba nada. —¡Sí, ya sé que ahora es un problema del banco y por lo tanto mío! ¡Pero creo que ya está bien, tío! Llevo resolviendo sus problemas toda la vida. —Se le cortó el aliento escuchando atentamente. —¡Ya es hora de que se responsabilice de sus acciones! —Bolton se quedó en silencio de nuevo. —Intentaré resolverlo. Por cierto… —añadió con cinismo—, Gregory no me coge el teléfono. ¡He perdido a mi mejor amigo y tu hija ni siquiera se ha disculpado! ¡Espero que hables con ella!

Escuchó que algo caía sobre la mesa y que se quedaba en silencio de nuevo, así que supuso que había colgado. Se mordió el labio inferior y miró la bolsa de papel que tenía en las manos. No podía largarse con toda esa comida. Además, odiaba tirar el dinero. Abrió la puerta y se detuvo en seco al ver que miraba hacia uno de sus cajones que para su sorpresa estaba abierto. Él intentó cerrarlo a toda prisa. —¿Qué haces?

Carraspeó cogiendo el ratón. —Buscaba un bolígrafo.

Ella señaló el cubilete donde tenía al menos diez.

—Oh, claro.

—¿Estabas cotilleando? Lo hiciste en mi casa, así que no me extrañaría que lo hicieras aquí. —Dejó la bolsa sobre la mesa mientras él como si nada seguía leyendo mails. —¿No tienes nada que decir?

—¿Mi hamburguesa es con queso?

—Las hamburguesas de verdad tienen que llevar doble de queso. —

Él gimió alargando la mano y cogiendo la bolsa para mirar dentro. —

¿Cómo sabes que te he traído una? ¿Igual son solo para mí? Y no cambies de tema. —Le golpeó la mano haciendo que sonriera. —¡Deja de cotillear!

—Nena, estoy hambriento. Hoy casi no he comido en una maldita reunión con unos inversores. —Volvió a meter la mano y sacó una de las hamburguesas.

Vio como la desenvolvía a toda prisa y le daba un buen mordisco.

Reprimió una sonrisa y cogió la bolsa para sacar la suya. Colocó la cerveza que le había comprado ante él y se sentó abriendo el envoltorio. —¿Hay más mails?

—De momento no —dijo con la boca llena.

Ella bebió de su cerveza y Bolton frunció el entrecejo. —¿Qué haces?

Iba a darle un mordisco a la hamburguesa y se detuvo en seco. —

¿Qué?

—¿Estás bebiendo alcohol? ¡Solo tienes un riñón!

—Seguro que puede encargarse de una sola cerveza. —Divertida dio un mordisco a la hamburguesa.

No parecía muy contento con la respuesta y casi le escuchó gruñir por dentro antes de levantarse e ir hasta el mueble que estaba en la pared.

Abrió una neverita que ni sabía que tenía para coger un refresco y de malas maneras se la puso delante. —La cerveza mejor me la bebo yo.

—¿Y esto es más sano? ¿Sabes todo lo que tiene un refresco? Al menos la cerveza es un producto natural y la cebada es muy beneficiosa para el organismo. El médico no me dijo nada de no beber alcohol.

—Vida sana, dieta saludable y hacer ejercicio. Eso es lo que tienes que hacer.

Le miró incrédula. —Ni que fuera una borracha. ¿Estabas presente cuando el médico habló con Cristine?

—Ella necesita aún más cuidados porque el órgano no era suyo.

Tómate el refresco.

Puso los ojos en blanco abriendo la lata. —¿Qué vas a hacer?

—Averiguar hasta dónde ha llegado.

—¿Y después?

La miró exasperado. —Controlar los daños.

—Has tenido que hacer esto más veces, ¿no? —Mordió su hamburguesa y vio como daba otro bocado a la suya.

—Cuando tenía quince años me robó las llaves del coche en nuestra casa de los Hamptons y se vino hasta Manhattan. —Ella soltó una risita. —

Tenía una fiesta. Desde entonces no puedo quitarle ojo, joder.

—¿Las Rizzo te complicamos la vida?

La fulminó con la mirada. —Es una Drachen.

Chasqueó la lengua antes de dar otro mordisco. Él miró sus labios y Gina se sonrojó sin poder evitarlo. ¿Qué tenía ese hombre que la alteraba de esa manera? Avergonzada consigo misma por sentirse así por un sinvergüenza que no tenía absolutamente ningún escrúpulo, miró su hamburguesa perdiendo totalmente el apetito. ¿Qué diablos hacía allí en lugar de estar en su casa? Entonces se dio cuenta de que no quería volver a su piso vacío. Algo en su interior se moría por estar con él y no podía permitírselo. Dolía demasiado. Recordando todas las horas que pasó sola en aquella cama de hospital susurró —Sí, es una Drachen. —Dejó la hamburguesa sobre el envoltorio y se levantó. Él la miró. —Acabo de recordar que había quedado con mi abuela. Todo esto de Cristine y el trabajo… Mierda, voy a llegar tarde. —Se volvió para ir hasta la puerta, pero sin poder evitarlo miró sobre su hombro porque no le replicaba.

Alucinó cuando vio que había cogido su hamburguesa y comía como si nada. —Hasta mañana —dijo con ironía. Era evidente que le importaba un pito que se fuera.

—Mmm —respondió sin dejar de mirar la pantalla.

Cuando cerró la puerta algo en su interior se retorció de la decepción. Seguía siendo una estúpida de primera. Bufó yendo hacia el ascensor. —Es solo tu jefe, Gina—dijo para sí pulsando el botón—. Deja de creer que los deseos se cumplen.

Entró en el ascensor y se miró al espejo. Sus ojos negros brillaron por las lágrimas que pugnaban por salir y se preguntó hasta cuándo duraría esa sensación de soledad que la había acompañado toda su vida. Se le cortó el aliento y una lágrima corrió por su mejilla dándose cuenta de por qué deseaba a ese hombre, por qué soñaba con él y acaparaba sus pensamientos.

Porque a su lado la sensación de estar sola desaparecía.

—¿Y eso no te ocurre con tu hermana? —preguntó su abuela cogiendo su mano con cariño.

—Sí, claro. Es genial y también es estupendo estar contigo, pero con él hay algo que no sé definir. —Al ver la mirada de preocupación de su abuela suspiró. —Estoy loca.

—No estás loca. Estás hambrienta de amor, cielo. Y te has enamorado del hombre menos apropiado simplemente porque seguro que es

la persona que más te ha impresionado en este último año.

—Oh, te aseguro que me ha impresionado y nunca para bien. —Su abuela soltó una risita. —Sí, es para reírse. ¿Qué hago allí?

—Te has dicho a ti misma que trabajar en el banco es un sueño cumplido, pero en realidad lo que haces es luchar por él.

—¿Tú crees?

Su abuela sonriendo se levantó y cogió lo que quedaba de la tarta para llevarla a la encimera. Gina se levantó para ayudarla a lavar los platos y abrió el grifo cogiendo el estropajo. —Voy a renunciar.

—No vas a hacer tal cosa. ¿Y que ganen? Ni hablar. Ese Lester pegaría saltos de la alegría si desaparecieras.

—Abuela, creo que me estoy jugando mucho más que un trabajo.

—Te estás jugando tu futuro y demostrarles cómo eres realmente para que confíen en ti. Te estás jugando tener a tu hermana a tu lado, porque no nos engañemos son su familia. Si la ponen entre la espada y la pared ellos ganarían por goleada. Tienes que luchar y si de paso te llevas a ese hombre tan guapo, ¿a quién le amarga un dulce?

Sonrió. —Estás loca.

Su abuela golpeó su cadera con la suya antes de coger un plato que ella había aclarado para empezar a secar. —Es un cabrito con mala leche,

pero mira cómo protege a tu hermana. Como protege a… —La miró de reojo. —Quieres eso, cielo. Quieres una familia y quieres un hombre como él en tu vida. —Gina apretó los labios lavando un vaso. —Y eso no es malo. No es malo no querer sentirse solo y tener a alguien.

—¿Por qué estás sola?

—El padre de tu madre era un sinvergüenza que me arruinó la vida.

Supongo que eso nunca he podido olvidarlo.

—Genial, tenemos unos antecedentes buenísimos.

Antonella se echó a reír y la besó en la mejilla. —Venga, ya termino yo. Vete a casa que mañana tienes que levantarte temprano.

—Termino ahora.

Su abuela sonrió cogiendo un vaso. —Eres maravillosa.

La miró sorprendida.

—Una persona con un corazón de oro.

—Qué va, abuela. —Se sonrojó mirándola de reojo. Vio que perdía la sonrisa poco a poco.

—Si yo te hubiera criado, seguramente hubieras sido distinta.

—Hubiera salido igual o mejor porque te tenía a ti.

—Tu madre no era como vosotras. Siempre estaba enfadada porque se sentía desatendida.

—Tenías que trabajar. —Dejó el vaso en el escurreplatos y se secó las manos. —Yo lo hubiera comprendido.

—Tenía que haberla vigilado más —se recriminó.

—Eh… —La cogió por los hombros volviéndola. —Cometió errores, pero también supo lo que debía hacer cuando fue realmente necesario. —Antonella asintió. —Tú no podías criarnos y lo sabes. Por eso dejaste que nos diera en adopción.

—Pensé en quedarme contigo, ¿sabes? —Se le cortó el aliento. —

Pero llegó esa familia… —Se volvió dándole la espalda y su abuela sollozó.

—Fue un alivio cuando se te llevaron. —Sintió un nudo en la garganta. —

En ese momento tu madre ya había sido dada de alta en el hospital y había vuelto a prisión para cumplir la condena que le quedaba. No pude evitar sentir alivio porque esas personas querían criarte.

—Abuela, es normal. Bastante tenías ya. —Su abuela se volvió y vio los remordimientos en sus ojos. Se arrepintió de ir a contarle sus problemas porque todo eso removía su pasado y también era muy doloroso.

—Lo siento.

—¿Por qué, cielo?

—Por contarte estas tonterías y hacerte recordar continuamente.

—Oh, por favor… Ni se te ocurra decir algo así. Soy tu familia. Si tienes un problema o lo que sea debes recurrir a mí. —La abrazó con fuerza. —No te alejes creyendo que me haces sufrir porque no es así. Jamás he sido más feliz que desde que te presentaste en esa puerta.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De verdad?

—Te lo juro y sino que me caiga un rayo aquí mismo. Ahora debes irte que mañana tienes que ir a ese banco y ponerles las pilas a los Drachen.

Sonrió apartándose y Antonella acarició el largo mechón que tenía en el hombro para pasarlo a su espalda. —Llámame mañana.

Asintió y fue hasta la puerta para coger el bolso. —¿Mañana trabajas por la noche? —Su abuela asintió y sonrió. —Te llamaré desde el trabajo.

—Te quiero.

—Te quiero abu.

Iba a salir cuando su abuela dijo —Recuerda que eres una chica dura que has sobrevivido todos estos años, cielo. Ningún dragón podría contigo.

Minutos después estaba caminando hacia el metro y escuchó una risita. Al mirar a su izquierda vio a una pareja cerca de una farola. Él la besaba en el cuello. Su novia volvió a reír y Gina sonrió sin poder evitarlo.

Sí que quería eso, era una tontería engañarse a sí misma, pero por la actitud de Bolton era evidente que con él no lo tendría.

Distraída miró sobre su hombro y vio un coche que iba más lento de lo normal. Frunció el ceño caminando más rápido. —No te pongas nerviosa

—dijo para sí antes de mirar sobre su hombro disimuladamente—. Mierda.

—Giró la esquina y el coche hizo lo mismo. —Muy bien, hora de correr. —

Vio la entrada del metro al final de la calle y echó a correr cruzando la calzada. Entonces el coche aceleró haciendo derrapar los neumáticos y con el corazón a mil corrió hasta la boca del metro todo lo que pudo. Estaba a unos metros y miró hacia atrás para ver como el coche se subía a la acera y chilló llegando a las escaleras. Bajó varios escalones y se volvió con la respiración agitada viendo la luz de los faros. El motor aceleró de nuevo antes de que los faros se alejaran y con el corazón en la boca subió un escalón, pero lo pensó mejor y bajó las escaleras lo más rápido que podía.

Al llegar a su parada vio a una mujer de su edad al final del andén. Fue hasta ella y se quedó a su lado. La chica sonrió tímidamente. —¿Estás bien?

Estás pálida.

—Acaban de darme un susto.

—En esta zona de noche no hay más que robos.

—Lo tendré en cuenta para la próxima. —El metro llegó y entraron en él. Sin poder evitarlo miró sobre su hombro para ver a un hombre de cazadora vaquera observándola. Se sentó en un asiento y preocupada sacó su móvil para tenerlo en la mano. El hombre

caminó por el andén sin quitarle ojo en ningún momento, lo que le puso los pelos de punta. Se fijó bien en su cara y no le conocía de nada. Fue un alivio cuando se cerraron las puertas y el metro empezó a andar. Dejó salir el aire que estaba conteniendo. Jamás tomaba el metro tan tarde porque nunca iba a ningún sitio a esas horas y después de esa experiencia no volvería a hacerlo.

Inquieta no dejó de mirar de un lado a otro hasta llegar a su casa y nada más cerrar la puerta corrió los cerrojos. Se quedó mirando la puerta cerrada y pensó en los Drachen. No, estaba paranoica. En la zona de Brooklyn donde vivía su abuela había muchos atracos y no era seguro de noche. Había sido una casualidad, nada más.

Volvió a pulsar el timbre y su hermana abrió la puerta con cara de sueño. —Necesito tu vestidor. —Entró corriendo y fue hasta las escaleras.

Asombrada la siguió. —¿Qué ocurre?

—Ayer quedé con la abuela y no me dio tiempo a ir de compras.

—Espera que…

Entró en el dormitorio y se detuvo en seco al ver a James totalmente desnudo tumbado tranquilamente, pero al verla parpadeó sentándose de golpe. —Hostia.

—¡Tápate, hombre!

Cristine entró en la habitación. Mientras su novio se tapaba, miró a su hermana levantando una ceja. Era un poco más esmirriado de lo que se esperaba.

—Es mi hermana —dijo Cristine sonriendo como si no fuera obvio.

James asintió aún con la boca abierta mirando a una y después a la otra. —Como dos gotas de agua.

—No creas. Ella es más guapa —dijo Cristine.

—Estás loca. —Divertida fue hasta el vestidor.

—Coge lo que quieras y llévatelo. Yo no me pongo ni la mitad.

—¿Entonces para qué te lo compras?

Se encogió de hombros y cuando Gina encendió la luz alucinó cuando vio la ropa de hombre colgada al lado de la de su hermana.
—Cris,

¿puedes venir un momento?

Su hermana llegó corriendo y ella señaló la ropa mirándola interrogante. —¿No crees que es un poco pronto? —susurró—. Acabas de romper el compromiso. Yo acabo de romper el compromiso.

—Se le acababa el contrato de arrendamiento. Iba a buscar otro piso.

¿Pero para qué? Así es más práctico.

—¿Ahora eres práctica? Pues bien que podías haber sido práctica y rechazar los regalos que te ofrecían esas empresas. —Su hermana la miró sin comprender. —¡Los mails, Cristine!

—¡Oh! Son detalles que tienen conmigo. Yo no me comprometo a nada. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

La miró incrédula. —Pasa que es ilegal.

—Qué va, lo hace todo el mundo.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices?

—A mi padre le han regalado cosas miles de veces.

—¿Antes de realizar un negocio?

Cristine lo pensó. —¿Es importante?

—¡Sí! Una cosa es un regalo después de hacer negocios juntos en señal de amistad y otra muy distinta aceptar un soborno para que hagamos negocios con ellos.

—Mierda Cristine, ¿qué has hecho?

Se volvieron para ver a James en la puerta con los gayumbos puestos y Gina gimió porque se suponía que no se podía enterar nadie.

Cristine chasqueó la lengua. —No es para tanto.

—Sí que lo es. Puedes acabar en la cárcel. —Cogió el primer vestido que pilló.

—¿Qué has dicho? —preguntó palideciendo—. Lo devolveré.

—¿El viaje lo devolverás? —Fue hasta el baño.

—Bueno, el viaje no, pero el anillo…

Se detuvo en seco volviéndose. —¿El anillo? —Salió del baño para ver que su hermana corría hasta su cómoda y cogía algo del primer cajón.

Era un pedrusco enorme rodeado de esmeraldas. —Leche…

—Me lo enviaron al despacho. ¡No creía que hubiera nada malo en ello, te lo juro! Además, yo ya no decidía donde se invertía. Lo hacía Bolton. ¡El presidente de los Estados Unidos recibe regalos continuamente y no es para tanto!

James levantó las manos como si no pudiera con ella y Gina no pudo evitar reír por su cara de indignación. —Menos mal que lo has

dejado.

Hubieras hundido el banco.

—No, está Bolton que siempre lo arregla todo.

Le cogió el anillo de las manos. —Ya se lo daré a tu primo. Te aconsejo que no le llames de momento. Está un poco…

—¿Cabreado? Bah, ya se le pasará.

—Voy a hacer el desayuno —dijo James algo tenso.

Cristine susurró —Él también está cabreado porque Bolton le echó del banco. Ya que no puedo hablar con Bolton, ¿puedes hacer que vuelva?

—Increíble —dijo yendo hacia el baño.

—¿Eso es que sí o que no? ¿Gina? —El portazo hizo que hiciera una mueca. —Vale, le llamaré yo en un par de días. ¿Estás enfadada conmigo? —gritó a la puerta—. ¡Eres mi gemela, no puedes enfadarte conmigo!

—¿Dónde pone eso?

—¡Seguro que lo pone en algún sitio! ¿Has desayunado? Estás gruñona.

—¿Tortitas?

—Me visto y las comemos abajo.

Ya le extrañaba a ella que hiciera el desayuno. —¡No tengo tiempo, Cris! ¡Tu primo me va a echar la bronca! Tomaré un café de camino. —

Hizo una mueca mirándose al espejo. El vestido color berenjena era

monísimo. Necesitaba unos buenos tacones. Salió del baño y su hermana tenía unos en la mano totalmente apropiados. —¿Cenamos esta noche?

—Sí, James hará espaguetis.

—No, los espaguetis los harás tú. Y con albóndigas. —Cristine entrecerró los ojos. —Hay videos en internet. Hermana tienes que ponerte las pilas, ¿me oyes? —La cogió por los hombros. —Tienes que ser independiente. Quiero saber que cuando yo no esté podrás valerte por ti misma.

—Pareces una madre a punto de cascarla que quiere asegurarse de que su prole se espabila. —Gina puso los ojos en blanco yendo hasta su bolso. —Tengo dinero, eso facilita mucho la vida. Pero haré los espaguetis.

Se volvió de golpe. —¿Lo haces por mí o por ti?

—Por mí, por mí. —Chilló emocionada. —¡Hoy voy a la academia a llevar mis cuadros!

La besó en la mejilla. —Mucha suerte. Me largo que me despiden con las ganas que me tienen.

Su hermana sonrió desde lo alto de la escalera viéndola bajar a toda prisa y Gina gritó —¡James, ponte el traje y preséntate en la oficina en una hora!

James salió con una tostada en la mano. —¿De verdad?

—Sí, creo que una hora será suficiente.

—¡Y acuérdate de reclamar el trabajo de la abuela! —gritó su hermana desde el piso de arriba—. ¡No me gusta que trabaje de noche!

—Vale.

Corrió hacia el ascensor y se subió a toda prisa. —Vamos, vamos…

—Pulsó el botón varias veces.

El ascensor se detuvo en el piso siguiente y cuando se abrieron las puertas allí estaba Bolton. —Buenos días —dijo encantada sin darse cuenta.

—Cristine, ¿a dónde vas?

Vaya. Iba a abrir la boca cuando la interrumpió. —¿No tenías hoy una revisión?

¿La tenía? Su hermana no le había dicho nada. —Pues…

—Tu madre viene a recogerte en una hora.

—Oh, vale. Pero…

Él entró en el ascensor y pulsó el botón del garaje sin quitarle ojo.

—¿Gina?

—Uff, menos mal no sabía cómo decírtelo sin que parecieras idiota.

—Qué considerada eres —dijo entre dientes.

—¿Me has pillado por el olor?

—Sí, hueles a beicon.

Jadeó por la mentira. Si ni siquiera había desayunado. —Así que a beicon, ¿eh? —No perdió la sonrisa. —Es un nuevo perfume. Es para pillar a los de colesterol alto.

Bolton sonrió. —Pues vas por muy buen camino. ¿Qué haces aquí?

—Atracar el armario de mi hermana de nuevo.

Las puertas se abrieron y ella iba a salir cuando Bolton la cogió por el brazo. —¿No crees que llegarías antes en mi coche?

—No te has ofrecido a llevarme —dijo como si fuera un grosero de primera.

—Nena, no me fastidies. He tenido una noche horrible.

—Oh, pobrecito… ¿No has pegado ojo creyendo que os ibais a arruinar y que los Drachen en la miseria serían el hazmerreír de toda la ciudad?

Entrecerró los ojos girando la cabeza para fulminarla con esos ojos verdes tan sexis. —Muy graciosa.

Sonrió de oreja a oreja. —Lo sé. —Salió del ascensor antes que él y se volvió para quedarse de piedra cuando le pilló mirándole el trasero.

Sintiendo que algo saltaba en su pecho preguntó sin poder evitarlo —¿Me estás mirando el culo?

—No digas tonterías. —Molesto fue hasta su coche. Pulsó el botón del mando y miró por encima del techo abriendo la puerta de mala manera mientras ella se quería tirar de los pelos por haber sido tan idiota.

Bolton gruñó sentándose a su lado. Intentó disimular lo incómoda que estaba y dijo precipitadamente —Claro que no, ¿cómo ibas a mirarme el culo? Soy la gemela de tu prima, sería raro.

—Sí que lo sería —dijo entre dientes.

—Pero lo parecía. ¿Fue un acto reflejo? Sí, seguro que sí. Pero lo que dijo Gregory… —Abrió los ojos como platos. —¿A mi hermana le

miras el culo?

—¡No, Gina! ¡A tu hermana no le miro el culo!

—Vale.

Él gruñó arrancando el coche. —Y a ti tampoco te lo miraba.

Bueno, bueno… Tenía el descaro de mentirle a la cara. Porque lo había visto. Ella iba a abrir la boca cuando él gritó —¡Fue un acto reflejo!

—Lo que yo decía.

—¡Eres una mujer atractiva y ha sido un acto reflejo! ¿De acuerdo?

—Soy tan atractiva como mi hermana.

La miró como si quisiera matarla. —No me siento atraído en absoluto por tu hermana, ¿de acuerdo? Dios, solo pensarlo… Joder, es

asqueroso.

Genial, aquello mejoraba por momentos. —Pero me has mirado el culo. Lo que dices es una contradicción en sí mismo.

—¿Quieres dejarlo de una vez?

—No, si yo lo dejo, ¿pero puedes dejarlo tú ya que eres el que miraba mi culo? Porque si no te gusto nada, no sé por qué tienes esos actos reflejos que llevan tu vista a la parte baja de mi espalda. —Con rabia añadió

—Además eres mi jefe, esas miraditas podrían considerarse acoso sexual,

¿no es cierto?

—Intentaré no hacerlo de nuevo —dijo entre dientes—.

Discúlpame.

Le miró de reojo. —Mientras no toques.

—¡No voy a tocar! ¡Por Dios, sería como hacerlo con mi hermana!

—¿Quién ha hablado de hacerlo? —Sintió que un calor tremendo recorría su vientre. —¿Has pensado en hacerlo conmigo?

—¿Yo? ¿Estás loca?

—¡Eres tú quien piensa dónde duermo y si es cómoda mi cama!

La miró como si le hubieran salido cuernos. —¿Estás loca? —De repente entrecerró los ojos. —¿Qué pasa, nena? ¿Tú has pensado en hacerlo?

—¿Yo? —Miró al frente sonrojándose. —Claro, soy masoquista y tengo fantasías sexuales con hombres cabritos que intentan joderme la vida continuamente.

—¡Trabajas para mí! ¡Y menudo trabajo te he dado!

—¿Eso hace que tenga que estar agradecida?

—¡Sí!

—¿Hasta qué punto?

—¡No voy por ahí!

—¿No? Porque tiene toda la pinta. Para no querer acostarte conmigo pareces de lo más interesado. —Dios, ¿de dónde sacaba tanto descaro de repente? Esa mirada la había provocado. Y que quisiera negarla la había sacado de sus casillas.

Él apretó el volante con las manos como si estuviera estrangulando a alguien y le echó una mirada de reojo. —Aquí la única que pareces interesada eres tú que no dejas de hablar de ello.

—Muy bien, dejemos el tema.

Se mantuvieron en silencio, pero el tráfico hacía que estuvieran parados la mayor parte del tiempo. —Qué estupidez tener coche en esta ciudad cuando se llega más rápido en metro. Y encima un coche así que debe costar como mi riñón. —Le escuchó gruñir. —Oh, por cierto… —

Puso el anillo sobre el salpicadero. Él la miró asombrado. —¿Te casas conmigo? —Soltó una risita. —La cara que has puesto.

Él cogió el anillo. —¿De dónde has sacado esto?

—Me lo ha dado Cristine.

Levantó una de sus cejas y él gruñó por lo bajo —No fastidies.

—Ha sido sin querer. No pensaba que hiciera daño. Al parecer su padre recibe muchos regalos.

—¡De colegas o socios!

—Pues eso.

Él se estiró abriendo la guantera y le rozó la rodilla sobresaltándola.

Le miró con los ojos como platos y él carraspeó enderezándose. —Ha sido sin querer.

Gina se revolvió incómoda en su asiento y se mordió el interior de la mejilla pensando en una respuesta adecuada. Metió el coche en el garaje de la empresa y la miró de reojo. —Ha sido sin querer.

—Lo sé.

Cuando aparcó en su plaza ninguno de los dos hizo nada por abrir la puerta mirando al frente. Él suspiró. —Mira, estos últimos meses estoy bajo mucha presión. Han pasado mil cosas y esto no entraba en mis planes.

Su corazón saltó en su pecho de la impresión. —¿Esto?

—¡Todo esto, Gina! ¿Crees que entrabas en mis planes? En cuanto te vi ante la empresa supe que se avecinaban problemas.

—¡Solo he solucionado esos problemas!

Se miraron a los ojos y de repente él la cogió por la nuca acercándola para dejarla sin aliento. Separó los labios de la impresión. —

No has solucionado nada —dijo él entre dientes. —Bolton bajó la vista hasta su boca y susurró —Gina… No podemos.

—¿Pero lo deseas?

Sintió que era un triunfo cuando no lo negó y se acercó más a él hasta que sus labios inferiores se rozaron. Gimió de placer y cerró los ojos para disfrutar de su contacto. Él besó su labio superior antes de entrar en su boca y saborearla posesivo cogiéndola por la cintura con el brazo libre para pegarla a su pecho. Fue como si todo encajara en su sitio y bebieron el uno del otro. Gina mareada de placer acarició sus hombros y sin dejar de beber de él gimió al sentir que su mano en su cintura bajaba hasta su trasero amasándolo por encima del vestido. Bolton se apartó de golpe y se miraron a los ojos con la respiración alterada. —Nena, estamos en el… —Ni le escuchó besándole de nuevo y él la cogió por los brazos separándola.

Asombrada le miró a los ojos. —Estamos en el trabajo. Hablaremos de esto luego —dijo fríamente.

Sintiendo esas palabras como un jarro de agua helada, sin darse cuenta volvió a su asiento mirándole como si fuera un monstruo antes de salir del coche corriendo muerta de la vergüenza. —¡Gina!

Capítulo 10

Se escondió en el baño del hall y sintiéndose humillada se limpió las lágrimas intentando recomponerse. Por Dios, era una locura. Era igual que su prima, ¿cómo iba a querer tener una relación con ella? ¿Es que era idiota? ¿Con todos los hombres que había en Nueva York tenía que enamorarse del más inadecuado? Si no tenía corazón. Cuando le había besado había sentido que eran uno y sin embargo en apenas medio segundo después la había mirado de una manera que había terminado de romperle el corazón. Al parecer el desastre en las relaciones de las Rizzo no había acabado con su madre, pero ella no merecía que la trataran así y ya estaba harta. Había soñado que la besaba mil veces y jamás se le había pasado por la imaginación que se comportara así.

Intentando aparentar que no pasaba nada salió del baño y fue hasta el ascensor sonriendo a varios empleados con los que se cruzó, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos. Cuando llegó ante su despacho saludó con la

cabeza a la bruja de su secretaria que la miraba con desconfianza, pero ella no se dio cuenta mirando sin querer hacia el despacho de Bolton que estaba pegando gritos al teléfono. Afortunadamente no miró hacia ella, lo que fue un alivio. Cerró la puerta y se sentó tras su asiento suspirando. —Olvídate de él. —Se apartó la melena de la cara respirando hondo. —Eres la gemela de su prima y un grano en el culo para su familia. Jamás tendrá algo contigo. Métetelo en la cabeza y sigue adelante. —Encendió el ordenador.

—Ponte a trabajar y déjate de fantasías estúpidas que no sirven de nada.

Hizo que su secretaria le pidiera una ensalada de pasta porque no quería salir del despacho. Necesitaba estar algo más entera antes de encontrarse con él. Dejó la ensalada a un lado casi sin comer concentrada en la pantalla del ordenador cuando la puerta se abrió de golpe.

Sobresaltada miró hacia allí y quiso gritar de la frustración cuando Bolton en mangas de camisa y sin corbata entró en su despacho cerrando la puerta tras él. Volvió la vista a la pantalla para que se diera por aludido, pero simplemente se puso ante su mesa con los brazos en jarras. Era evidente que iba a estar allí hasta que le atendiera así que miró hacia él. —¿Querías algo?

—¿Que si quiero algo? —preguntó molesto—. ¿Qué pretendes?

—¿Perdón?

Se notaba que intentaba controlarse y furioso dio un paso hacia ella.

—¡Mira, no sé a qué estás jugando, pero a mí no vas a joderme! ¿Qué te propones? ¿Liarte conmigo y luego ir llorándole a Cristine? ¿Y por qué ese imbécil de James se ha presentado a trabajar? ¿Le has dicho tú que tenía que presentarse? ¿Pero quién te crees que eres?

Mierda, se había olvidado de él. —Fue un despido injusto y lo sabes. Cristine…

—¡Si mi prima tiene que decirme algo, que me llame y dé la cara!

¡Tú no tienes que inmiscuirte entre nosotros!

Se dio cuenta de que tenía razón. De alguna manera se había inmiscuido al decirle que no hablara con él porque estaba enfadado. Apretó los labios. —Estoy totalmente de acuerdo, que te llame ella. Y sobre lo que dijiste antes con esa entrada tan dramática, no. No pretendo liarme contigo e ir llorándole a mi hermana. Y te recuerdo

que tampoco te resististe demasiado a ese beso, pero como has dicho estamos en el trabajo. Ahora si me disculpas tengo cosas que hacer.

Él entrecerró los ojos. —¡En esta empresa somos los Drachen los que tomamos las decisiones! ¡Ni se te ocurra volver a creerte algo más que una empleada! En todos los sentidos, ¿me oyes?

Sintiendo un nudo en la garganta asintió y él salió haciendo temblar las cristaleras. Cerró los ojos encajando el golpe antes de sonreír con tristeza mirando la pantalla de nuevo. —¿No te lo esperabas? Pues eres más estúpida de lo que pareces.

—¿Estás bien? —preguntó su hermana sentada ante ella. Cristine cogió su copa de agua y bebió un sorbo.

James discretamente empezó a recoger los platos de la desastrosa cena que su hermana había preparado. Pero ambos dijeron que estaba buenísimo por la ilusión que le había puesto. —¿Por qué no me dijiste que hoy tenías una revisión?

—Oh, es lo de siempre. Todo va perfecto. ¿Es por eso? ¿Estabas preocupada por la revisión? Estoy muy bien. —Sonrió con dulzura. —

Gracias a ti.

Forzó una sonrisa. —Y no sabes cómo me alegro.

—Tienes la mirada triste. ¿Te ocurre algo? —Alargó la mano y cogió la suya. —Si tienes algún problema…

—No. —Acarició su mano igual a la suya. —Es que el trabajo no es lo que me esperaba.

—Acabas de empezar. Tienes que acostumbrarte. —Asintió. —Sé que puedes llegar muy lejos.

—Tienes mucha confianza en mí.

—Como tú en mí.

—Así que en la academia te han dicho que tienes posibilidades. Me alegro mucho.

—Lo sé.

—¿Me pintarás?

Incómoda respondió en voz baja —Ya lo he hecho, pero no sé si te gustará.

Impresionada porque no se lo esperaba susurró —Enséñamelo.

Cristine soltó su mano levantándose a toda prisa para correr a la habitación que estaba bajo las escaleras. Gina se levantó. —¿Tienes ahí tu estudio?

—Sí, ¿quieres verlo?

Se le cortó el aliento porque era un paso enorme para ella. Caminó hacia allí y la impresionó lo grande que era. Y tenía unos ventanales que mostraban la otra parte de la ciudad. —Dios mío —susurró admirando las luces de los edificios.

—Pues de día es aún mejor. Cuando el banco se quedó con el edificio mi padre me dijo que hiciera en mi piso lo que me diera la gana. —

Se volvió con un gran lienzo en las manos y algo avergonzada susurró —

¿Qué te parece?

Separó los labios de la impresión. Eran ellas dos mirándose la una a la otra con una conexión increíble y se las distinguía perfectamente

porque ella iba en vaqueros mientras que su gemela llevaba un vestido de gasa, pero eso no quedaba ahí porque tras Cristine había un montón de gente.

Reconoció a su madre y a Bolton. Entre las dos estaba la abuela. Pero tras ella no había nada. Solo un fondo negro. Cristine preocupada dio un paso hacia ella al ver que una lágrima caía por su mejilla. —Lo siento.

—No. ¿Por qué lo vas a sentir? Es maravilloso.

—Empecé a pintarlo el día en que viniste aquí. Está sin acabar.

Algún día llenaré tu espacio.

—No, así está perfecto. —Se acercó a ella. —¿Me lo regalas?

Cristine la miró sorprendida. —¿Lo quieres?

—Lo colgaré en el salón.

Su hermana se sonrojó de gusto. —Por supuesto. Haré que te lo envíen.

Sonrió y cuando su hermana dejó el cuadro con cuidado apoyado en la pared ella lo miró de nuevo. Un fiel reflejo de la realidad y no debía olvidarlo. Ellos eran su familia. Cristine tenía una vida y puede que ella hubiera llegado tarde a ella, pero no se separaría de su lado mientras Cris quisiera.

—¿Tomamos el postre? —preguntó James desde la puerta.

—Tiene prohibido entrar aquí —susurró. Se echó a reír —. El postre no lo he hecho yo.

—Pues doble ración.

Riendo volvieron al salón y James cortó la tarta. —Quería darte las gracias.

Le miró sorprendida. —¿Por qué?

—Por decirme que hoy fuera al trabajo.

Se sonrojó un poco porque en realidad no había hablado con Bolton.

—No hice nada.

—Claro que sí. En cuanto llamaron a Bolton de recursos humanos dijo que me dieran mi antiguo puesto, así que gracias. No sé qué le dijiste para convencerle, pero funcionó.

Se sintió fatal, pero afortunadamente en ese momento sonó el timbre de la puerta. Al darse cuenta de quien podía ser se puso nerviosa viendo

como su hermana iba a abrir. —¿Ves? Te dije que Gina lo solucionaría. —

Abrió la puerta y efectivamente allí estaba Bolton. Debía de acabar de llegar porque tenía la chaqueta del traje en la mano. —Primo, tienes un aspecto horrible.

—Vaya, gracias.

James se levantó en el acto como si hubiera entrado un general. —

Buenas noches, jefe.

—Aquí soy Bolton. No quería interrumpir…

Su prima le cogió por la muñeca tirando de él dentro de su casa. —

Tú no interrumpes. ¿Quieres cenar algo?

—No, vengo de una cena. —Miró de reojo a Gina que no se movió de su sitio.

—De negocios, seguro —dijo su prima—. Tienes que descansar un poco. ¿Una cerveza?

—Sería estupendo, gracias.

—James cielo, ¿puedes?

Su novio fue hacia la cocina por la cerveza mientras Bolton se acercaba a la mesa. —Gina…

Ella no contestó forzando una sonrisa y su hermana la miró preocupada apretándose las manos. —¿Qué tal el día? ¿Me he perdido algo

interesante?

Él suspiró sentándose al lado de Gina. —Tenemos que hablar de ciertos mails. —Cuando James llegó de la cocina con un vaso y el botellín levantó una ceja.

—Mi novio ya lo sabe —dijo poniéndose nerviosa.

—Perfecto, pues ya que lo sabemos todos los que estamos aquí…

¿Puedes explicarme cómo diablos se te ocurrió hacer algo así? —Todos se tensaron y Gina enderezó la espalda sin poder evitarlo. —Porque no me cabe en la cabeza. —Rio por lo bajo cogiendo el botellín. —No lo entiendo, la verdad. Una persona que lo tiene todo… Joder, ¿has puesto la empresa en peligro por un anillo y un viaje?

—No era mi intención —susurró avergonzada.

—Creo que eso ya te lo había dicho —dijo Gina entre dientes.

La fulminó con la mirada. —No estoy hablando contigo.

—Gina solo quiere ayudar, no le hables así.

—¡Le hablo como me dé la gana!

Gina golpeó la mesa con ambas manos y se levantó lentamente. —

No, no vas a hablarme como te dé la gana.

—Y en mi casa menos. ¡A mi hermana le hablas con respeto!

Bolton sonrió con ironía. —Vaya, nena… Veo que tu veneno empieza a hacer efecto. —Miró a Cristine que atónita observaba a su hermana sin comprender lo que Bolton acababa de decir. —¡Ahora me vas a decir con pelos y señales todo lo que has hecho, porque en tus mails no aparece reflejado ningún anillo! Y eso significa que se han puesto en contacto contigo de otra manera.

—Por teléfono.

—¿Me estás diciendo que pueden tener conversaciones tuyas grabadas? —gritó furibundo.

—No le hables en ese tono a mi hermana —siseó Gina.

—¿O qué?

—Bolton estás alterado y es mejor que te vayas—dijo James muy serio.

—¿Me vas a echar tú? —preguntó con burla.

James se enderezó. —Si es necesario sí.

—No me hagas reír —dijo antes de beber de su botellín de nuevo mirándole como si fuera un inútil de primera.

Gina entrecerró los ojos. —Te crees que dominas a todo y a todos con tu dedo meñique, ¿verdad? —preguntó con desprecio.

—No, ni se me pasa por la imaginación. Ahora deja de montar otro de tus numeritos que esto es trabajo.

—Púdrete.

—¿Queréis calmaros? —Cristine se apretó las manos. —¿Qué quieres saber?

—¿Cuántos te llamaron?

—Dos. No, tres, pero solo uno me regaló el anillo. Te juro yo no pedí nada, de verdad. Dijo que me enviaría un presente. ¡Yo no pedí absolutamente nada! —Angustiada miró a su novio que se acercó a ella y la abrazó por la cintura.

—¿Cuáles fueron sus términos?

—Simplemente me decían que su empresa era una oportunidad para invertir y que me enviarían sus balances de cuentas para que las evaluara.

Que no me defraudarían y bla, bla, bla, pero yo no me comprometía con nadie, te lo juro.

—¿Y por qué invertiste dos millones en la que te regaló el viaje?

—¿KDF? Porque recibí un chivatazo de que era una buena inversión. —Se puso como un tomate. —Ya te lo dije.

Gina entrecerró los ojos porque estaba mintiendo y lo sabía porque se comportaba igual que cuando lo hacía ella. Se sonrojaba, algo que la

delataba en el acto.

Los tres la miraron levantando sus cejas. —¡Vale! ¡Me lo dijo mi peluquera! ¡Pero ella oye muchas cosas! Y una de sus ejecutivas se hace las mechas y…

—Ay, madre —dijo James mirándola como si tuviera cuernos.

—¿Qué? —Levantó la barbilla. —Steffani nunca falla.

—¡Pues esta vez se lució! —gritó Bolton levantándose.

—Sí, y buena bronca que le eché. Ahora le dejo la propina justa. No puedo quitársela entera porque puede que la próxima vez me haga un desastre y eso sí que no.

Gina se mordió el labio inferior porque Bolton parecía a punto de querer soltar cuatro gritos.

—¿Eres estúpida?

Algo saltó dentro de ella y el tortazo se escuchó en todo el apartamento dejando el silencio tras él. Bolton apretó las mandíbulas girando la cabeza para mirarla como si quisiera darle una paliza, pero ella después de todo lo que había vivido en la vida no se dejó intimidar señalándole con el dedo. —No vuelvas a hablarle así en tu puta vida.

—Gina —dijo su hermana impresionada—. No ha querido hacerlo.

—El gilipollas de tu primo lleva buscando esto desde hace mucho tiempo, ¿no es cierto Bolton? —preguntó con desprecio. Miró sus ojos verdes que estaban más oscuros de la furia.

—Al parecer tienes mucho rencor dentro, preciosa —dijo entre dientes.

—Será porque estoy harta de ver como pisoteáis a los que os rodean.

¡Y puede que por mí no haga nada, pero a mi hermana no la vas a insultar en mi presencia por muy primo suyo que seas!

—Gina creo que será mejor que te vayas a casa —dijo su hermana sorprendiéndola—. Bolton y yo tenemos que hablar de esto y es evidente que estáis alterados. Hablamos mañana, ¿vale? —Le rogó con la mirada. —

Por favor…

Bolton sonrió con ironía. —Sí, guapa. Vete a casa que aquí no pintas nada.

—¡Primo, ya está bien! —gritó Cristine imponiéndose por primera vez desde que la conocía y la sorpresa en el rostro de Bolton le mostró que también era la primera vez para él. —Gina te llamo mañana.

Asintió yendo hacia su bolso que estaba sobre el sofá y se colgó la correa al hombro mientras su hermana la acompañaba a la puerta. —Lo

siento —susurraron las dos a la vez. Se miraron a los ojos y ambas sonrieron antes de abrazarse. Gina susurró a su oído — Te quiero.

Los ojos de Cristine se llenaron de lágrimas. —Y yo a ti.

Se apartó de ella y sin mirarla salió del piso dejando el silencio tras ella. Cristine se limpió las lágrimas con la mano y se volvió para ver a su primo observándola muy tenso. —Muy bien, ¿vas a decirme que es lo que está pasando con mi hermana?

Esa pregunta le tensó aún más. —No sé de qué me hablas.

—¿Nena? Ella no se ha dado cuenta, ¿verdad? ¡Pero llamas así a tus novias! ¡Y solo por las que te sientes muy atraído!

—¿Quieres dejarte de tonterías y hablar de lo que…?

Cristine dio un paso hacia él furiosa. —¡Tú no estás aquí por eso!

¿Cómo sabías que estaba en mi casa?

James entrecerró los ojos. —Se lo dije yo. —Cristine le miró sorprendida. —Al salir de la empresa nos encontramos y le dije que hoy cenábamos con Gina.

Cristine sonrió irónica. —¡Ya me extrañaba que hubieras venido a montar este espectáculo cuando podías habérmelo preguntado todo en cuanto te enteraste! ¡Ni una llamada en todo el día sobre ese tema cuando

papá habló conmigo hace horas! ¡Solo era una excusa para presentarte en la cena!

En ese momento sonó el teléfono fijo de la casa y fue hasta él advirtiéndole con la mirada. —Ni se te ocurra moverte. —Descolgó el teléfono. —¿Si? —Frunció el ceño. —Peter, ¿qué ocurre? ¿Qué son esos gritos?

Bolton dio un paso hacia ella al escuchar el nombre del portero y vio como Cristine palidecía antes de gritar —¡No! ¡No!

—¿Qué pasa?

—¡Gina! —Corrió hacia la puerta y salió gritando —¡Gina!

—Cristine, ¿qué ocurre?

Ella pulsó impaciente el botón del ascensor, pero antes de comprobar que se abrían las puertas corrió hacia las escaleras. Impaciente fue tras ella y al ver que lloraba quitándose los tacones perdió todo el color de la cara adelantándola. Al llegar abajo vio a la gente agolpada en la calle y las luces de los coches de policía. Apartó a la gente para pasar y vio su melena bajo el coche. Gritó llevándose las manos a la cabeza antes de empujar a un policía para

pasar agachándose al lado del coche y vio su mano ensangrentada. Estiró la suya llamándola a gritos, pero no llegaba hasta ella. —¡Gina! ¡Gina! ¡Contesta nena!

—¡Apártese! Vamos a volcar el coche para no dañarla más. No podemos moverla y así podrán llegar a ella los sanitarios.

—¡Nena, estoy aquí! ¡Y esta vez no me voy a ir a ningún sitio! ¡Te lo juro! No voy a fallarte de nuevo. Pero por favor, nena… Aguanta. —Se levantó del suelo y vio que Cristine gritaba histérica mientras James intentaba calmarla, pero él se volvió para rodear el coche y agacharse con varios policías y voluntarios. —Por favor…

Capítulo 11

El médico salió en ese momento por la puerta de urgencias y Cristine se acercó a él sintiendo que se desmayaba pues después de haber visto el estado de su hermana bajo el coche era muy consciente de su gravedad. Bolton preguntó —¿Cómo está?

—Sorprendentemente después de caer sobre la luna del coche que la atropelló y que el siguiente le pasara por encima, su cabeza no ha sufrido daños graves, lo que en sí es un pequeño milagro. Pero…

—¿Pero? —preguntó Cristine sujetándose en la mano de James.

—Pero sus piernas tienen fracturas que van a ser difíciles de curar por completo sin operar. Tiene una cadera fisurada y una vértebra bastante dañada.

—¿Pero se pondrá bien? —preguntó Bolton pálido.

—Van a hacerle pruebas por si la vértebra ha dañado la médula.

—Dios mío… —dijo James.

Cristine sollozó. —¿Se va a quedar en una silla de ruedas?

—Aún no puedo dar ese diagnóstico. De momento está viva y estabilizada. Quedan muchas pruebas por hacer. ¿No ha llegado la policía?

—Miró a su alrededor como si buscara a alguien.

—¿Policía? —preguntó Cristine confusa.

—Sí, en cuanto se despertó dijo que querían matarla.

Bolton se tensó. —¿Cómo que querían matarla? ¿La han atropellado a propósito?

—Al parecer estaba cruzando cuando el coche aceleró de golpe.

Cree que fue premeditado. Y debe ser así porque está muy segura. Quiso matarme, eso ha dicho.

—¿Y quién ha sido? —preguntó Bolton.

—Eso no puedo decirlo hasta que no hablemos con la policía.

—¿Cómo que no puede decirlo? ¡Soy su hermana!

—Debo guardar confidencialidad sobre lo que ha dicho mi paciente.

Es mejor que hablen con la policía cuando hayan hablado con ella.

—¿Podemos verla? —preguntó Bolton.

—De momento no. Pasará a quirófano en cuanto realicemos las pruebas necesarias y los traumatólogos tomen una decisión. Seguramente

hasta mañana no podrán verla. —Miró a su derecha. —Oh, ahí está la policía. Discúlpeme. —Fue hasta ellos y vieron como dos agentes de paisano mostraban sus placas al doctor que les señaló la puerta

de urgencias. Los tres fueron hasta allí y desaparecieron al cabo de unos segundos.

—Dios mío, ¿la han atropellado a propósito? —preguntó Cristine incrédula—. ¿Por qué? ¿Quién querría hacer…? —Se llevó la mano al pecho. —¿Papá no tendrá nada que ver?

—¿Pero qué locuras dices? —Bolton sacó el teléfono. —Joder, ¿no deberías llamar a tu abuela?

—Mi abuela. Dios mío, le va a dar algo cuando se entere. —Miró a su alrededor. —No tengo mi móvil. No sé su número de teléfono de memoria. James, ¿puedes ir a por él?

—Sí, por supuesto —dijo James intentando que se calmara. La abrazó por los hombros—. Vamos, cielo. Te vas a sentar y antes de irme te voy a traer un café. Estás algo pálida.

—La van a operar. ¿Y si se muere? —Angustiada miró a Bolton que estaba hablando por teléfono. —¿Quién es?

—James llévatela a casa. —Miró a su prima a los ojos. —Debes descansar, te estás alterando mucho. No te preocupes, si ocurre algo te

aviso.

—¿Me estoy alterando? ¡Será porque he visto como mi hermana estaba destrozada debajo de ese maldito coche! —Miró a Bolton furiosa. —

¡Yo no me muevo de aquí hasta que no hable con mi hermana! ¡Y ahora dime a quién has llamado!

—He hablado con tu padre. —Se pasó la mano por su cabello negro muy nervioso. —Joder, ¿por qué no podemos verla? —En ese momento salieron los policías hablando con el médico y se acercó. —

Disculpen, ¿qué es eso de que la han atropellado a propósito? ¿Alguien puede decirnos que está ocurriendo?

Uno de ellos se volvió. —¿Y usted es?

—Soy Bolton Drachen. —Cristine se puso a su lado. —Ella es mi prima, Cristine Drachen.

—Detective Jackson y él es mi compañero el detective Martinson.

—El policía frunció el ceño mirándola. —Son iguales. La señorita Beringer y usted…

—Somos gemelas. Pero ella fue adoptada por otra familia. Salía de mi casa cuando… —Reprimió un sollozo. —¿Han hablado con ella?

El detective que debía tener unos cincuenta años la miró preocupado por su palidez. —¿Nos sentamos?

Bolton impaciente vio como James se sentaba al lado de Cristine. —

¿Y bien?

El detective Jackson apretó los labios. —Los compañeros que la atendieron en el lugar del accidente tomaron declaración a los testigos y antes de que la señorita Beringer diera la voz de alarma nosotros ya nos habíamos puesto a trabajar por esos testimonios.

—¿Entonces es cierto? ¿La atropellaron a propósito?

—Eso parece.

Bolton se llevó las manos a la cabeza volviéndose.

Cristine horrorizada susurró —¿Pero por qué? ¿Quién?

Los detectives se miraron y el detective Martinson dijo interrumpiendo a su compañero —Estamos en plena investigación y

hay ciertos aspectos de ella que aún no podemos revelar. Vamos a poner a la señorita Beringer bajo custodia y no se permitirá acceso a su habitación hasta que esto no se resuelva.

—¿Pero qué dice? ¿Soy sospechosa? Si estaba en mi casa.

—Por favor, señorita Drachen… Seguro que no quiere poner la vida de su hermana en peligro de nuevo y para eso se prohibirá el acceso a todo el mundo hasta que descartemos sospechosos. Tenemos aún mucho trabajo por hacer. En cuanto sepamos algo más les informaremos de inmediato.

—¡Pero ella les ha dicho quien ha sido! ¡Esto es ridículo!

—Puede, pero no sabemos si es la única implicada.

—¿Única? ¿Es una mujer? —Bolton cogió el brazo del detective Jackson. —¿Una mujer le ha hecho eso?

El policía miró a su compañero como si fuera idiota. —Suélteme.

Bolton le soltó impotente. —Disculpe, ¿pero sabe lo que estamos pasando?

—Lo siento mucho, pero así se hará. Váyanse a casa. No podrán verla al menos hasta mañana. Me pondré en contacto con ustedes. Buenas noches.

—Pero no tiene nuestro número —dijo Cristine confundida.

El detective sonrió divertido. —¿Drachen? Les encontraremos.

Se alejaron hablando en voz baja entre ellos y Bolton se volvió. —

Creo que vamos a tener que hacer algunas llamadas.

Cristine muy tensa asintió. —Sí, primo. Levanta al alcalde si hace falta. Quiero ver a mi hermana.

Su abuela apretó su mano mientras los médicos salían de la habitación después de visitarla ese día. —Un sesenta por ciento de

posibilidades de quedarme en una silla de ruedas —dijo en voz baja mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Oh, cielo…. No veas el lado negativo. Estás viva. —Se sentó a su lado y acarició sus mejillas limpiándolas con sus pulgares con cuidado de no tocar los cortes que tenía en las mejillas. Antonella reprimió las lágrimas al ver la venda que rodeaba su cabeza. —Y eres la persona más fuerte que conozco. —La besó en la frente con cuidado. —Saldrás adelante, estoy segura.

—¿Y si…?

—Shusss. —La miró a los ojos. —Saldrás adelante. Será duro, pero estaré contigo.

—¿Has visto a Cristine?

Antonella agachó la mirada. —No se puede creer lo que ha ocurrido.

—Se ha puesto de su lado, ¿verdad? Por eso no ha venido en esta semana.

—Es su madre, cielo. No duda que pienses que de verdad fue ella, pero la falta de pruebas... La policía no ha conseguido nada y ella la ha criado. Piensan…

Agachó la mirada y vio sus piernas escayoladas. —Ya sé lo que piensan, que estoy loca acusando a la madre de mi hermana. He visto el

periódico.

—No la necesitamos. No necesitamos a nadie —dijo su abuela con firmeza—. Y ya has oído al fiscal. Si encontraran algo, que eso

todavía no ha ocurrido, siempre puede alegar ante el jurado que se asustó y que no sabía qué hacer. Que ni vio lo que había pasado. Que si te hubiera reconocido hubiera pensado que era su hija como cualquier madre pensaría ante su casa. Puede decir que fue un accidente y es muy difícil demostrar que ella fue la autora del atropello solamente con tu testimonio.

—Lo que pasa es que están podres de dinero y nadie quiere enfrentarse a ellos —dijo con rabia.

—Sí, cielo. Una auténtica decepción, pero es lo que hay. —

Antonella sonrió guiñándole un ojo. —¿Pero sabes qué? —Gina negó con la cabeza e hizo un gesto de dolor a pesar del collarín. Antonella hizo una mueca viendo que palidecía. —Saldremos de esta. He estado pensando que en cuanto salgas de aquí podríamos irnos.

—¿Irnos? —preguntó sorprendida.

—Nada nos retiene aquí, cielo. —Acarició su mejilla de nuevo. Los ojos de la abuela brillaron. —Podríamos comprar una granja. O ir a las Vegas. O a Canadá.

—¿Canadá?

—Dicen que hay unos paisajes preciosos. —Su abuela sonrió con tristeza. —Es hora de dejar todo atrás, cielo.

—No pienso irme a ningún sitio. —Sus ojos negros mostraron toda la frialdad de la que era capaz. —Casi me matan dos veces.

—Pero…

—Te han amenazado, ¿verdad? —Cogió su mano para que la mirara a los ojos. —¿Te han amenazado?

Su abuela se levantó y fue hasta el bolso que estaba sobre la silla.

Sacó un sobre amarillo. —Ayer un mensajero me dio esto al salir de aquí.

Se le cortó el aliento al ver el membrete del banco. —¿Qué es?

—Quieren evitar una demanda civil y el escándalo que todo eso conllevaría. Te ofrecen dos millones de dólares y quieren que te reúnas con Bolton para hablar del asunto.

—Me quieren comprar.

—No conseguirás nada y destrozarás a Cristine.

—¿La Cristine que está aquí? ¿Esa Cristine?

—Es tu hermana —susurró su abuela angustiada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se negaba a llorar. —¿Por qué? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me ha destrozado la vida?

—No lo sé, cielo —dijo sentándose a su lado—. Seguramente se sintió amenazada por ti. El día antes de que ocurriera esto, tu hermana me llamó para charlar y noté que no estaba tan contenta como de costumbre.

Conseguí sonsacarle que había discutido con ella por ti y creo que ese puede ser un motivo, ¿no? No sé, mi niña. Igual pensaba que perdía a su hija…

—Me vio, te juro que me vio. Vi sus ojos justo antes de…

—Lo sé. A mí no tienes que convencerme.

Tragó saliva intentando quitarse el nudo que tenía en la garganta. —

Tú me dijiste que no me rindiera. Me lo dijiste. Que no debía dejar que ganaran.

—Eso fue antes de verte así. Tengo miedo por ti y no puedo perderte. —Antonella la abrazó. —Por favor, dime que lo pensarás.

Su mano rozó el sobre al lado de sus piernas escayoladas. Era increíble, no sentía dolor en el alma, pero sí estaba furiosa. Y por mucho que quisiera calmar a su abuela no podía dejar pasar que habían intentado matarla y esa vez a propósito. La actitud de Cristine, de sus padres e incluso de Bolton, aunque no había esperado nada de él hacían que sus tripas se retorcieran de la rabia y la impotencia. Habían conseguido que suspendieran la investigación, ponerse a la prensa a su favor, pero a ella no la iban a

callar ni con todo el dinero del mundo. Su abuela sollozó en su hombro y dijo lo que tenía que decir —Lo pensaré, abuela. Prometo que lo pensaré.

La puerta se abrió y al ver a Bolton vestido de traje se alegró por primera vez en días porque no sintió absolutamente nada. Fríamente observó cómo se acercaba a la cama y dejó caer el libro que estaba leyendo sobre su regazo.

—¿Cómo estás? Veo que ya puedes leer, ¿pero no te duelen los brazos por subir tanto el libro? ¿No pueden elevarte un poco? No, claro que no. La vértebra… —Parecía incómodo y lo demostró cuando se pasó la mano por la nuca. —¿Estás bien aquí? He oído que hay una clínica…

—¿Qué quieres? Esto no es una visita social, no hace falta que digas estupideces —dijo cortante —. Ve al grano porque solo con verte me dan ganas de vomitar.

Bolton se tensó mirándola fijamente y ella sonrió irónica. —

¿Observando vuestra obra? Ahora ya no me parezco tanto a ella, ¿verdad?

—No digas eso.

—¿Por qué si es cierto? Ahora las cicatrices nos distinguen y también la silla de ruedas que seguramente tendrá que llevarme el resto de

mi vida. —Bolton apretó los labios y ella le miró con desprecio. —Ya no tengo el cabello largo. —Rio sin ganas. —De hecho no tengo cabello,

¿quieres que me quite la venda para que veas los veintiocho puntos que recorren mi cabeza?

—No es necesario.

—Es para que le lleves un informe exhaustivo a tu amo. También tengo dos costillas rotas y una cadera fisurada. Ah, y las piernas. Pero supongo que ya lo sabes, ¿no es cierto?

—Sí, el informe forense del accidente era muy detallado —

respondió entre dientes. Gina se quedó en silencio mirándole como si nada

—. He venido para hablar de esto sin abogados por medio. ¿Has leído la oferta?

—No.

Él pareció indeciso. —¿Eso significa que no lo pensarás?

—Quiero cien millones.

—¿Pero qué estás diciendo? Nena…

—Cien millones. Eso es lo que quiero.

—Pero eso es imposible.

—¿Imposible? —Levantó una ceja. —Recuerda que he visto los balances del banco. Seguramente podréis sacarlo de algún sitio. —Él

iba a

decir algo, pero le interrumpió. —Y si no me los dais… Si se os ocurre negaros, va a ser muy divertido. —Sonrió maliciosa. —Sobre todo porque tengo copia de ciertos mails que enviaron a Cristine. —La sorpresa en su rostro fue una satisfacción enorme. —¿Crees que eso sería un móvil para un intento de homicidio?

—Eso no tiene nada que ver y lo sabes.

—Puede, ¿pero quién sabe? Cierto abogado de gran reputación y con fama de tiburón se ha puesto en contacto conmigo. Yo no he hablado con él de todo esto, por supuesto, pero puede que lo haga. ¿Qué crees que opinará él?

—Al parecer Cristine ahora te importa muy poco.

—Tanto como yo a ella —dijo con rabia—. ¡Tanto como me importas tú y tu puta familia!

Bolton apretó los labios. —A mi tía jamás se le pasaría por la cabeza hacerte daño. ¡Ha sido el trauma del accidente que te ha hecho imaginar cosas!

—¡No pensaba que fueras tan idiota! ¡Intentó matarme! ¡Y no fue la primera vez!

Parecía que le estaba dando la sorpresa de su vida. —¿Qué estás diciendo?

—¡La noche antes lo hizo al salir de casa de mi abuela! ¿Crees que habrá imágenes de eso? —gritó sin darse cuenta—. ¡Incluso era el mismo coche! —Bolton apretó los puños y se echó a reír apretándose el costado.

—¿Qué ocurre? ¿Quieres rematarme?

—Jamás te haría daño.

El desprecio de su rostro lo dijo todo —Vete de mi vista. Vete a darle el mensaje como el perro que eres.

Bolton palideció por sus palabras. —Entonces no habrá acuerdo.

—Estupendo, nos veremos en los tribunales. Si tu tía cree que va a irse de rositas después de haberme destrozado y después de lo que me hicisteis con el trasplante está muy equivocada. Puede que la fiscalía haya hecho la vista gorda igual que la policía por lo que fue un accidente, ¿pero qué crees que dirá la presa cuando la hija abandonada en el hospital cuente todo lo que ocurrió desde mi nacimiento? Porque eso la prensa no lo sabe,

¿verdad?

—¡Ella no quiso abandonarte!

—¿Estás seguro de eso? —preguntó divertida

—¡Ante mí acusó a su marido de esa decisión y él no lo negó! ¡Ella se puso de tu parte para no perder a Cristine! Por eso no entiendo…

—Lo que hizo después. Eres tan estúpido… Malditos niños mimados. —Miró al frente. —La culpa es mía, claro… ¿Quién me manda a mi entrar en vuestras vidas? Aunque yo no entré, ¿no es cierto? Me obligaste tú. —Le fulminó con la mirada. —Por eso quiero cien millones.

—Nena, eso no va a pasar. ¿Y quieres explicarte de una maldita vez?

—¿Sabes que hay cierta enfermera que estaba en mi nacimiento que me ha hecho una visita? —A Bolton se le cortó el aliento. —Había leído mi historia en el periódico y vino a contarme algo que puede que yo no supiera.

La señora Drachen vino a recogernos con su marido el día de nuestro nacimiento. Lo recordaba perfectamente porque fue la primera vez que veía un cochecito para gemelos tan hermoso. Les encerraron en una habitación y esperaron. Pero hubo complicaciones y cuando el médico fue a verles les escuchó hablar a través de la puerta abierta cuando este les dejó solos. Fue ella la que convenció a su marido de que no debían cargar conmigo. Que ya habían perdido tres niños antes de nacer y que al menos así tenía a una. Al cabo de unas horas y después de unas lagrimitas de su mujer le dio la razón.

¡Así que tu tío dijo a la asistente social que no iba a dejar que su esposa pasara por eso de nuevo, pero la idea fue suya!

—Pero si le llamó mezquino, que…

—La enfermera está dispuesta a declarar —dijo cortante—. Ahora vete de aquí.

Bolton entrecerró los ojos. —Sé que estás enfadada, dolida y que tienes que sentirte hecha polvo, pero…

—No. No has dado ni una. —Le miró con odio. —Me duele cada músculo del cuerpo, siento que me gustaría arrancarme las entrañas por el dolor que me traspasa continuamente la espalda mientras no siento las piernas. ¡Piernas que no van a servirme de nada porque tendré que ir en silla de ruedas el resto de mi vida! Me han desfigurado la cara y me han quitado a mi hermana, aunque eso casi me alivia porque es evidente que no merecía la pena. Ninguno de vosotros merece la pena. Así que no, no estoy enfadada. Estoy cabreadísima y pienso llevarme a los Drachen por delante.

A todos.

Él dio un paso hacia la cama. —¿Incluido yo?

Sonrió. —Incluido tú, cielo. Diré que tú eras conocedor de los tejemanejes de Cristine en la empresa. Tú la supervisabas, todo el mundo lo sabe. ¿Crees que alguien declarará lo contrario?

—¿Me odias?

Perdió la sonrisa poco a poco. —Con toda el alma.

—Todo es culpa mía, ¿no es cierto? Vamos, nena.... Dilo.

—No sé de qué me hablas.

—Yo te dejé sola en aquel hospital. Te prometí que todo iría bien y casi te mueres. Yo debí haber sabido lo que estaba ocurriendo con mi tía y no me di cuenta. No te protegí, ¿no es cierto? ¡Todo es culpa mía!

Los ojos de Gina se llenaron de lágrimas por la rabia que la recorrió.

—No sé de qué hablas.

—¡Te traté mal, te desprecié y te humillé al no querer acostarme contigo! ¡Al decirte que no eras más que una empleada! ¡Dilo!

—¡Vete a la mierda! ¡Quiero que salgas de mi habitación!

—¡Te hice daño de todas las maneras posibles! ¿Me odias?

—¡Sí, porque dijiste que estarías a mi lado y me has vuelto a fallar!

—gritó desgarrada.

Bolton palideció. —Lo oíste. Me oíste cuando estabas debajo del coche. —Volvió la cara para que no viera sus lágrimas. —Lo siento, nena.

La policía no me dejaba estar a tu lado y cuando…

—Quiero que te vayas.

Inquieta buscó el botón para llamar a la enfermera, pero tenía los ojos tan nublados por las lágrimas que no lo veía. Cuando rozó el botón él se sentó en la cama y apartó su mano con delicadeza reteniéndola. —Te vas a hacer daño.

—Vete.

Él se quedó en silencio y miró su mano. La volvió con cuidado para ver una pequeña cicatriz en la palma. —Dije que no volvería a fallarte… —

susurró—. Lo sé. Y te aseguro que cada maldito día que ha pasado desde que estás aquí, me torturo pensando que no podía acercarme por mi maldito apellido. —La miró a los ojos. —Has acusado a mi tía de algo muy grave.

Son mi familia, cuentan conmigo.

—Y yo soy alguien a quien podéis pisotear. —Apartó su mano furiosa. —Pues te juro que eso no va a volver a pasar. Vete de mi habitación o me pongo a gritar pidiendo ayuda.

Bolton apretó los labios. —Veinte millones.

—Cien.

—Treinta es la última oferta. Estás haciendo una propuesta imposible porque solo quieres vengarte.

—Exacto. Mi venganza. Ya es hora de que me la tome.

—¿Y Cristine?

—¿Quién? —preguntó cínica.

—Tu hermana…

—Yo no tengo hermanas.

—Sí que la tienes. Y estaba ahí fuera llorando por ti pensando que te morías. ¿En serio querías que se pusiera de tu parte? ¡Es su madre! ¡Temía por ella!

—¿Después de lo que esa zorra me ha hecho, se ha puesto de su parte? Bien, ha elegido, así que por mí como si se muere. Como si os morís todos —dijo con ganas de sangre.

Bolton se tensó. —Nena, no sé qué se te está pasando por la cabeza, pero no hagas locuras.

—¿Locuras? Yo solo quiero mis cien millones —dijo como si nada.

—No va a haber acuerdo.

—¿No? —preguntó como si le importara muy poco.

Él miró sus ojos durante unos segundos y suspiró. —Me vas a obligar a tomar medidas.

—Claro que sí. —Se echó a reír. —Tú eres capaz de todo, eso ya ha quedado muy claro. —Tocó el botón de llamada de la enfermera antes de que pudiera impedirlo. —Adiós Bolton. Espero no volver a verte.

—No vas a tener esa suerte. —Fue hasta la puerta y la abrió. —

Descansa, preciosa. Hablaremos tan pronto como pueda para hacerte entrar en razón.

Gruñó como si su visita le molestara muchísimo y él sonrió antes de alejarse. Había dejado la puerta abierta y gruñó de nuevo, pero en ese momento llegó la enfermera. —¿Algo para el dolor no tendrá por ahí? La espalda me está matando.

Capítulo 12

Tres días después la puerta se abrió y su abuela asomó la cabeza forzando una sonrisa. —Ah, estás despierta. Uy, que bien, te han elevado un poco.

Asintió sonriendo. —Sí, me han dicho que las pruebas lo permiten, aunque aún tengo que llevar el collarín. Y ya he desayunado, me han lavado y me acaban de poner la medicación, así que estoy chutada para un rato.

—Estupendo. —Dejó una bolsa en la silla y se quitó el abrigo. —

Esta mañana hacía fresco al salir de casa.

—En nada de tiempo llegarán las Navidades. Las primeras juntas.

Su abuela sonrió divertida. —Aún quedan cuatro meses. Tienes que recuperarte para entonces e iremos a la fiesta de mi parroquia. Ya verás, te va a encantar. Y hay muchos solteros disponibles.

Sonrió porque era evidente que quería animarla. —Y haremos pavo.

—Un pavo bien grande.

En ese momento se abrió la puerta y atónita vio que Bolton entraba sin pedir permiso siquiera. —Buenos días. ¿Cómo estamos hoy? —La cara de pasmo de las dos provocaron que hiciera una mueca. —¿No me esperabais?

—¿Qué coño haces aquí?

—Niña, esa boca… —La abuela se cruzó de brazos. —¿Qué coño haces tú aquí?

La miró asombrada. —Ah, que me faltaba el pronombre.

—Hay que ser exacta.

Bolton reprimió una sonrisa. —Vengo a ver a Gina. —Como si nada se acercó a los pies de la cama.

—¿Vienes a decirme que han aceptado mi oferta?

Él rio. —Sí, claro. Espera sentada.

—Muy gracioso —dijo entre dientes—. ¿Entonces a qué vienes?

¡No quiero ni verte! ¿No te ha quedado claro?

—Sí, clarísimo. Pero he pensado que querrías conocer todos los detalles de lo ocurrido porque creo que has olvidado ciertas cosas. Nena, te dejas influir por el rencor que tienes a mi familia.

—¿No te incluyes? —preguntó irónica.

—Venga, no disimules. Estás loca por mí.

Gina no salía de su asombro. —¿Estás loco?

—Cuando me besaste…

—¿Le besaste?

Se sonrojó. —Fue un beso de nada, abuela.

—Bien que lo disfrutaste —dijo él quitándose el abrigo negro que llevaba sobre su traje azul.

—¿Lo disfrutaste?

—¡Abuela!

—¿Cómo no me he enterado de esto?

—¿Ocultas secretillos, nena?

—¡Cierra el pico!

—Es que si no hablo no vas a recordar cierto detalle de lo más importante para el futuro de todos.

—¿No me digas? —preguntó con ganas de arrearle. Qué pena que estuviera escayolada—. ¿Qué detalle?

Él sonrió como el gato que comió el ratón y mosqueada entrecerró los ojos esperando lo que venía ahora. —Preciosa, qué memoria tienes.

Pero te perdono porque has estado a punto de morir. —Metió la mano en el

bolsillo interno del traje y sacó un sobre para tirarlo sobre sus piernas. —Te van a encantar.

A toda prisa abrió el sobre y sin entender nada vio a Cristine de la mano de Bolton. Pasó la foto mientras su abuela estiraba el cuello para ver qué era. En la siguiente foto estaban en una piscina tomando cócteles. Se sonreían el uno al otro de una manera que no le gustó nada. —¿Pruebas de que tienes una relación con Cristine? —Levantó la vista hasta sus ojos y parecía de lo más satisfecho. —Así que Gregory tenía razón.

—No, no dio ni una. Sigue mirando. Estoy deseando verte la cara.

Pasó la foto hacia atrás y chasqueó la lengua al verlos en una cena de lo más romántica. Había hasta velas y rosas. —Qué típico. —Tenía ganas de gritar, pero ese imbécil había quedado atrás, así que no iba a dejar que la afectara. La siguiente foto eran ellos dándose un beso con una puesta de sol detrás. Increíble.

—Sigue, sigue —dijo su abuela con los ojos como platos.

Chasqueó la lengua y ambas dejaron caer la mandíbula del asombro porque los dos muy elegantes estaban ante lo que parecía un cura. Bolton cogía la mano de Cristine poniéndole el anillo en el dedo. —¿Te has casado con mi hermana? —Su chillido se escuchó en toda la planta.

—Cielo, esa no es Cristine —dijo la abuela sin salir de su asombro.

Señaló la foto mostrándole la muñeca de su hermana—. Eres tú.

—¿Pero qué? —Sin poder creérselo acercó más la foto para ver su tatuaje. ¿Qué diablos estaba pasando allí? ¿Estaba en otra dimensión? A no ser… Levantó de nuevo la vista hasta él. —¿Qué has hecho, Bolton?

—¿Qué hemos hecho, preciosa? —Le guiñó un ojo. —¿No recuerdas nuestra boda?

—¡Esta no soy yo!

—¿Y quién es?

—No juegues conmigo. —Le tiró las fotos a la cara y él hizo una mueca.

—Es muy sencillo. Nos conocimos cuando apareciste en mi empresa para una entrevista de trabajo. Yo quedé impactado, por supuesto, pero no le dije nada a Cristine porque mi prima no sabía nada de su adopción. O al menos eso pensaba yo. ¿Pero qué ocurrió? Pues lo inevitable, tú y yo nos enamoramos. En un viaje a las Vegas apenas unas semanas después dimos rienda suelta a nuestros sentimientos y nos casamos, pero al regresar a Nueva york decidimos mantener la boca cerrada de momento para no buscar conflictos. Queríamos vivir nuestro amor solos durante un tiempo.

—¿Has perdido un tornillo?

—Espera que viene lo mejor, corazoncito.

—Capullo.

—Cristine empeora de su enfermedad y al enterarte tú le donaste el riñón.

—¿Y me dejaste tirada en el hospital? ¡Ya se nota lo que me querías!

—Tú dijiste que me fuera, ¿no lo recuerdas? Mi tío no estaba cómodo con tu presencia después de abandonarte cuando eras un bebé y para evitar tensiones futuras decidimos que me callara que eras mi mujer.

Ya me encargaría yo de suavizar las cosas entre todos para que te aceptaran.

—¿Qué sentido tiene esta charada, Bolton?

—No seas impaciente.

—Pero la cosa no mejoraba —dijo la abuela intrigada.

—¡Abuela, no le animes!

—Antonella vas muy bien.

La abuela sonrió encantada y Gina puso los ojos en blanco. —Acaba de una vez.

—Pero por cierta conversación Cristine se enteró de que existías y quiso conocerte. Ahí decidimos decirlo a la familia, pero no reaccionaron

nada bien y la relación era muy tensa. Cristine quiso encontrarse a sí misma y cambiar de vida rompiendo su compromiso, así que te culparon a ti. Yo insistí en que trabajaras conmigo, pero debido a la prensa y a que no sabíamos muy bien cómo canalizar los rumores,

seguimos manteniendo en secreto nuestro matrimonio para el resto del mundo. Toda esa tensión y el trabajo nos pasó factura.

—Claro, no hay matrimonio que resista tantas complicaciones —

dijo la abuela apenada.

—Esa noche discutimos en casa de tu hermana y te fuiste. Fue una desgracia lo que ocurrió y yo estaba de los nervios sin saber muy bien qué decirle a la policía porque verían raro que nadie supiera nuestro matrimonio. Así que cuando llegó la policía no dije que eras mi mujer. Si la prensa se enteraba de que me había casado con la gemela de mi prima y que estaba en el hospital después de haber sido atropellada, se frotarían las manos del gusto. Y no podía confiar en que la policía no lo filtrara. Ya que solo lo sabía la familia, decidí mantener la boca cerrada. Creía que lo entenderías.

—¿Creíste que lo entendería?

—Claro que sí. Si tienes algo es que eres muy comprensiva conmigo porque me quieres muchísimo. Pero para mi pesar en este caso me equivoqué porque creíste que me ponía de su parte. —Cuando le miró con

todo el odio del que era capaz hizo una mueca. —Volviendo al accidente, creíste ver a mi tía porque pensabas que te odiaba. Fue tu mente que te jugó una mala pasada, preciosa. Una confusión lógica después de lo que ha ocurrido a lo largo de las últimas semanas, aunque mi tía no mataría a una mosca.

—¿En serio piensas que alguien se va a creer algo así? —Incrédula miró a su abuela que entrecerraba los ojos pensativa. —¡Abuela! ¡No estamos casados!

Su abuela enderezó la espalda. —Cierto. Aunque es muy guapo.

Decidió ignorarla. —Largo de mi habitación —siseó.

—Tú sigues convencida de que Meredith quería matarte y llevo desde el accidente intentando convencerte de que eso no es así, pero te niegas a verme después de que la policía dijera que no era sospechoso. Lo mío me ha costado que me permitieras visitarte. Eso no se le hace a un marido.

—Largo. —Señaló la puerta y le dio un tirón en el cuello haciéndola gemir.

—Nena, ¿estás bien?

—Púdrete.

—¿A dónde quieres llegar con esto? —preguntó la abuela sin entender nada.

—Bueno, estás desarrollando un trastorno paranoico y… —Sacó un papel del bolsillo. —El juez te ha inhabilitado.

Dejó caer la mandíbula del asombro mientras su abuela le arrebataba el papel leyéndolo a toda prisa. —No entiendo nada.

—Dios mío, el siquiatra que vino ayer —susurró impresionada—.

Dijo que era una revisión para asegurarse de que el accidente no me había causado un trauma.

Bolton sonrió. —Una evaluación muy provechosa.

—¡Serás cabrón!

—Nena, ¿necesitas un calmante?

—Te voy a…

—Ese papel me da la potestad de tomar todas las decisiones por ti.

Así que nada de demandas, nada de venganzas, y ahora a recuperarse. Por cierto, te van a trasladar a una clínica de rehabilitación que tiene una reputación buenísima.

Gina chilló de la rabia y Bolton hizo una mueca mientras la enfermera entraba corriendo cogiéndola por las muñecas para que no se

quitara las vías. —¡Esos papeles no te servirán de nada! ¡Te voy a destripar!

¡Me cargaré a todos los Drachen! ¡Quemaré el maldito banco!

Bolton sonrió levantando sus cejas morenas mientras su abuela intentaba calmarla. —Cielo, pareces una loca.

Chilló de la rabia de nuevo y otra enfermera llegó corriendo. —

Átala, se está haciendo daño —ordenó la nueva.

Con los ojos como platos gritó —¿Que me ate? ¿Como si fuera una loca?

—Nena, tranquilízate.

—¡Qué te den, imbécil! ¡Quiero el divorcio!

—Ya hablaremos de eso.

—¡Cuando pille a mi hermana! ¡Menuda traidora! ¡Sois todos unos cerdos! Os odio. —Tiró de las correas de sus muñecas antes de fulminarle con la mirada. —¡Diles que me suelten!

—Cuando te calmes —dijo muy serio—. Te estás haciendo daño.

Frustrada se dejó caer sobre las almohadas apretando los labios de dolor por las cicatrices de la cabeza. Sus ojos se llenaron de lágrimas de la impotencia. Aquello no podía estar pasando. De repente Bolton

apareció sobre ella y puso las manos a ambos lados de su cuerpo suspirando. —

Nena, sé que lo estás pasando muy mal pero todo eso va a cambiar. Te lo prometo.

—Muérete.

Apretó los labios viendo como las lágrimas corrían por sus sienes antes de mirar a la enfermera que le estaba inyectando algo en el gotero de la medicación. —Ahora te encontrarás mejor. —Se miraron a los ojos durante un rato y él se sentó a su lado mientras su abuela se dejaba caer en la silla sin dejar de observarles. Los ojos de Gina quisieron cerrarse. Le pesaban muchísimo y no era capaz de mantenerlos abiertos. —Duerme, nena. Todo irá bien, te lo prometo.

Nada iría bien. Nada había ido bien desde hace tanto tiempo que ni lo recordaba, pero solo quería olvidarlo todo y sumergirse en la oscuridad, así que se dejó llevar.

—No le hagáis más daño, por favor —suplicó su abuela angustiada

—. Dejadla en paz y os prometo que haré lo que sea para irnos. No nos veréis nunca más.

Bolton apretó las mandíbulas viendo el rostro ahora relajado de Gina, aunque las lágrimas y el dolor seguían allí. Y sus cicatrices no curarían fácilmente. —Te aconsejo que vayas a hacer el equipaje —dijo levantándose—. Mañana será trasladada.

—¿A dónde? —Sorprendida se levantó. —No puedes…

—¿No lo acabas de oír? Puedo hacer lo que quiera. Soy su marido.

—¡Eso es mentira! No sé por qué Cristine te ha ayudado, pero…

—¿Me ha ayudado? —Fue hasta la puerta. —No sé de qué me hablas. Tengo un certificado de matrimonio que demuestra que es mi mujer.

Puedo hacer lo que considere necesario por el bien de mi esposa y eso es lo que voy a hacer. Si quieres ir con ella debes estar aquí a las ocho de la mañana. No te retrases.

—¡Claro que estaré aquí! ¡No pienso dejarla sola!

—Perfecto.

Iba a salir de la habitación cuando Antonella preguntó —¿A dónde la llevas?

—Al lugar adecuado.

Antonella vio el edificio blanco por la ventanilla de la ambulancia que trasladaba a su niña. Al ver salir a un hombre en una silla de ruedas eléctrica gimió. —Dios mío… Esto no le va a gustar nada.

—Es el mejor centro de rehabilitación del país —dijo el conductor antes de salir.

Al bajar de la ambulancia vio que un Jaguar se detenía a su lado y que Bolton salía de él a toda prisa para acercarse a las puertas traseras que ya estaban abiertas. —¿Está despierta?

—No, todavía no, señor Drachen —dijo uno de los enfermeros—. El sedante de esta mañana la ha dejado KO.

—Bolton, ¿Los Ángeles? ¿Estamos lo bastante lejos de tu familia?

—Lo suficiente —dijo como si nada sin dejar de vigilar como bajaban la camilla y al bajar las ruedas esta dio un bote—. ¡Cuidado!

En ese momento un hombre con bata salió del edificio y extendió la mano. —¿Señor Drachen? Soy el doctor Dawson, el director del

centro.

Bienvenidos a Madison.

—¿Su habitación está lista?

—Por supuesto, una suite con todo lo que pueda necesitar. —Miró a la paciente. —He estudiado los informes, pero quiero repetirle las pruebas.

—Debo advertirle que cuando se enteró esta mañana de que la trasladábamos no se lo tomó muy bien y no sabe a dónde la he traído porque no quiso escucharme.

—¿Por eso está sedada?

—Exacto. Ella es Antonella Rizzo, la abuela de mi esposa.

—Mucho gusto. —Al ver su bolsa de viaje frunció el ceño. —No entiendo, ¿va a quedarse aquí?

—No, la abuela de Gina irá a una casa que he alquilado a un kilómetro de aquí. Se le dará acceso siempre que quiera, ya sea día o noche,

¿me ha entendido?

—Por supuesto, señor Drachen. —Siguieron a la camilla porque dos enfermeros del centro se hicieron cargo de su esposa. —Como verá, señora Rizzo, este no es un centro como los demás. Intentamos que nuestros pacientes se sientan lo más en casa posible.

Efectivamente al entrar no era el típico hospital. Era un hall como los de una casa rica con una mesa en el centro llena de rosas blancas y cuadros de jardines en sus paredes. Gina abrió los ojos y vio una gran lámpara de cristales que relucían con los rayos del sol. Creyendo que estaba soñando susurró —Hermosa.

—Oh, ya está con nosotros. —Uno de los enfermeros le dio una hoja al doctor. —Veo que le toca la medicación del dolor. Enseguida se la suministrarán.

Gina volvió la cabeza para ver a su abuela que sonrió y le guiñó un ojo. —¿Dónde estamos? —preguntó confundida. Vio un ángel regordete en una pared que tenía molduras doradas. Parecía un hotel.

—Será tu residencia los próximos meses —dijo su supuesto marido tras ella, pero no podía verle—. Hasta que te repongas.

—¿Bolton?

—Sí, nena. Soy yo. Estoy aquí.

Sin entender lo que estaba pasando miró a su alrededor lo que el collarín le permitía. Al ver un hombre vestido de blanco que caminaba adelantando a la camilla se asustó. —¿Es un loquero? ¿Estoy en un loquero? —preguntó poniéndose nerviosa.

—Por supuesto que no —dijo su médico con una sonrisa en los labios.

No se creyó ni una palabra. —¡Abuela, sácame de aquí!

—No puedo, cielo.

Al escuchar la angustia en su voz se alteró. —¡Quiero volver a casa!

—Deténganse un momento. —La orden de Bolton se cumplió de inmediato y apareció a su lado. Él apretó los labios. —Nena, estás en un centro de rehabilitación, como te dije. Aquí tratarán tus lesiones los mejores y te pondrás bien.

Al ver al médico sonreír asintiendo increíblemente le creyó y no entendió por qué se empeñaba en llevarla allí. Al ver que no

protestaba Bolton asintió y empujaron su camilla de nuevo hasta un ascensor.

—¿Sabes? Estamos en Los Ángeles —dijo su abuela forzando una sonrisa—. Siempre he querido venir aquí y ver las estrellas de cine.

—Los Ángeles —susurró. Ahora lo entendía. La había llevado allí para alejarla todo lo posible de su hermana, aunque había perdido el tiempo porque Cristine ya había salido de su vida y esa vez para siempre después de todo lo que había hecho.

Tumbada en una cama que parecía de verdad pues tenía un lujoso cabecero de madera labrada, observaba como Bolton ante ella escuchaba las indicaciones del médico. Él asintió muy serio al igual que su abuela. Una muchacha muy rubia se puso a su lado sobresaltándola y sonrió mostrando su aparato dental. —Soy Margaret, su enfermera de día.

—Yo soy Gina. —Forzó una sonrisa.

—Voy a comprobar cómo están sus cicatrices, ¿le parece bien?

Miró a su abuela que asintió y dijo porque no tenía otro remedio —

Está bien.

La chica puso un carrito a su lado y el doctor se puso ante la cama observándola muy serio. —¿Doctor?

—Quítale los apósitos de la cara.

Eficientemente empezó a despegar el esparadrapo que tenía en la mejilla y Bolton se tensó al ver los cinco puntos. —Están muy bien, ¿sabe?

—Los ojos azules de la chica brillaron como si fuera una noticia estupenda.

—¿No me digas? —preguntó irónica.

La habitación se quedó en silencio y la chica cerró la boca para quitar el apósito que tenía encima de la mejilla. El doctor que la había atendido en el hospital le había dicho que un milímetro más arriba y el golpe la hubiera matado al darle en la sien, pero al parecer era afortunada.

Margaret quitó el último apósito de su rostro en su frente en el mismo lado donde su cara había impactado con el parabrisas. Siete puntos más. No se había visto pero se lo imaginaba. Un auténtico horror. Levantó la vista hasta Bolton que agachó la mirada. Esa reacción solo confirmó su suposición al igual que los ojos llenos de lágrimas de su abuela y sintió que su corazón se retorcía de dolor. Jamás sería la misma y todo por culpa de esa zorra. —

¿Tienes que estar aquí? —le espetó rabiosa.

—Ahora la cabeza.

—¡No! ¡Quiero que se vaya!

Bolton la retó con la mirada. —Margaret, estamos esperando.

—Serás cerdo… —dijo con ganas de gritar.

El doctor carraspeó. —Continúa Margaret.

La enfermera empezó a quitarle el vendaje de la cabeza y sin poder soportar aquella situación agachó la mirada hacia sus manos. Se las apretó mientras Margaret apartaba la venda dejándola caer sobre una bandeja de acero. —¿Puede inclinar la cabeza hacia adelante?

—El collarín no me deja —susurró.

—Oh, disculpe. No me he dado cuenta.

—Déjame ver —dijo el doctor poniéndose al otro lado de la cama

—. Están muy bien. ¿Empiezan a picar?

—No —dijo en voz baja odiando estar así.

Le dio un par de palmaditas en el hombro. —Esta tarde le haremos unas pruebas, señora Drachen.

Fue como una cuchillada y le fulminó con la mirada. —Me llamo Gina Beringer.

El doctor carraspeó mirando de reojo a Bolton. —Entiendo.

—Cielo, no te pongas rebelde. Doctor, ¿hablamos fuera?

El hombre asintió antes de salir de la habitación y su abuela forzó una sonrisa.

—Horrible, ¿no?

—Cuando te crezca el pelo no se notará nada.

—Claro, como no se me va a ver la cara…

—No será para tanto, ya verás. Ya oíste al cirujano, te hicieron unos puntos estéticos que casi ni se notan.

—Seguro. Quedaré como nueva. ¿Y dónde está mi medicación? —

preguntó molesta.

—Enseguida se la pongo, señora…

Gina la miró como si quisiera matarla. —Señorita Beringer.

Capítulo 13

Aunque ya podía estar un poco reclinada le dolían demasiado los brazos después de elevar el libro cinco minutos para ver mejor por

culpa del collarín, así que lo dejó a un lado antes de palpar sobre la mesilla de noche para coger el mando de la televisión. Por lo menos se entretendría con algo.

Al cabo de diez minutos de innumerables canales encontró un documental sobre Egipto. Levantó la mano hasta su vendaje en la cabeza y se dio cuenta de que la venda era mucho más ligera. Suspiró llevándose la mano a la cara y tocó suavemente los apósitos. La puerta se abrió de golpe y bajó la mano de inmediato parpadeando cuando Bolton cerró y la miró fijamente. Se había cambiado de ropa y llevaba un polo azul y unos vaqueros. Jamás le había visto de sport y se quedó de piedra la verdad porque estaba muy atractivo. Entrecerró los ojos por hacia donde se dirigían sus pensamientos.

—¿Qué haces aquí? —le espetó—. ¿Y mi abuela?

—Descansando. Lleva una temporada un poco dura y le he pedido un masaje.

—¿Un masaje?

—¿Estás cómoda?

—¿Cuándo te vas?

Él sonrió. —¿Tienes ganas de perderme de vista?

—No sabes cuanto… —dijo entre dientes.

—De momento no me voy. Quiero comprobar que tienes lo que necesitas.

—¿A qué viene esto? —Se sentó en la cama a su lado. —Ahí tienes una silla y un sillón junto a la ventana.

—Es para que no tengas que mover la cabeza a un lado.

—Qué considerado. —Levantó una ceja. —¿Dónde está mi abuela?

—¿Crees que la he secuestrado y que la tengo encerrada en algún sitio?

—De vosotros ya me espero cualquier cosa —dijo con rencor.

—No puedo decir que no lo merezcamos.

Gina se quedó en silencio varios segundos e incómoda le miró de reojo. —¿Te vas?

Él suspiró llevando su mano atrás y sacó un móvil. —La contraseña son cuatro ceros. Tu abuela me ha dicho que perdiste tu móvil en el accidente.

—¡No fue un accidente! ¡Tu tía intentó matarme!

—¿Quieres dejar de decir eso? —Se le cortó el aliento porque estaba totalmente convencido de que su tía era inocente, solo había que verle la cara. Esa zorra había cubierto muy bien sus pasos, de eso no había duda. —

No por repetirlo una y otra vez van a cambiar las cosas, nena. Deja de pensar en ella.

La impotencia removió algo en ella y sus ojos se llenaron de lágrimas. —No va a pagar lo que me ha hecho, ¿verdad? Jamás consentirías que le ocurriera nada.

Apretó los labios. —Debemos protegerla —dijo muy serio—. Pero ante todo tenemos que proteger el banco.

—Claro, el banco.

—Mi familia ha luchado durante generaciones hasta llegar aquí —

dijo muy tenso.

—Pues es una pena que no hubiera muerto, así mantendría la boca cerrada y se hubieran acabado todos vuestros problemas.

—Joder, no digas eso.

—Estoy cansada, quiero dormir.

Cerró los ojos y él apretó los labios al ver sus pestañas humedecidas por las lágrimas. —Gina, te has pasado dormida casi dos días.

Le fulminó con la mirada. —¡Me duele todo!

—Te han puesto la medicación hace poco. Lo he preguntado.

—¡No quiero verte la cara! ¡Cómo tengo que decírtelo! ¡Dejadme en paz! —Entonces recordó algo. —Ese matrimonio no será legal, ¿no? En realidad, no estamos casados.

—Estamos muy casados.

Le miró con todo el odio del que era capaz. —Si pudiera… ¡Ese certificado es falso!

—Falso, falso… Admito que tuve que soltar una propina para que se ajustara la fecha a mis necesidades cronológicas y la historia encajara, pero todo lo demás es de lo más legal. —Sonrió con descaro. —Fue una boda preciosa. Tengo un video, ¿sabes?

—Métetelo por el…

—Eh, eh… Ahora eres una Drachen, debes guardar las formas.

—¡Cabrón!

Bolton sonrió. —¿Quieres ver una película? Tienes canales de pago,

¿sabes?

Si no lo acabara de oír no lo creería. —¿Qué has dicho?

—¿No? —Cogió el mando de la tele. —Seguro que encontramos algo que nos guste a los dos.

Le miró como si fuera un marciano mientras él como si nada se levantaba, cogía la silla y la ponía a su lado para tener la tele de frente. —

¿Clásico o moderno?

—Mira a ver si echan Psicosis.

—No, no creo que la echen.

—¿La matanza de Texas?

Bolton reprimió la risa. —¿Se lo que hicisteis el último verano?

¿Scream?

—Esas no las he visto. Búscalas —dijo con ganas de sangre.

—Creo que algo más relajado y con menos asesinatos es lo que necesitas.

—La semilla del diablo.

Bolton se echó a reír a carcajadas y algo se encogió en su estómago sin darse cuenta. Molesta consigo misma gruñó. Sin dejar de reír en la pantalla apareció el canal de cine y mostró un montón de películas. —

¿Cómo has hecho eso?

—Nena, es una televisión con conexión a internet. —Le mostró el mando. —¿Ves? Aquí tienes el menú.

—Ah. —Intentó arrebatarle el mando, pero él apartó la mano. —No, la elijo yo.

—Pero que no canten —dijo a toda prisa—. Odio Mary Poppins, se ponen a cantar cada cinco minutos.

—Madre mía, te aseguro que yo tampoco lo soportaría.

Suspiró mirando la pantalla y vio que pasaba de una a otra sin detenerse en ninguna. Cuando Gina vio el título de una dijo —¡Esa!

—¿Seguro?

—Tolkien. ¿Trata sobre él? —preguntó interesadísima.

—Supongo.

—Me encanta el señor de los anillos. —Sus ojos brillaron. —Y el hobbit. Era un genio.

—Pues vamos a ver cómo era el genio. —Le dio al play, se puso cómodo estirando las piernas y las cruzó por los tobillos.

—¿Has leído los libros?

—He visto las películas. —Sonrió de medio lado. —¿Y tú?

—Claro. ¿Quién no las ha visto? Pero yo me lo había imaginado de otra manera. Aunque están bien. Tienen una fotografía maravillosa.

—¿Has visto Avatar?

Separó los labios. —Me encanta esa película. La he visto tres veces.

—En el cine.

—Sí. —Miró la pantalla mientras él la observaba.

—Así que vas al cine a menudo.

—Shusss, que empieza.

Bolton sonrió mirando la pantalla. Al cabo de veinte minutos miró hacia ella y levantó las cejas al ver que se había dormido. —Sí, nena… A mí tampoco me estaba gustando demasiado —susurró. Apagó la tele y se levantó en silencio observándola. Gina se sobresaltó soltando un gemido de dolor, pero no se llegó a despertar. Juró por lo bajo y salió de la habitación furioso hasta el control de enfermería. La muchacha que estaba tras el mostrador sonrió. —¡Quiero ver al doctor de inmediato! ¡Mi mujer tiene dolores!

La chica perdió la sonrisa de golpe. —Enseguida le llamo, señor Drachen.

—Así que estás cómoda. —Forzó una sonrisa mientras su abuela se reía.

—¿Cómoda? Jamás en la vida he vivido mejor. —Se apartó para que la auxiliar le pusiera la sábana por encima después de cambiar la cama.

—Si hasta tengo chófer para venir al hospital. Oh, tenías que ver la casa…

Tiene una escalerita que baja a la playa.

—Qué bien.

—Y Bolton me ha dicho que un día de estos me llevará a conocer la ciudad. Estoy de vacaciones por primera vez en mi vida.

Sonrió esta vez sinceramente porque estaba emocionada y no dejaba de hablar entusiasmada. —Y tenemos hasta cocinera. Se llama Hillary y tiene cuatro hijos. Ayer nos hizo para cenar cordón bleu. Jamás había visto un plato tan decorado y estaba delicioso.

—Me alegro de que estés tan bien.

Cogió su mano sentándose en el sillón que esa mañana habían llevado hasta su habitación. —Lo sé. Tienes un corazón enorme.

—¿Y qué tal el masaje?

—Una maravilla. Bolton es muy observador, ¿sabes? Me llevé la mano a los riñones un par de veces y cuando salí de mi habitación después de ordenar mis cosas estaba dispuesta a volver aquí, por supuesto. Pero se negó en redondo y de repente llamaron a la puerta. Un hombre guapísimo con una camilla portátil estaba allí y qué manos tiene, niña… Me hubiera

enamorado si no le llevara treinta y cinco años. —Apretó su mano. —Pero no hablemos de mí. ¿Qué tal te encuentras?

—Me duele mucho menos.

—Cuanto me alegro. Ya verás como en unas semanas todo esto solo será una terrible pesadilla.

Desgraciadamente las pesadillas se olvidaban en cuanto uno se despertaba y ella lo recordaría cada maldito día de su vida al mirarse al espejo. En ese momento llamaron a la puerta y entró su médico con un enfermero. —Hora de hacer un viajecito. Vamos a hacer unas pruebas.

—¿Más? —preguntó exasperada.

—Las que se le hicieron ayer por la tarde fueron preliminares. Hoy va a tener un día más exhaustivo.

Bolton entró en ese momento vestido de traje. —Buenos días, nena.

—¡Qué te den!

Él sonrió. —Veo que estás de muy buen humor.

El doctor reprimió la risa. —Sí, se nota que está más despejada. ¿Ha dormido bien?

Gruñó sin molestarse en contestar.

—Niña, contesta a la pregunta —la regañó su abuela sonrojándola.

—Sí —dijo entre dientes mirando de reojo a Bolton que le guiñó un ojo a la abuela—. He dormido mucho mejor.

—Perfecto. Veo que el cambio de medicación le ha venido bien.

El enfermero sacó unas asas de la parte baja de la cama y pulsó algo con el pie para moverla. Preocupada se mordió el labio inferior y Bolton frunció el ceño. —¿Me permiten un momento antes de llevársela?

Salieron en silencio y Bolton se sentó a su lado en la cama para mirarla a los ojos. —¿Qué? ¿Ya te vas? ¿No me digas que vienes a despedirte? Adiós y no vuelvas.

—No me voy a ir de momento y sé que te hacen daño, pero solo quieren averiguar el alcance de tus lesiones.

—Ya me lo dijo ayer ese matasanos. —Molesta le miró con odio. —

¡Y no necesito que me trates como a una niña!

Apretó los labios. —Solo quería…

—¡Me importa una mierda lo que querías! ¡Estoy harta de ti! Es que no quiero ni verte la cara, ¿qué haces aquí todavía? ¡Al menos deberías tener la decencia de dejarme en paz!

—Pero no tengo de eso, ¿no lo recuerdas?

Que bromeara con todo lo que le había hecho la indignó tanto que sintió unas ganas intensas de gritar, pero no lo hizo destilando todo

su

desprecio y su rencor en una sola palabra. —Imbécil.

Tenso se levantó. —Será mejor que hablemos luego.

—¡No tengo nada que hablar contigo! —gritó perdiendo los nervios

—. ¡Y si crees que con toda esta charada se me va a olvidar la demanda, te juro por lo más sagrado que eso no va a pasar! ¡Os voy a hundir, malditos cerdos manipuladores! ¿Ahora vas de buena persona? ¡Ja! ¡Ya he picado antes y te aseguro que he aprendido muy bien tus lecciones!

Bolton palideció. —Esto no tiene nada que ver con lo…

—¿Que ha ocurrido antes? —terminó por él con burla—. ¡Me dais asco! ¡Os odio! ¡Puede que me quede en una silla de ruedas, pero que se vaya preparando la zorra de tu tía porque lo va a pagar! ¡Y dile a Cristine que deje de enviarme mensajes! ¡No pienso contestarlos! —Cogió el móvil y lo estrelló contra la pared.

Su abuela apretó los labios sufriendo por su nieta que estaba pálida de dolor. Un dolor muy profundo por dentro y por fuera. —¡Y quiero el divorcio!

Él apretó los puños antes de ir hacia la puerta y salir de la habitación sin decir ni una sola palabra. Asombrada miró a su abuela. —¿Lo he conseguido? ¿Se va?

—No sé, niña.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la rabia, el dolor y el enorme vacío que sentía en su interior y se echó a llorar tapándose la cara con las manos queriendo huir de esa situación, pero no era capaz de hacerlo. Bolton entró en la habitación de nuevo y le hizo un gesto a Antonella que salió de la habitación a toda prisa cerrando la puerta.

Se sentó en la cama de nuevo y a Gina se le cortó el aliento al llegar hasta ella el olor de su after shave.

—No te culpo, ¿sabes? —dijo él suavemente cogiendo su mano para apartarla de su rostro y mirarla a los ojos—. Yo estaría mil veces más enfadado con el mundo que tú. Y tampoco perdonaría a nadie que me hubiera hecho lo que te hemos hecho nosotros.

Parpadeó y él sonrió con tristeza estirando la mano y cogiendo un pañuelo desechable. —Pero no me voy a ir. —Le limpió las lágrimas mientras le miraba con asombro. Él hizo una mueca. —Me quedo. Puede que antes no lo cumpliera, nena… Pero te juro por lo más sagrado que esta vez estaré aquí. A tu lado.

Su corazón dio un vuelco porque sus ojos verdes parecían sinceros.

Pero esta vez no iba a picar. —Largo.

Se agachó y la besó en la frente sorprendiéndola. Jadeó indignada dándole una bofetada.

Bolton rio por lo bajo levantándose. —Que tengas un buen día.

—¡Quiero el divorcio!

—Sí, ya. —Abrió la puerta. —Doctor esa medicación provoca alucinaciones.

—¡Bolton, no tiene gracia!

Él metió la cabeza y sonrió. —Te enviarán otro teléfono. No lo destroces, es de última generación y son carísimos, nena.

Se sonrojó porque la verdad es que era un teléfono de primera y lo había hecho añicos. Que se fastidiara e intentando molestarle más exigió —

¡Quiero libros y un puzle! Quiero…

Rio alejándose de la puerta. Gina le perdió de vista, pero le escuchó decir —Antonella, ¿puedes hacerle una lista?

Capítulo 14

Su teléfono pitó de nuevo y Gina lo ignoró, pero su abuela que leía una revista a su lado estiró el cuello. —Es Bolton.

—Pues que bien.

—Niña, ¿es que no vas a contestar ninguno de sus mensajes?

Suspiró cogiendo una ficha del puzle levantándola para verla bien.

Mierda de collarín. Dejó caer el brazo porque ya le mataba la espalda y dejó la ficha sobre la mesa antes de empujarla ligeramente para alejarla. —¿Por qué no me dicen nada de las pruebas?

Su abuela se levantó apartando la mesa para dejarla al lado de la que usaba para comer. —Será que las están estudiando. El doctor parece concienzudo. ¿Por qué no duermes un po…? —La puerta se abrió y Bolton entró en la habitación. —¡Estás aquí!

Él asintió y forzó una sonrisa mirándola. —¿Cómo estás? —

Observó como se acercaba y se sentaba a su lado. —Pareces agotada.

—¿Qué te han dicho?

—¿Quién?

—Bolton… ¿Te han llamado para que vinieras de donde estuvieras todo el maldito día?

Él sonrió. —Estaba en la central.

—¿La central?

—Tenemos aquí la central en la costa oeste. Estaba trabajando.

—Ah…

Bolton vio la pila de libros en una esquina con todo lo demás que le había enviado. —Veo que te han llegado.

—Sí, tu secretaria es muy eficiente.

—Los he comprado yo.

Intentó ignorar lo bien que le hicieron sentir esas palabras. —Dos ya los he leído.

—El hombre que me los vendió me dijo que podía devolvérselos si eso ocurría y podía coger otros.

—No cambies de tema.

—Está al llegar, nena. Enseguida lo sabremos. —Cogió su mano y nerviosa no la rechazó.

—¿Y si…?

—Shusss. Tengo una sorpresa para ti.

Sus ojos brillaron sin poder evitarlo. —¿Si?

Su abuela apareció a su lado con una bolsa. —¿Qué es? —Bolton se giró ligeramente y sacó un paquete de la bolsa para sujetarlo ante ella.

Emocionada como una niña rompió el papel y se quedó sin aliento mirando la caja.

—¿Te gusta? —preguntó su abuela insegura.

Sin poder creérselo miró a Bolton a los ojos. —¿Es para mí?

—Claro que sí, nena. Así podrás hacer todos los cursos que quieras.

Tengo entendido que hay uno de alemán con el que aprendes mucho.

—Gracias. —Acarició la caja del ordenador portátil impresionada porque se había acordado.

Él sonrió. —¿Lo abrimos?

Llamaron a la puerta y los tres se tensaron. —Mejor lo dejamos para después —dijo levantándose y cogiendo la caja para dejarla a un lado mientras el doctor entraba en la habitación cerrando la puerta. Por la cara que traía no eran buenas noticias. Gina palideció de golpe.

—¿Y bien, doctor?

—Había revisado las pruebas que le hicieron en Nueva York y los resultados son totalmente exactos. La vertebra sufrió un fuerte impacto y ha dañado la médula. Lo que no sabemos es el alcance de esos daños ni si son permanentes o no. Hay que tener en cuenta que el accidente ha ocurrido hace apenas nueve días. La zona está inflamada y aunque ahora no tengas sensibilidad, eso no significa que no ocurra en el futuro.

—Así que no puede darnos un diagnóstico más exacto ni darnos esperanzas —dijo Bolton muy tenso.

—En cuanto quitemos las escayolas empezaremos con la rehabilitación. Que será dura, se lo aseguro, pero será entonces cuando podamos ser más exactos ya que la inflamación habrá remitido. También veremos el resultado de las operaciones en las fracturas y los posibles problemas a los que tengamos que enfrentarnos.

Gina se tensó. —¿Me está diciendo que puede que si camino algún día me quede coja o algo así?

El hombre la miró muy serio. —Debe tener en cuenta las terribles lesiones que han sufrido sus piernas. Ha sido una suerte que hayan podido operarla. No voy a mentirle, si consigue caminar seguramente tendrá que

llevar un bastón de por vida. La rodilla derecha fue totalmente destrozada.

Y aunque le han puesto una prótesis los daños han sido muy graves.

Cerró los ojos. Era increíble, pero en ese momento se moría por cojear el resto de su vida con tal de poder caminar.

—Gracias, doctor —dijo Bolton.

—Si necesitan algo no duden en llamarme.

—Gracias —susurró su abuela.

Gina sintió como Bolton volvía a sentarse en la cama y sintió la caricia en su barbilla. Abrió los ojos y forzó una sonrisa intentando ser fuerte, aunque se moría por dentro. —Me compraré uno de esos bastones con empuñadura de plata como las viejecitas.

—Bien dicho, nena.

—Uy, una de las mujeres de mi iglesia lleva uno precioso. Una vez se libró de que la robaran por él. Le metió unos bastonazos a aquel sinvergüenza…

Gina sonrió. —Estupendo, iré armada. —Miró el techo pensativa.

Era tan injusto… Y esa zorra se había ido de rositas. Esa maldita familia le había destrozado la vida y debía conformarse. No, eso no iba a pasar. Ya se había dejado pisar una vez y no iba a consentirlo.

—Eh… —Bolton acarició su barbilla provocando que le mirara a los ojos. —¿Iniciamos el ordenador?

Le miró fijamente. No sabía qué hacía allí pero no iba a conseguir nada de ella. Iban a pagar. Todos. Incluida Cristine por ponerse de parte de esa zorra y Bolton por haberle prometido que estaría a su lado para después darle la espalda.

Bolton preocupado susurró —¿Nena?

Asintió siguiéndole la corriente. Al menos se distraería en algo.

—Lo haces muy bien.

Ella chasqueó la lengua porque no hacía nada. Lo hacía su fisioterapeuta todo levantándole la pierna una y otra vez. —Bueno, ya está bien por hoy.

—¡Venga ya! —Ian rio por lo bajo dejando la pierna sobre la camilla y ella se apoyó en sus codos fulminándole con la mirada. —¿No puedes hacer otra cosa?

—Debemos ir despacio. Esto lleva su tiempo, ¿sabes? Hace solo una semana que te quitamos las escayolas.

Gruñó dejándose caer en la camilla. —Mierda.

—Oh, tu marido está ahí.

Giró la cabeza para verlo a través de las cristaleras. Ese día había trabajado en casa porque iba vestido de sport. Él sonrió y Gina correspondió su sonrisa diciendo por lo bajo —Está guapo, el muy capullo.

—¿Qué?

Miró a Ian. —Quiero resultados.

—En una semana te repetirán las pruebas y… —Se quedó de piedra mirándole el pie.

—¿Qué?

—¿Has movido el dedo?

—Me pica —dijo distraída—. Sobre… —Se quedó sin aliento. —

¡Me pica! —Se sentó de golpe mirándose el dedo gordo del pie y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Eso es bueno, ¿no?

Ian se echó a reír y fue hasta ella abrazándola. —Sí, Gina. Es muy bueno.

—Eh, deja a mi mujer.

Ambos miraron hacia Bolton que sonreía acercándose a ellos. —

¡Me pica el dedo gordo del pie! —gritó emocionada estirando los brazos hacia él.

Bolton se detuvo en seco de la sorpresa. —Nena, eso… —Miró a Ian que sonreía de oreja a oreja. —Eso significa…

—Es una señal muy buena. Increíblemente buena.

Bolton dio una palmada y rio antes de cogerla en brazos para girarla.

Se sujetó en sus hombros con fuerza y enterró la cara en su cuello. —

Fantástico, preciosa. —Se apartó para mirarla a los ojos y rio de nuevo. —

Es una noticia… —Besó sus labios con entusiasmo y se apartó de golpe dejándola de piedra, pero él ni se dio cuenta diciéndole a Ian. —Quiero ver al doctor de inmediato.

—Enseguida le llamo. ¿La llevas a la habitación? Pero no se lo digas a nadie, que me echarán la bronca. Se supone que tengo que hacerlo yo.

—No te preocupes. —Sonriendo fue hasta la puerta sin sentarla en la silla de ruedas y la miró eufórico. —¿Estás contenta?

—Me has besado —dijo cortante.

Disimuló saludando a una enfermera. —¿No me digas?

Entrecerró los ojos. —No vuelvas a hacerlo.

—Ha sido la emoción del momento. Eh, es una noticia estupenda.

Nena, no lo estropees.

—Me lo has estropeado tú al besarme. No vuelvas a hacerlo.

Apretó los labios y asintió metiéndola en su habitación donde su abuela estaba viendo una telenovela. —¿Qué tal la fisio?

Entonces Gina lo recordó y gritó —¡Me pica el dedo gordo del pie!

—Uy, espera que te lo rasco —dijo levantándose de inmediato.

Gina se echó a reír y negó con la cabeza. —Me picaba, ya no me pica.

—Oh.

—Antonella, siente el dedo —dijo Bolton dejándola sobre la cama

—. Tiene sensibilidad en el pie y eso es una señal buenísima.

Su abuela entendiendo se llevó la mano al pecho de la impresión. —

¿Eso significa que andarás?

—Veremos lo que dice el doctor —contestó Bolton rápidamente.

Gina alargó la mano para coger el portátil, pero antes de cogerlo ya se lo estaba pasando Bolton. —Gracias —dijo a regañadientes.

—Nena, solo fue un beso. No te enfades.

—¿Os habéis besado?

—¡No, no nos hemos besado! Él me ha besado. ¡Se entusiasma demasiado! —Tecleó en el ordenador mientras ellos se miraban.

—¿No prefieres esperar a que el doctor hable contigo en lugar de mirar en internet lo que dicen unos desconocidos?

—Hay desconocidos muy listos. —Volvió el portátil. —¿Ves? Este es una eminencia en lo suyo.

Él entrecerró los ojos. —¡Es callista!

Volvió el ordenador y al ver su título parpadeó. —Seguro que deja los pies monísimos. Tengo que acotar la búsqueda.

Bolton escuchó como pitaba el teléfono y cogió el móvil de la mesilla para ver que era un mensaje de su gemela. —¿No piensas contestar nunca?

—¿Acaso te contesto a ti? —preguntó distraída.

—¡Pues me sería de mucha ayuda!

Giró la cabeza hacia él para ver su exasperación. —¿Ahora tengo que ayudarte? Espera sentado.

La miró fijamente durante varios segundos y ella le ignoró para seguir investigando. —Abuela, dicen que es muy buena señal. De hecho, es la señal que dice que mi columna empieza a recuperarse.

—Qué bien, niña. ¿Y dice ahí cuando podrás caminar?

—No, depende de cada paciente.

—¿Nena?

Volvió la vista hacia Bolton y él se agachó a toda prisa atrapando sus labios de nuevo para saborearlos de tal manera que le quitó el aliento

antes de cogerla por la nuca y entrar en su boca. Gimió respondiendo sin poder evitarlo y la tumbó poco a poco olvidándose de todo excepto de él.

Gina se aferró a su cintura y cuando acarició su paladar un rayo traspasó su vientre estremeciéndola de placer. Él se apartó apenas para mirar sus ojos y con la respiración agitada susurró —Esto ha sido un beso. Ahora enfádate lo que quieras.

Medio atontada respondió —Ajá…

Bolton sonrió de medio lado y besó su labio inferior. —Mentí. —Se le cortó el aliento. —Mentí. Me moría por hacerte el amor allí mismo. —Su corazón se encogió por esas palabras. —Pero había tantas cosas a nuestro alrededor que no tuve valor. Enfadarme contigo era más seguro. —Acarició su sien mientras los ojos de Gina se cuajaban de lágrimas de la emoción. —

Lo siento, nena. No sabes cómo lo siento.

Le empujó por los hombros. —¡No necesito que lo sientas!

—Gina…

—¡Vete!

—¡No voy a irme a ningún sitio, así que deja de decirlo una y otra vez!

—¡Es que eres tan estúpido que no te enteras! —gritó perdiendo los nervios sin darse cuenta de que lloraba—. ¡No te necesito ni te quiero a mi

lado! ¡Me sacas de quicio! ¿Por qué no vuelves a Nueva York? Es que no lo entiendo. ¿Cuánto tiempo tendré que soportarte?

Bolton se tensó. —No sabía que mi compañía te resultaba tan molesta.

Le miró asombrada. —¡Si te lo digo todos los días!

—¡Pero pensaba que solo estabas enfadada!

Se le cortó el aliento. —Crees que se me pasará, ¿verdad?

—¡Claro que se te pasará, pero ya estás tardando!

Incrédula susurró —Jamás dejaré de odiarte, Bolton.

Él perdió parte del color de la cara. —No digas eso.

—¡Mírame! —Se arrancó el pañuelo de la cabeza mostrando sus cicatrices. —¡Mírame! ¡De esto tú también eres responsable! ¡Jamás lo olvidaré! ¡Te odiaré mientras viva! —Bolton se volvió llevándose las manos a la cabeza y sin entender nada miró a su abuela que lloraba en silencio. —

¿Por qué lloras? ¿Acaso creías que esto era un cuento de hadas en el que tendría amnesia y pasaría por alto mi triste vida para comer perdices con el cabrito que ha provocado mis males? Y los que no provocó él los ha pasado por alto, ¿no cielo? El banco y la familia es lo primero.

Le miró con odio y Bolton se volvió lentamente dejando caer los brazos. —Tienes razón, creo que lo mejor es que vuelva a Nueva York.

Se le puso un nudo en el estómago porque algo en su interior gritaba deseando que no se fuera, pero decidió ignorarlo. Estaba claro que eso de que iba a estar a su lado ya lo había olvidado. El rencor le hizo decir —

¡Gracias a Dios, al fin voy a perderte de vista!

—Dentro de tres meses. —Fue hasta la puerta dejándola con la boca abierta.

Su abuela soltó una risita cuando Bolton salió furioso. —Niña, tienes un carácter…

Se sonrojó pero aun así gritó —¡Quiero el divorcio!

La puerta se abrió de nuevo y Bolton entró mirándola como si fuera su objetivo antes de caminar hacia ella como si fuera a la guerra. Sin saber qué decir porque estaba furioso le miró con los ojos como platos. —Estoy intentando contenerme, preciosa. Estoy intentando… —La cogió por la nuca y la besó de nuevo de una manera que hasta se le erizó la piel.

—¡Ha movido el dedo!

Bolton apartó sus labios. —¿Has movido el dedo?

—No sé.

—Voy a probar de nuevo por si acaso.

—Vale —susurró deseándolo mientras sentía que su corazón se le salía del pecho.

—¿Se puede?

Su doctor entró en la habitación con una sonrisa en el rostro y Gina se sonrojó mientras Bolton se apartaba gruñendo por lo bajo.

—Ha movido el dedo —dijo su abuela emocionada.

—Vamos a hacer unas pruebas. Aunque me van a decir que la inflamación ha desaparecido o casi, quiero asegurarme de que es así.

Felicidades, Gina. Puedes ir comprándote ese bastón.

Emocionada cogió el diseño que tenía sobre la mesa. —¿Le gusta?

Lo he hecho yo. Es el diseño para la empuñadura.

El médico miró el dibujo. —¿Son pájaros?

Ella miró la hoja. —¿No se nota? Libres y volando… Bueno, no está muy bien pero seguro que el que haga ese tipo de cosas se le da mejor.

—Claro que sí. Como el tatuaje, ¿no?

Ella se miró el tatuaje del interior de la muñeca y entrecerró los ojos antes de hacer una bola de papel con el diseño y tirarlo a un lado. —Mejor pienso en otra cosa. No hay que caer en el mismo error dos veces. ¿Nos vamos a hacer esas pruebas? Estoy impaciente.

Bolton apretó los labios y en ese momento el móvil de Gina sonó indicando que tenía un mensaje, pero ella lo ignoró de nuevo. —¡Barcos!

¡Siempre he querido navegar! Pueden quedar bonitos.

Su marido miró a la abuela que la observó con tristeza. —Sí, niña.

Los barcos son una idea estupenda.

Capítulo 15

Se estaba duchando con ayuda de Margaret y la enfermera la cogió por los brazos para ayudarla a salir y que no se resbalara. —Muy bien. —

Alargó la mano para coger la toalla y se la tendió.

—Puedo sola.

—¿Seguro?

Asintió cuando escuchó un ruido en la habitación. —¿Abuela?

La puerta se abrió y para su asombro Bolton sonrió apoyando el hombro en el marco. —Soy yo.

Chilló cubriéndose como pudo.

—¿Margaret? Ya me encargo yo de mi esposa.

—Muy bien, tengo mil cosas que hacer.

Para su asombro la dejó sola con él y Bolton se acercó para coger otra toalla. —No tiene gracia…—siseó furiosa—. ¡Sal de aquí!

—Tienes un trasero de lo más sexy—dijo con la voz ronca comiéndosela con los ojos—. Y ya te ha crecido mucho el pelo.

Pasó la toalla por su brazo cortándole el aliento. —¿Pero qué haces?

—Cada día estás más hermosa. —Se acercó y besó su hombro provocándole un vuelco al corazón antes de que esos labios subieran hasta su cuello. —Qué bien hueles, tienes un olor que me vuelve loco.

Sintiendo que la sangre se aceleraba en sus venas susurró temiendo que le fallaban las piernas —Bolton…

Él tiró la toalla a un lado cogiéndola por las caderas. —Yo te sostengo, nena…

Se agarró en sus hombros y su toalla se abrió. Él miró hacia abajo mirándola con deseo. —Me he imaginado el color de tus pezones millones de veces. —Gina sintió que se le salía el corazón mientras él bajaba la cabeza hasta sus pechos que se endurecieron con fuerza. —Y son como me creía, de un color tostado perfecto. —Sacó la lengua acariciando su pezón haciéndola gritar de placer. —Tan suave y tan duro… —Se lo metió en la boca y chupó con ganas. Para Gina fue como si todo su cuerpo se abrasara y clavó las uñas en sus hombros. Su lengua pasó a su otro pecho adorándolo antes de que pasara por el valle de sus senos bajando hasta llegar a su ombligo. —Tienes la piel más suave del mundo. —Se elevó lentamente

besando cada centímetro de su piel hasta llegar a su cuello y de repente la cogió en brazos sentándola sobre el wáter. Sin aliento vio como se acuclillaba ante ella y que abría sus piernas sin dejar de mirarla a los ojos.

—También he pensado en esto.

Cuando miró hacia abajo se puso nerviosa. —¿Qué haces?

Él se agachó y cuando pasó la lengua por su sexo la hizo gritar de la impresión. —Shusss, nena esto es un hospital. —Su aliento sobre ella la mareó y sin entender ni una palabra gimió de placer. —¿Te gusta? —Sopló sobre ella y Gina se arqueó con fuerza. —Joder nena… Eres increíble. —

Chupó de nuevo y Gina quiso gritar, pero la acarició con la lengua robándole el aliento antes de que un dedo suyo entrara en ella. Su roce fue una tortura y Bolton sin dejar de observarla no le dio cuartel hasta que gritó buscando liberación. Él acarició su clítoris con la yema de su dedo y sintió que su cuerpo se partía en dos antes de estallar y que miles de colores la rodearan. Era la mejor sensación

del mundo y con una sonrisa en el rostro se dejó llevar hasta la habitación.

Cuando abrió los ojos le vio en la puerta cerrando el pestillo y se volvió hacia ella para quitarse el polo azul que llevaba ese día. Pero lo que le alteró el corazón fue su forma de mirarla como si fuera la mujer más hermosa del mundo. —Puede que estés furiosa, pero vamos a hacer el amor.

Vio como sus manos abrían sus vaqueros. —Pero…

—Nada de peros, nena… Lo deseas tanto como yo. —Dejó caer los pantalones mostrando su sexo endurecido y Gina creyó que se le paraba el corazón. Asustada por lo que sentía miró sus ojos. —No, esta vez no te voy a dejar. —Se subió a la cama colocándose sobre ella. —No te voy a rechazar y no te haré más daño. —Besó sus labios con suavidad. —Confía en mí, no voy a fallarte. —Le suplicó con la mirada. —Nena, confía en mí.

—Sintió su sexo entre sus piernas y gimió de placer cerrando los ojos. —Te siento mía. —Entró en ella lentamente y Gina acarició sus hombros hasta llegar a su cuello. —Mírame Gina. —Abrió los ojos lentamente y él entró totalmente en su interior. Con las respiraciones agitadas se miraron a los ojos. —Perfecta.

—Hazme el amor. —Movió su cadera bajo su cuerpo sin darse cuenta.

—Nena, intento ir despacio.

Ansiosa enterró los dedos en su cabello. —Muévete…

Bolton movió sus caderas de manera tan contundente que Gina arqueó su cuello hacia atrás por el rayo que la traspasó. Fue tan maravilloso que apenas se dio cuenta de que salía lentamente de ella antes de invadirla de nuevo. Cada movimiento era mejor que el anterior y cada empellón le hacía querer más, así que se aferró a

Bolton incapaz de perderle escondiendo su cara en su cuello hasta que de repente se detuvo en seco.

Sin aliento se apartó ligeramente para mirar su rostro y él sonrió besando suavemente sus labios antes de entrar de nuevo en ella de tal manera que todo su ser explosionó deteniéndole el corazón.

Bolton la abrazó a él girándola para ponerla sobre su pecho y se quedaron así varios minutos. —Nena, creo que es mejor que te den el alta.

—Acarició su espalda hasta el límite con su trasero. —Puedes venir a la rehabilitación todos los días.

Gina abrió los ojos y sonrió cuando su mano acarició la nalga. —Tú lo que quieres es tenerme a mano.

—Pues ya que lo dices…

Rio apoyándose en su pecho para mirarle a los ojos y perdió la sonrisa poco a poco pensando en mil cosas. —¿Por qué ahora? ¿Es porque ya no me parezco a ella?

Bolton apretó los labios. —Nunca te has parecido a ella. En lo importante no.

Se tumbó sobre él de nuevo y le abrazó por la cintura solo necesitando sentirle. Bolton acarició su espalda. —Jamás podré reparar el daño que te hice, pero solo te pido una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué?

La cogió por la nuca para que le mirara. —Para ser felices, nena.

¿Hay algo más importante?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No, no lo hay.

Él besó sus labios casi con desesperación y Gina le correspondió necesitando lo que le daba. En ese momento le necesitaba más que al aire que respiraba.

Bolton la besó en la espalda. —Despierta dormilona.

Gimió cogiendo la almohada y tapándose la cabeza. —Ah,

¿entonces no quieres tu regalo de cumpleaños?

Abrió los ojos bajo la almohada. —¿Cómo sabes que es mi cumpleaños?

—Nena… Aunque este es el primero que celebramos juntos, es una fecha difícil de olvidar.

Apartó la almohada y miró a su alrededor. —¿Dónde está?

Bolton se agachó y alargó el brazo bajo la cama para sacar un paquete muy largo. Chilló de la emoción y se le tiró encima para darle un beso. Él riendo se lo puso delante. —Espero que te guste, preciosa.

Abrió el lazo a toda prisa y rasgó el papel de plata. Cuando levantó la tapa se le detuvo el corazón al ver un bastón con la empuñadura de plata.

—Pero…

Él sacó el bastón mostrándole el diseño grabado. —He pensado que mientras le das vueltas a cómo lo quieres podrías llevar este. El doctor dice que ya puedes dejar las muletas.

Cogió el bastón y lo giró mostrando piezas de puzle. Todas eran distintas. Le miró sin comprender. —Si algún día lo resuelves quiero que me lo digas.

—¿Es un acertijo? —Emocionada lo miró. —Genial.

Se echó a reír y la besó en la sien mientras ella giraba el bastón una y otra vez. —Preciosa…

—¿Si?

—¿Te gusta?

—Mucho. ¿Aquí hay una T?

—Ni idea. Había pensado que…

Gina le miró a los ojos. —¿Qué?

—Dentro de poco son las Navidades.

Perdió la sonrisa poco a poco. —¿Y?

—Me preguntaba si querías volver a Nueva York para vivirlas allí.

—Acarició su mejilla. —Si hay suerte igual nieva.

Se levantó y cojeó desnuda hasta la puerta de cristal que llevaba a la terraza con vistas al mar. Hacía mal día y había oleaje. Sintió como se ponía tras ella. —No tenemos que volver si no quieres —susurró antes de abrazarla y besar su sien. A Gina se le cortó el aliento—. Compraré el árbol más grande que encuentre, lo decoraremos y cenaremos los tres.

Observó el mar. —¿Lo dejarías todo por mí?

—Sí.

Sorprendida se volvió para mirarle a los ojos y parecía sincero, pero algo en su interior le impidió creerle.

—Me quedaría aquí a tu lado porque me he dado cuenta de lo que es realmente importante en esta vida.

—¿Y qué es?

Sonrió. —Lo que siento a tu lado, nena. Es lo único que me importa.

Su corazón se encogió en su pecho. —¿De veras?

—Me arrepentiré toda la vida de no haberme dejado llevar en su momento. Me crees, ¿verdad? —Se miraron a los ojos y Bolton decepcionado apretó los labios. —No me crees.

—Oh, sí claro —mintió a toda prisa—. Es que me has pillado por sorpresa. —Le abrazó por la cintura. —Todavía no me puedo creer todo lo que ha pasado.

La pegó a él como si no quisiera soltarla jamás. —Dejemos de pensar en el pasado y vivamos el presente.

Gina entrecerró los ojos. —Sí, claro. —Se apartó sonriendo radiante. —Celebremos mi cumpleaños. ¿Nos invitas a cenar?

Bolton sonrió más tranquilo. —Os voy a llevar a un sitio que os va a dejar con la boca abierta.

Sentada en el coche mientras Bolton iba a pagar el ticket del parking a la máquina volvió la cabeza hacia su abuela. —¿Qué te ha dicho?

—Que debería volver a Nueva York. —Su abuela sonrió. —Quiere que te convenza para regresar y me ha contado un rollo sobre un fisioterapeuta que es buenísimo. —Lo sabía. Asintió muy seria y miró al frente. —¿Qué vas a hacer ahora?

Sonrió maliciosa. —Regresar, por supuesto. El amor que siento por él va a hacer que lo olvide todo.

—Niña, ten cuidado. Todo esto me asusta. Le he seguido la corriente desde el principio haciéndome su aliada como me dijiste, pero temo que nos estemos metiendo en la boca del lobo.

—No, abuela. Mi chico me protegerá —dijo irónica. Vio llegar a Bolton—. Dile que hablarás conmigo, que también quieres regresar a casa.

—Bien. ¿Qué crees que se propone?

—¿No te has dado cuenta? Conquistarme —respondió divertida.

Bolton abrió la puerta y se sentó a su lado. Ella bostezó como si estuviera agotada.

—Enseguida llegamos a casa, nena.

—Me ha encantado la vuelta por la ciudad y ese restaurante ha sido divertido.

—¿Te ha impresionado como los camareros caracterizados de estrellas de cine te han cantado feliz cumpleaños? —preguntó saliendo de la plaza de garaje.

—Sí, no todos los días Julia Roberts te planta un beso en los morros.

Bolton gruñó. —No sabía que era un tío. —Frenó en seco cuando un hombre se cruzó de repente y ella se agarró en el salpicadero, pero al sentir la mano de su marido en su pecho se le cortó el aliento mientras él gritaba

—¿Estás ciego?

—Lo siento —dijo el tipo pasando de largo.

—¿Estás bien? —Bolton preocupado pasó la mano por su cuello. —

¿Te has hecho daño?

Separó los labios de la impresión porque no parecía fingido en absoluto. —Estoy bien, no ha sido nada.

—Igual deberíamos ir al hospital.

—Bolton, estoy bien. Vámonos a casa.

No parecía muy convencido, pero se pusieron en camino en silencio.

Gina le miró de reojo y se dio cuenta de que estaba muy tenso. De hecho apretaba el volante como si estuviera frustrado y cuando le echó un vistazo Gina sonrió. —Te has asustado.

—Joder… Júrame que estás bien.

Sintió como le daba un vuelco al corazón. —Vale, cuando lleguemos a casa te haré el amor para que te quedes tranquilo.

—¡Niña!

Bolton se echó a reír y pasó la tarjeta del parking por la máquina antes de subir la rampa. —Tu abuela no está de acuerdo.

—Claro que sí. ¿Verdad abuela? Estamos casados. Porque lo estamos, ¿no?

—Sí, nena. Casadísimos, así que no vas a librarte de mí.

Le observó en silencio varios minutos y aunque no sabía lo que quería conseguir no lo averiguaría si no regresaban a Nueva York. Y no podía negar que le daba miedo enfrentarse a su pasado, a todo el daño que le habían hecho, pero tenía que regresar si quería hacerles pagar. Incluido a él.

Bolton la miró de reojo y sonrió. —Tu abuela se ha dormido.

Giró la cabeza y vio a su abuela con la boca abierta. —Está agotada.

No ha sido fácil para ella.

—No. No ha sido fácil para nadie.

Se tensó. —¿Cuando dices nadie a quién te refieres?

Le echó un vistazo y enderezó la espalda. —Bueno, no ha sido fácil para nosotros. —Alargó la mano y cogió la suya. —Sobre todo para ti.

—¿Así que no te referías a los Drachen?

—Por Dios, nena… ¿Qué ocurre?

—Nada, es que me ha parecido… Déjalo.

Él apretó los labios mirando la carretera. —¿Este fin de semana quieres ir a navegar?

Sus preciosos ojos brillaron. —¿Navegar?

—Podemos salir el sábado y dormir en alta mar.

—Conmigo no contéis —dijo la abuela haciéndoles reír—. Me mareo en un charco.

—Pero habrá un capitán o algo así.

Bolton sonrió. —¿No te fías de mis habilidades como grumete?

—Ah, has dicho grumete así que tiene que haber capitán —dijo más tranquila.

—¡Nena! En verano hacía vela, ¿sabes?

—Niño pijo.

Bolton se echó a reír. —Saldremos tú y yo solos. Será más romántico.

—Cariño, con la suerte que tengo últimamente no creo…

—Confía en mí. Te lo pasarás estupendamente.

Ella miró hacia atrás y su abuela preocupada negó con la cabeza.

Suspiró mirando al frente. Bueno, si hubiera querido matarla ya lo hubiera hecho y no habría sido necesario trasladarla a Los Ángeles ni fingir un matrimonio. Y además no quería perderse su intento de convencerla para regresar a casa. Empezaba el juego.

Chocaron sus copas y mirándose a los ojos bebieron. —¿Estás seguro de que no pasa nada, aunque no haya nadie en el timón?

Él besó su hombro. —Todo capitán necesita un descanso. Están puestas las luces y el ancla impide que nos movamos. Va a hacer buen tiempo y podemos dedicarnos a otras cosas. —Besó su cuello y Gina elevó su rostro suspirando. —Cosas más interesantes.

Alargó la mano y cogió una fresa para metérsela en la boca. Bolton frunció el ceño elevando la vista. —Preciosa, estoy intentando seducirte.

Ella asintió bebiendo de nuevo. —Ya me he dado cuenta. —Soltó una risita. —Este mejunje se sube.

Cogió su copa y la puso en la mesilla. —No abuses que estás tomando pastillas.

—¿Y para qué me la has dado?

—¿No te lo he dicho ya? ¡Intento seducirte!

Sonrió abrazando su cuello. —Ven aquí. —Besó sus labios y él la giró colocándola sobre su cuerpo. En ese momento sonó su móvil y ella apartó los labios. —¿Es tu móvil?

—Lo siento, pero tengo que contestar. Estoy esperando el visto bueno a una transacción que…

—Bla, bla, bla…

Riendo salió de la cama y cogió el teléfono de los vaqueros.

—¿Y cómo es que tienes cobertura?

—Estamos cerca de la costa. —Frunció el ceño al ver la pantalla y contestó volviéndose —Bolton Drachen.

Al ver que se había tensado se sentó en la cama sin perder detalle.

—No, no me parece lo más adecuado. Olvídalo. —La miró de reojo —

Nena, voy a hablar arriba, no se escucha bien.

Asintió y él salió del camarote a toda prisa diciendo —Igual más adelante. Ahora no es factible.

Gina se levantó de la cama de inmediato y le siguió atravesando la pequeña cocina. Desde las escaleras escuchó que iba hacia la popa. —

Escúchame, joder —siseó bajando la voz—, no pienso presionarla. Si no quiere volver nos quedaremos aquí.

Se le cortó el aliento. ¿Bolton respetando sus deseos? Era tan surrealista que no se creía una palabra. —Quizás en seis meses si todo va bien… Me importa poco, la que me preocupa es Gina y pienso hacer lo que sea necesario para que esté bien. — Impresionada separó los labios. —Sí, joder. ¡La quiero! ¿Es tan sorprendente? —Se llevó la mano al pecho sintiendo que su corazón saltaba de la impresión mientras él estuvo unos

segundos sin hablar. —¡Métete la vicepresidencia del banco por donde te quepa, tío! ¡A mí no me presionas más!

Corrió como pudo hasta la habitación y se dejó caer en la cama palideciendo por el tirón que le dio en el gemelo. Bolton entró en la habitación y se detuvo en seco. —¿Nena?

—Me ha dado un tirón al intentar ir al baño. —El dolor era terrible y Bolton se acercó a toda prisa masajeándolo. Gimió dejándose caer en la cama y cuando el dolor cesó suspiró. Le miró con los ojos llenos de lágrimas recordando sus palabras unos minutos antes. Era lo que siempre había ansiado, que alguien la amara. No, alguien no. Si era sincera consigo misma desde que le había conocido había deseado su amor. Y lo había conseguido. Sintió como la emoción embargaba su pecho.

Bolton sonrió. —¿Mejor?

Al ver la delicadeza con que la trataba y cómo se preocupaba se dijo que era una imbécil por no haberse dado cuenta antes de sus sentimientos.

Emocionada dijo sin poder evitarlo —Te amo.

Se le cortó el aliento y la miró a los ojos tan intensamente que se sintió completa. Se sintió realmente amada por primera vez en la vida y cuando él se tumbó a su lado Gina acarició su mejilla. Bolton besó sus labios suavemente. —Te amo, preciosa. Ni te imaginas cuanto significan tus

palabras para mí. —Ella sonrió reprimiendo las lágrimas. —Algún día conseguiré compensarte por todo lo que ha pasado, te lo juro —dijo como si estuviera desesperado porque le creyera. Perdió la sonrisa poco a poco y Bolton se preocupó—. Quiero decir…

—¿Por todo lo que ha pasado? ¿Hablas de lo que hizo tu tía?

—Hablo de todo lo que te ha ocurrido en general. —Acarició la mejilla hasta la cicatriz cerca de la sien. —Hablo…

Cerró los ojos agotada del tema. Era evidente que su marido jamás culparía a esa mujer de su estado. —Déjalo, Bolton. Prepara el regreso a Nueva York. —Abrió los ojos y vio la sorpresa en su rostro. —

¿Vicepresidencia? No pienso dejar que lo rechaces.

—Lo has oído… —Se sentó mirándola fijamente. —No sé si que vuelvas es lo más conveniente.

—He decidido que quiero pasar las Navidades en casa. Nada con la gran manzana para el año nuevo.

—Gina…

De repente sintió miedo. Miedo a perder lo que tenían, que sus sospechas fueran ciertas y que todo fuera mentira. Que solo quisiera cerrarle la boca y que todo formara parte de un plan perverso. Necesitaba

desesperadamente que lo que acababa de oír fuera cierto y realmente la quisiera. Sintió tanto miedo que susurró —Dime que no te separarán de mí.

Él cogió su mano sentándola. —No me separarán de ti. Jamás. Pase lo que pase.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase, preciosa. No puedo vivir sin ti.

Sus ojos brillaron de felicidad y sonrió abrazándole. —Volvemos a casa. —Se quedaron en silencio varios minutos. —Cuando lleguemos no me presiones, ¿vale? Déjame ir a mi ritmo.

Bolton sonrió. —No prometo nada, ya me conoces. —Ella rio por lo bajo y la cogió por la nuca para que le mirara a la cara. —¿Estás

bien?

—Claro que sí, te tengo a ti.

Capítulo 16

Bolton abrió la puerta del coche y alargó la mano. Algo nerviosa y muy cansada del viaje la cogió y se apoyó en el bastón en cuanto salió del coche. —Hace frío.

—Ya no estamos en Los Ángeles. —Se quitó el abrigo y se lo puso por los hombros. —Vamos, nena... parece que va a llover. No quiero que te resfríes. —Miró al chófer y le ordenó —Suba las maletas.

—Enseguida, señor Drachen.

Gina se volvió y se detuvo en seco al ver a su hermana ante el portal, preciosa con un abrigo de piel de camello y su hermosa melena en ondas. Palideció de golpe al estrellarse con fuerza con la realidad. Jamás sería así de nuevo. Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas y dio un paso hacia ella. —¡No! —Bolton se volvió preocupado y juró por lo bajo cogiéndola por la cintura. Su respiración se aceleró de manera alarmante. —

¡Sácame de aquí!

—Nena, tranquilízate.

—¿Mi niña? —Su abuela la cogió del brazo creyendo que se desmayaría.

Sintiendo que se ahogaba viendo ese rostro gritó —¡Sácame de aquí!

Cristine sollozó entrando en el edificio y Bolton la cogió en brazos.

Gina le abrazó con fuerza. —Sácame de aquí.

—Mañana mismo buscaremos otro piso. —La besó en la sien. —

Shusss… —Entró en el portal mientras su abuela les seguía corriendo asustada por ella.

—¿Por qué? —preguntó contra su cuello llena de dolor—. ¿Por qué siempre me ocurre todo a mí? ¿Por qué estoy maldita?

Bolton en el ascensor miró a su abuela que intentó reprimir las lágrimas, hecho que fue imposible al escuchar su dolor.

—No digas eso —susurró él abrazándola a su cuerpo.

Se aferró a él y ni se dio cuenta de que entraban en su casa. Solo fue consciente de que la tumbaban y Bolton se apartó para mirarla a los ojos. —

Voy a llamar al médico.

—No —susurró agarrando sus manos—. No me dejes.

Él se tumbó a su lado y Gina se puso de costado para mirarle a los ojos. —Lo siento.

—Nena, no te disculpes. Le dije que se fuera del piso hasta que estuvieras cómoda, pero está claro que no puedo confiar en ella. —Se quedaron en silencio unos segundos. —¿Qué has sentido?

Con sinceridad respondió —Ha sido como una cuchillada. —Bolton apretó los labios. —Ver lo que nunca volveré a ser.

—Tú eres mucho más que unas cicatrices. —Acarició su mejilla. —

Y casi no se notan.

Sonrió con tristeza. Sí que se notaban menos de lo que había creído al principio, pero estaban ahí. Él besó sus labios. —Y estás preciosa

con ese pelo corto. —Besó sus labios de nuevo. —Ahora a dormir que estás agotada. —Se levantó y le quitó las zapatillas de deporte.

—Uy, el abrigo —dijo inquieta mirando a su alrededor.

—Lo ha cogido tu abuela, no te preocupes. —Él fue hasta la puerta y le guiñó un ojo. —Bienvenida a casa, preciosa.

Forzó una sonrisa y vio como cerraba la puerta. Ella miró a su alrededor para ver una decoración sobria y bastante fría. Levantó una ceja mirando el cuadro abstracto en blanco y negro que había a su derecha. Al menos los de su prima eran mucho mejores y eso que estaba segura de que

ese había costado una pasta. Tantas manchas negras le pusieron los pelos de punta recordando esa noche e inquieta se giró para ver otro parecido entre las dos ventanas. Cerró los ojos con fuerza. Solo necesitaba dormir. Ver a su gemela la había alterado porque hacía una semana que no dormía bien y la noche anterior no había pegado ojo. Solo estaba agotada.

Aunque intentaba disimularlo estaba con los nervios destrozados esperando que su hermana entrara en cualquier momento y aun después de tres días de haber llegado a la ciudad no mejoraba, aunque sabía que su hermana se había ido con sus padres. Bolton preocupado ni había ido a trabajar y la observaba como un halcón. Estaban desayunando y suspiró apartando el periódico. Le dolían los ojos de lo cansada que estaba.

—En una hora tenemos cita con el médico.

Le miró sorprendida. —¿Qué?

—Tienes cita con el médico por la revisión. Gina, te lo había dicho.

—Por su expresión no sabía de lo que hablaba. —Es para revisar el riñón.

El doctor que hizo el trasplante se enteró de tu accidente y me ha llamado al enterarse de que has regresado. Aunque le he dicho que te habían hecho mil

pruebas quiere echarte un vistazo. —Cogió su mano. —Preciosa, ¿estás bien?

—Oh, sí. ¿El agente inmobiliario ha encontrado algo? —Él apretó los labios negando con la cabeza. —¿Y el banco no tiene nada? —preguntó casi con desesperación.

—Los pisos que el banco ha embargado se alquilan de inmediato.

Son buenas rentas. Y no son el piso que necesitamos. Los ricos venden antes de perder.

—En este momento volvería encantada a mi piso de Queens. —Se pasó la mano por la frente.

Su abuela salió del pasillo y Gina parpadeó al ver que llevaba un chándal estilo años ochenta de un color fucsia que dañaba la vista. Incluso llevaba una cinta en la frente del mismo color. —¿A dónde vas?

Antonella sonrió. —El del tercero, el señor Benedict, me ha invitado a la clase de yoga del parque.

—Yoga.

—Sí. —Soltó una risita. —Es tan guapo y refinado… ¡Y le gusto!

—Cogió un croissant y fue hacia la puerta. —Ciao, cara.

Asombrada miró a Bolton que reprimió la risa. —Mi abuela ha ligado.

—¿Y te alegras o no?

—Mientras sea feliz… —Se encogió de hombros como si le diera igual.

Bolton se la comió con los ojos. —¿Sabes que eres la persona más generosa que conozco?

Sorprendida respondió —¿Qué lleva ese café?

Bolton se echó a reír y Doris, la asistenta salió de la cocina en ese momento mirándoles de reojo. —Señor, ¿podría hablar con usted un momento?

—Mierda —dijo ella por lo bajo haciendo que él levantara una ceja.

—A solas.

—Puede hablar delante de mi esposa —dijo fríamente—. ¿Ocurre algo?

La mujer levantó la barbilla. —Me despido.

—¿Y se puede saber por qué? ¿Acaso su sueldo no es bueno?

—No me dejan hacer nada, señor. ¡Siempre van detrás de mí colocando de nuevo lo que hago! ¡Y limpiando lo que limpio! ¡Me siento ofendida! ¡Siempre he hecho muy bien mi trabajo, pero su esposa y la señora Antonella ni me dejan cocinar! ¡Estoy harta!

—Ahora entiendo por qué mis camisas están almidonadas —dijo por lo bajo antes de mirar a su esposa a los ojos.

Ella hizo una mueca. —Igual sí que tengo un toc.

Reprimió la risa. —Doris, la señora tiene un pequeño problema con el orden. Todo le gusta a su manera. Cualquier otra persona estaría encantada de tener menos trabajo ya que la ayudan.

La mujer se sonrojó. —Es una cuestión de orgullo.

—Igual tiene razón y su orgullo no tiene cabida en esta casa. Le haré un cheque —dijo levantándose mientras la mujer jadeaba indignada, lo que significaba que no se lo esperaba—. Nena, ve a vestirte. No quiero llegar tarde al doctor.

Se levantó en silencio y miró a la mujer de reojo. —No es que no me guste cómo hace su trabajo, ¿sabe? Es que me aburro y necesito hacer algo. No estoy acostumbrada a estar ociosa.

—Lo entiendo, pero…

—El cordero de la otra noche estaba delicioso.

Doris pareció sorprendida. —¿De veras?

—¿Me enseñaría a hacerlo?

La mujer miró de reojo a Bolton que se cruzó de brazos. —¿Quiere quedarse?

—Claro que sí —dijo Gina a toda prisa dando un paso hacia ella apoyándose en el bastón—. Siento haberla molestado.

—No hace falta que se disculpe, señora —dijo sonrojándose—. Es que creí que no le gustaba mi trabajo.

—Llámame Gina. —Sonrió. —Me gusta. ¿Se quedará? Y esta tarde puede enseñarme a hacer esa tarta de nuez.

—La suya de manzana es mucho mejor.

—¿De veras? —Fueron hacia la cocina. —Pues saqué la receta de internet.

Bolton sonrió viendo como se alejaban. —Nena, el médico.

—Sí, ya voy. Ese jabón que usa que huele a lavanda…

—Unas gotitas de esencia en cualquier jabón con PH neutro.

Entraron en la cocina y Bolton cogió la parte del periódico que su mujer no había leído. Apretó los labios al ver que casi ni había desayunado.

Cogió el teléfono y vio que tenía un mensaje de su padre. Dejó el teléfono a un lado y su esposa salió de la cocina para ir hacia el pasillo. Le guiñó un ojo de la que pasaba haciéndole sonreír.

Al ir a cambiarse vio que la puerta de la habitación de su abuela estaba abierta. La cerró a su paso y al pasar ante otra de las habitaciones sonrió porque nunca había entrado allí, siempre había estado cerrada con

llave. Doris le había dicho que era donde su marido guardaba los juguetes, como ella los llamaba. Los tenía bajo llave para que nadie se los tocara.

Sonrió divertida, después de lo del toc seguro que no la dejaba pasar en la vida. Con curiosidad giró el pomo y sorprendida vio que no estaba cerrada.

Miró hacia el pasillo y abrió muy despacio para ver en tres grandes mesas varias locomotoras que cruzaban unos paisajes en miniatura. Se quedó con la boca abierta porque había una montaña con nieve y todo. Al ver muñequitos sentados en lo que era una estación se acercó. —¿Te gustan?

Se sobresaltó girándose a toda prisa y sin querer chocó con una de las esquinas. —Oh, lo siento. —Preocupada miró la maqueta. —¿He tirado algo?

—No, nena… —Caminó hacia ella y la abrazó por la espalda. —¿Te gustan?

—Son hermosas. ¿Las has hecho tú?

—Mi abuelo materno me enseñó. Pero ahora no tengo mucho tiempo. —La besó en la sien. —¿Has visto la tuya?

—¿La mía?

La giró y vio el tren que ella le había regalado. Sonrió porque tenía un maquinista y todo. Entrecerró los ojos y al ver que no era un hombre

porque tenía el cabello muy largo debajo de su pequeña gorra gris chilló de la sorpresa —¡Soy yo!

Él se echó a reír. —Es mi homenaje por tu regalo. Te coloqué ayer.

Sonrió ilusionada y se acercó. —¿Las haces con cera? —Asintió sin dejar de observarla. —¿Me enseñarás?

—Puede.

—Prometo no tocar nada.

—Ah, entonces sí. —Se echó a reír por su cara de indignación.

Ella miró a su alrededor y frunció el ceño. —Cielo, no has recogido nada para su traslado. —Bolton perdió la sonrisa poco a poco. —Si no quieres que nadie lo toque… —Sin entender miró a su marido. —Te va a llevar mucho tiempo y… ¿Acaso no quieres mudarte?

—Claro que quiero. Empezaré esta noche, ¿de acuerdo? He tenido mucho trabajo.

Esos días había trabajado en el despacho de casa y lo entendió. —

Total no hemos encontrado piso.

Él asintió y alargó la mano. —Nena, el médico.

—Oh, sí. Lo siento. —Cogió su mano para salir de la habitación y él cerró la puerta. —¿Por qué cierras con llave? —preguntó al ver que lo hacía y se guardaba la llave en el bolsillo.

—Porque Doris me ha roto varios árboles al intentar limpiarlos —

susurró.

—Ah. —Soltó una risita. —Y luego la del toc soy yo.

—Ja, ja. Muy graciosa, nena. Vamos a llegar tarde.

—Qué va.

Pues sí, llegaron veinte minutos tarde por culpa del tráfico. Sentada en la sala gruñó porque ahora tenían que esperar. Distraída miró a su alrededor y cuando dos mujeres entraron en la clínica se quedó de piedra porque eran su hermana y su madre. Al ver el rostro de esa mujer se quedó en shock y su gemela al darse cuenta de que estaba allí se detuvo en seco.

—¿Gina?

Bolton levantó la cabeza de golpe de la revista que estaba leyendo y se tensó levantándose de inmediato. Meredith pálida cogió del brazo a su hija y tiró de ella. —Vámonos.

—¿Gina? —preguntó su hermana angustiada.

Sin poder creerse que estuvieran allí se levantó lentamente y su hermana miró el bastón con lágrimas en los ojos dando un paso hacia ella.

—Te he llamado y enviado mensajes. Sé que no quieres hablar conmigo, pero…

—Hija vámonos. —Cogió su brazo.

—¡Déjame! —Se soltó el brazo dando otro paso hacia ella.

Entonces Gina fue consciente de por qué lo había hecho. Lo estaba viendo allí mismo. Había conseguido quitarla del medio y había recuperado a su hija.

—Gina, tienes que escucharme. Mamá no ha hecho nada, te lo juro.

—Miró a su madre. —Díselo. —Meredith no dijo palabra. —¡Díselo!

Al escuchar la angustia en la voz de su hermana su corazón se retorció.

—Nena, será mejor que nos vayamos. Estás muy pálida.

—Mamá, ¿por qué no dices nada? —Miró a su gemela rogándole con la mirada. —Ella jamás te haría daño, te lo juro. Seguro que fue tu subconsciente o algo… El trauma del accidente. ¿Verdad que sí, Bolton?

Él muy tenso apretó los labios. —Gina no se encuentra con fuerzas para esto, Cristine. Te lo he dicho mil veces.

—Sé que estás enfadada porque no fui al hospital, pero tenía que ponerme de su lado. La policía y la prensa querían conocer la historia…

¿No lo entiendes? —Arrepentida se acercó. —¿Estás bien?

Miró a su hermana sin ninguna expresión en el rostro y Cristine sollozó. —Lo siento. Sé que te he hecho daño. Tu estuviste cuando te necesité y yo… —Se echó a llorar y salió corriendo dejándola con la boca seca.

Meredith la miró con lágrimas en los ojos antes de volverse de golpe y salir de allí tras su hija. Con el corazón encogido de dolor dejó que Bolton la abrazara. —Lo siento, preciosa. No lo sabía. —La besó en

la sien mientras temblaba entre sus brazos. —¿Gina? —Apartó la cara para mirarla y al ver su palidez gritó —¡Gina!

Ella escuchó su voz a lo lejos antes de perder el sentido.

Escuchó que se cerraba una puerta y a alguien susurrar —Encuentra una casa con ascensor. —Gina suspiró llevándose la mano a la frente y frunció el ceño sentándose en la cama. ¿Cómo había llegado allí? Uff, tenía la cabeza embotada como si hubiera dormido días. —Sí, la necesito cuanto antes. ¿Crees que costará mucho encontrarla?

Gina frunció el ceño. ¿Por qué preguntaba eso? ¿Es que no lo sabía ya?

—No, no tienes presupuesto. Que tenga al menos cinco habitaciones. —Se le cortó el aliento por lo que eso significaba. No había buscado nada hasta ese momento porque seguramente pensaba que al final ella se acostumbraría a vivir allí. —Oye tengo que dejarte. Ponte en contacto conmigo de inmediato si encuentras algo.

Entró en la habitación y sonrió. —Nena, estás despierta.

Aún confusa susurró —¿He dormido mucho?

—Un día entero. El médico te ha dado algo para descansar. —Se sentó a su lado y cogió un vaso que había sobre la mesilla. —Bebe esto.

Bebió el zumo sedienta y cuando terminó apartó la sábana. —Tengo que ir al baño.

Asintió cogiéndola del brazo.

—Puedo yo.

—¿Seguro?

—Sí. —Entró en el baño cojeando y después de usar el wáter fue hasta el lavabo. Abrió el grifo y se pasó el agua fría por la cara intentando despejarse. Suspiró cerrando el grifo antes de mirarse. Una gota de agua recorrió la cicatriz de su sien.

Bolton se acercó a ella y susurró —¿Estás bien?

—Sí. —Forzó una sonrisa. —Me ha venido bien verlas. —Se volvió para mirarle a los ojos. —¿Crees lo que dijo?

—¿El qué, nena?

—Que puede que fuera mi imaginación —susurró—. ¿Lo crees?

—Conozco a mi tía de toda la vida. Jamás ha hecho algo que dañe a otra persona. Lo que dices es difícil de creer para mí. Para toda nuestra familia.

Apretó los labios agachando la mirada. ¿Tendrían razón? Entonces lo vio de nuevo. Su pie bajó la acera y escuchó el chirrido que le hizo mirar hacia su izquierda. Vio esos ojos antes de sentir el impacto que la lanzó sobre el parabrisas. Sintió el dolor y luego más dolor hasta que escuchó su voz. Sus gritos llamándola desesperado. Levantó la vista hacia él y forzó una sonrisa. —Estoy empezando a pensar que tienes razón, cielo.

Bolton pareció aliviado. —¿Eso crees?

—Todo fue tan rápido… —Se abrazó a él deseando sentirle. —¿Por qué fuiste a Los Ángeles?

Él acarició su nuca. —Porque esa maldita noche me di cuenta de que no puedo vivir sin ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción. Al fin tenía lo que siempre había querido. Su amor. Pero no haría lo que fuera por ella. Su

familia y el banco eran mucho más importantes. Los había protegido de ella desde el principio y jamás la creería. Ahora tenía que descubrir si podía vivir con ello.

Capítulo 17

Dejó salir el aire que estaba conteniendo antes de levantar la vista hacia su abuela que sonrió emocionadísima con las manos unidas. —¿Si?

Sonrió levantando la prueba de embarazo. —Positivo.

—Dios mío. Dios mío…

—Shusss. Quiero darle una sorpresa.

De repente parpadeó. —Voy a ser bisabuela —dijo impresionada—.

¿Te imaginas que sean gemelos?

Abrió los ojos como platos. —Eso sería… un sueño. —

Increíblemente contenta se levantó y se abrazaron.

—¿Cuándo se lo dirás?

—Esta noche. —Aún impresionada miró la prueba de nuevo. —Un bebé… Voy a tener un bebé. Tengo que hacer una cena especial.

—¿Gina? ¿Ocurre algo? —gritó Bolton desde la habitación.

—¡No! —Escondió la prueba de embarazo bajo una toalla y abrió la puerta a toda prisa. —La abuela, que se quiere depilar las ingles por si triunfa con el vecino.

Antonella jadeó mientras su marido carraspeaba mirándola horrorizado. —¿Puedes venir un momento? Me gustaría hablarte de algo.

—Sí, claro. —Caminó hacia él. —¿Qué ocurre? —Sus preciosos ojos brillaron. —¡Ya lo sé! ¡Tenemos casa!

—No, preciosa. Todavía no ha habido suerte.

—¿Y qué es? —Se sentó en la cama antes de gritar —¡Abuela deja que la cera de la banda se caliente antes de tirar!

Bolton reprimió la risa. —¿De veras ella y el señor Benedict…?

—Al grano cielo, que se va a hacer un escarnio.

Se sentó a su lado perdiendo la sonrisa de golpe y preocupado cogió sus manos. —Nena… He ido al banco y mi tío ha venido a mi despacho. —

Se tensó sin darse cuenta y él suspiró. —Déjalo.

Se dio cuenta de que le estaba haciendo daño con su actitud y lo sintió tanto por él que dijo —No, sigue. ¿Qué te ha dicho?

—Cristine lo está pasando muy mal y ellos también. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero les gustaría cenar esta noche para intentar arreglarlo.

¿Arreglarlo? ¿Y quién iba a arreglarla a ella? Su fisio le había dicho que seguramente jamás se desprendería del bastón. Preocupada miró sus manos unidas. No sabía si se sentía capaz.

—No tienes que hacerlo. Voy a llamarle y…

—Niña, es tu hermana —dijo su abuela desde la puerta del baño—.

Y tu marido. Sé que es muy duro, que te han hecho daño, pero si hay una posibilidad de arreglarlo…

Apretó los labios pensando en su hijo. ¿En serio quería que se relacionara con una mujer que había intentado matarla? Entonces

miró a Bolton a los ojos. Era el hombre de su vida. Jamás podría olvidarle como jamás olvidaría todo el daño que los Drachen le habían hecho. Ahí se dio cuenta de que por mucho que le amara había cosas que jamás podría pasar por alto. Solo pensar en que esa mujer cogiera a su hijo en brazos en algún momento le ponía los pelos de punta. Tenía que hacer algo.

Forzó una sonrisa. —Claro que sí. ¿Pero puede ser mañana? Hoy estoy algo cansada, la rehabilitación ha sido muy dura.

Bolton sonrió y besó sus labios. —Gracias, nena. No te vas a arrepentir. —Se levantó a toda prisa. —Voy a llamarles, estarán impacientes por noticias. Cristine se va a alegrar muchísimo.

En cuanto salió de la habitación su abuela la miró fijamente. —

Niña, ¿qué vas a hacer? Tienes la misma mirada que cuando tu madre iba a meterse en algún lío.

—No lo sé, pero esto ya no puede seguir así. Lo que sí sé es que es mejor suspender la cena de esta noche. Esperaré a decírselo un poco más adelante cuando estemos más relajados. Cuando todo esto haya pasado.

Su abuela sonrió. —Sí, cielo. Cuando todo esto haya pasado y solo sea un mal recuerdo.

Cogió la mano de su marido y con cuidado subió los escalones de la casa de los Drachen con su ayuda. Nervioso tocó el timbre. —Si te sientes mal nos vamos.

Sin ser capaz de decir nada en ese momento asintió y la puerta se abrió de golpe. Su gemela sonrió. —Estás aquí. Me alegro muchísimo.

Pasad, pasad… —Abrió la puerta del todo impaciente y muy contenta. Al entrar en la lujosa casa una criada cogió el abrigo de

Bolton. Él se acercó y cogió las solapas del suyo. Se lo había regalado esa mañana como toda la ropa que llevaba desde que se habían ido a Los Ángeles. Él se había ocupado de que no le faltara de nada desde el accidente. La había cuidado y

protegido, pero de todas maneras estaban allí. Sintió un nudo en la garganta volviéndose para que se lo quitara. —Estoy aquí —susurró en su oído—.

Nena, dale el bolso.

Vio a la criada que extendía la mano y negó con la cabeza. —Llevo mis pastillas. Prefiero quedármelo. Las necesitaré.

—Como quiera, señora. —La mujer sonrió antes de coger el abrigo de manos de Bolton.

Cogió del brazo a su marido y miró de reojo a Cristine que nerviosa se apretaba las manos. —También ha venido James. Nos hemos prometido.

—Me alegro mucho por vosotros.

Cristine susurró —Sé que lo haces. ¿Y sabes que Gregory se ha casado? Ha sido una sorpresa, pero es muy feliz.

—Mejor hablamos de eso en el salón. Ven, nena. Entremos, nos están esperando.

Caminaron hacia allí y Cristine apretó los labios por su cojera. Con el corazón a mil entró en el salón y las dos parejas se levantaron en el acto mientras James al lado de la chimenea sonreía con tristeza mirándola. —

Hola, Gina. Me alegra verte tan bien.

—Gracias James.

—Nena, a mis tíos ya los conoces.

—Sí, nos presentaste en el hospital y a tu tío lo conocí cuando me hice pasar por Cristine.

Su hermana rio por lo bajo, pero ella miró a los ojos a Meredith.

Esta agachó la cabeza mientras Lester forzaba una sonrisa. —Bienvenida a mi casa.

—Gracias.

Bolton se volvió ligeramente. —Y estos son mis padres. A mi padre también le conoces. Y ella es mi madre, también se llama Meredith, pero todos la llaman Merry para evitar confusiones.

Se volvió y miró a la mujer rubia que estaba al lado de Clod. Su corazón se paralizó en su pecho mientras su sonrisa se congelaba viendo los ojos de Bolton en ella. Tembló apretando su mano en el brazo de su marido.

La mujer sonrió dulcemente. —Me alegro muchísimo de conocer al fin a mi nuera.

—¿No me diga? —preguntó con la boca seca. Todos se quedaron fríos con su ironía. Temblando por dentro soltó el brazo de su marido alejándose hacia la chimenea y susurró —James, ¿me sirves un refresco?

Tengo la boca seca. Será por tanta hipocresía y maldad.

—Nena, pero qué… ¡Creía que ibas a darles una oportunidad!

Sonrió disimulando el dolor y se volvió para mirar a aquella mujer.

Mil cosas pasaron por su mente en ese momento, pero se dio cuenta de que lo único que podía sentir era odio. Odio por lo que esa mujer le había hecho. —Serás hija de puta.

—¡Gina! —Bolton parecía escandalizado.

—Hijo, creo que será mejor que te la lleves —dijo Lester.

—¿Por qué haces esto? —Cristine se acercó preocupada. —Solo quieren que todo vaya mejor.

—¿Mejor? ¿Mejor? ¿Acaso me ves mejor que cuando os conocí? —

Su hermana palideció. —¡Te lo di todo! —gritó perdiendo los nervios en su necesidad de desahogarse—. ¡Casi muero por ti! ¿Y qué hiciste tú? —

preguntó con desprecio—. Abandonarme a la primera oportunidad.

—Hijo, creo que deberías llevarte a tu esposa.

Fulminó con la mirada a Merry. —¡Todo fue culpa tuya!

—¿Pero qué dices? ¿Has perdido la cabeza? —Bolton se acercó a ella. —Nos vamos a casa.

Sacó la pistola del bolso y le apuntó a la cara. Bolton palideció mientras todos se quedaban en shock al ver como temblaba con el arma en las manos. —Por Dios Gina, ¿qué estás haciendo? —preguntó su marido.

—Estoy harta de fingir. James cierra la puerta.

Él lo hizo de inmediato y Gina dio un paso atrás apuntando a los demás. —¡Sentaos!

Lo hicieron y sonrió irónica. —Mira que buenos son ahora. Cariño tú también.

—No vas a disparar. Dame la pistola.

Le apuntó al pecho. —¿Quieres probarme? ¡Siéntate!

Él lo hizo lentamente en el sillón que estaba al lado de la chimenea.

—Vaya, los Drachen haciendo al fin lo que se espera de ellos. —Caminó entre los dos sofás apuntando a uno y a otro. —Los todopoderosos que se creen que el mundo es suyo.

—Eso no es cierto —dijo Lester.

Le apuntó al rostro. —¿No me digas? ¿Acaso no te habías comprometido conmigo? ¡Ibas a adoptarme! ¡Sabías que no tenía a nadie!

¡Nos separaste! —gritó furiosa mientras su hermana sollozaba abrazada a James—. ¡Oh por Dios, deja de lloriquear! ¡Eres tan débil que pareces patética!

—¡No le hables así a mi hija!

Apuntó a Meredith a la cara y esta palideció. —Llegamos a la mamaíta. Tan dedicada, tan deseosa de tener un hijo... Tan desesperada por criarlo… No lo había entendido hasta ahora. —Se giró y apuntó a Merry.

Tan parecida a su cuñada que podrían ser hermanas y además se llamaban igual. Sintió que la bilis le subía por la garganta. —Fue culpa tuya,

¿verdad? Tú convenciste a Lester para que me abandonara.

—Nena, ¿pero qué locuras dices? —Vio como su madre miraba a Lester asustada. —Madre dile que eso es mentira. ¡Fue decisión del tío!

—Cariño, qué ciego estás. ¡Fue tu madre la que habló con él en el hospital! Dos mujeres ricas casadas con millonarios. Seguro que siempre han sido muy amigas. ¿No es cierto?

Meredith miró asombrada a su marido antes de que contestara muy tensa —Inseparables. Hemos sido amigas toda la vida incluso antes de casarnos.

—Y tú habías sufrido tanto… Tres abortos nada menos.

Meredith susurró —¿Cómo lo sabes?

—¡Porque una enfermera del hospital escuchó como una mujer le decía a Lester que después de tres abortos no debían pasar por perder otro niño!

Atónita se levantó mirando a Merry. —¿Tú le convenciste?

—Habías pasado por mucho. No necesitabas otra muerte y…

—¡Madre!

—¡Fue Lester el que tomó la decisión!

—Dejándome a mí en el camino. —Se echó a reír. —¿Te gusta el culebrón, cariño? Pues no ha acabado. —Amartilló la pistola mirando con odio a Merry. —Porque fue tu madre la que llevaba el coche esa noche. Es tu madre la que me ha destrozado la vida. En cuanto la vi recordé su rostro tras el volante. Y tu tía estaba a su lado.

Meredith se echó a llorar mientras los hombres las miraban como si no pudieran dar crédito. Cristine se levantó pálida. —¿Es cierto? —gritó mirando a su madre.

—Yo no quería. Habíamos ido al teatro y como tú y yo habíamos discutido pensaba pasar por tu casa para hablar del asunto.

—¡Cállate! —gritó Merry—. ¡Me prometiste que no dirías nada!

—¡No pienso callarme más! ¿No ves el daño que le has hecho a Gina? ¿A tu hijo? ¡Él la ama!

—Por eso lo hizo —dijo Gina con desprecio.

Bolton se levantó. —Nena baja el arma.

—¡No hasta que diga la verdad! ¡No era la primera vez que lo intentaba!

—Joder mamá… —Bolton se llevó las manos a la cabeza y se volvió como si no lo soportara.

Merry levantó la barbilla demostrando su carácter. —Es cierto. No me lo podía creer cuando mi hijo nos dijo que te había visto ante el banco.

Y en cuanto ocurrió el trasplante supe que nos crearías problemas.

—Dios, por eso hablaste conmigo —dijo Lester—. Debíamos apartarla todo lo posible.

—¡Me di cuenta enseguida de lo que se avecinaba! ¡Del escándalo!

Había que evitarlo. Pero…

—Pero nuestro hijo no dejaba de hablar de ella cuando estábamos solos —dijo su marido. Merry le miró a los ojos y él cogió su mano—.

Sabías que se estaba enamorando.

—Era la gemela de Cristine, tenía miedo. Vi como nuestra niña cambiaba por su influencia. Y cuando pidió el trabajo entré en pánico porque Lester iba a hacer que perdiéramos a Cristine y sabía que eso era el principio.

—Por eso las apoyaste y dijiste que le diéramos el trabajo.

—Empecé a seguirla y cuando fue a visitar a su abuela se me ocurrió. Un accidente. Nadie se enteraría. Pero ella se dio cuenta y huyó.

¡Al día siguiente vi cómo se besaban en el aparcamiento confirmando mis sospechas!

Bolton se volvió. —¡Qué has hecho!

—¡Intentar alejarla de tu vida! No es buena para ti. Pero…

Gina dejó caer el brazo. —Pero aquí estoy.

—Nena, nos vamos.

—Hijo…

—¡No! —Se acercó a ella y le quitó la pistola de la mano guardándosela en el bolsillo de la chaqueta, pero Gina seguía mirando a Merry. Vio en sus ojos que no estaba arrepentida. Ella y el dolor que le había provocado le daban absolutamente igual. Bolton al ver su mirada perdida la cogió de las mejillas e hizo que le mirara. —Nos vamos a casa.

—Primo…

—¡No digáis ni una palabra más! —gritó furioso.

Una lágrima cayó por su mejilla por el miedo que vio en sus ojos. —

Igual tiene razón. No soy buena para ti.

—No digas eso. Eres mi vida, ¿recuerdas? No puedo vivir sin ti.

—Solo has traído cosas buenas a la vida de Cristine —dijo James dando un paso hacia ellos—. ¡No tienes nada de malo! —Miró a los Drachen incrédulo. —¡Estáis locos!

Meredith se echó a llorar desgarrada mientras Cristine negando con la cabeza daba un paso atrás. —Sois unos monstruos.

—Hija… —Lester pálido se levantó. —No digas eso. No sabía que Merry…

—¡Tú lo permitiste! ¡Cómo el tío!

Clod apretó los labios. —Ya que es noche de confesiones debo reconocer que me lo imaginé. El coche desapareció esa misma noche y apareció tres días después. Milagrosamente ya no estaba un rayón que le había hecho con una de las columnas del garaje. Decidí mantener la boca cerrada porque la policía estaba investigando.

—¿El único que no lo sabía era yo? —preguntó Lester asombrado.

—¡Me dais asco! —gritó Bolton. Cogió a su esposa en brazos y decidido fue hasta la puerta.

James cogió la mano de Cristine y tiró de ella hacia la salida. —

¡Hija!

Cristine miró a su madre. —Estabas allí. Estabas allí y no me dijiste nada.

Gina enterró la cara en su cuello sin querer escuchar nada más. —

No quiero volver a verlos —susurró.

—No tendrás que hacerlo, te lo juro por mi vida —siseó él antes de besarla en la sien—. ¡James abre la puerta!

—¡Hijo!

Bolton se detuvo en seco, pero no se volvió. James abrió la puerta y a Gina se le cortó el aliento justo antes de que él saliera de la casa sin mirar atrás. Su perfil estaba pálido y ella le abrazó con fuerza.

—Enseguida llegamos a casa, preciosa.

Su chófer que debía haberles visto llegó en ese momento y salió de inmediato para abrir la puerta del coche. Bolton la metió con cuidado antes de rodear el coche para sentarse a su lado. Cristine con los ojos llenos de lágrimas vio como su hermana cerraba los ojos y su primo la cogía por los hombros pegándola a él ordenando que les llevaran a casa. —Dios mío, conocerme le ha destrozado la vida.

Se despertó y vio luz en el pasillo. Bolton no estaba a su lado. Se levantó y caminó hacia allí abriendo la puerta sin hacer ruido. Vio que el cuarto de los trenes estaba abierto y se encontró a Bolton de espaldas a ella guardando los árboles en una caja. Cuando se apoyó en una de las maquetas y suspiró agotado se le encogió el corazón y más aún cuando con rabia dio un manotazo a unos cuantos muñecos tirándolos al suelo. Llevaba días así, sin ser capaz de hablar del asunto, pero cada vez estaba más roto y sabía

que todo era culpa suya. Su sufrimiento le retorció el corazón y dio un paso hacia él. Bolton sorprendido se volvió y ella forzó una sonrisa. —Lo siento.

—Estás descalza. —Se acercó y la cogió en brazos llevándola hacia la habitación.

—No hace frío. —Estaba muy tenso y cuando iba a incorporarse ella le cogió del brazo temiendo que lo que había pasado les separara. —

Háblame, no hemos hablado desde aquella noche.

Él se sentó a su lado. —Es que todavía no puedo creerlo. Sé que no es justo para ti, pero necesito tiempo. —Apartó su mirada como si no soportara verla y se le retorció el corazón. —Aunque hay algo que no deja de darme vueltas en la cabeza, ¿por qué llevabas la pistola?

—Quería que confesara. No soportaba pensar que todos creyerais que era una santa y que me hubiera hecho esto. Quería que lo reconociera, pero al ver a tu madre…

—Lo recordaste todo.

—Lo siento. —Se emocionó por el sufrimiento de su rostro y él lentamente levantó la vista hasta sus ojos. Alargó la mano y acarició su mejilla. Ella cerró los ojos disfrutando de su caricia.

—Yo también lo siento, preciosa. Porque después de estos últimos días no sé si puedo vivir a tu lado después de todo el daño que te hemos

hecho. No puedo soportarlo.

Había temido escuchar esas palabras. —Lo sé. —Abrió los ojos y cogió su mano necesitando tocarle. —Lo siento.

—¡Joder, no te disculpes! —Se levantó furioso. —¡Te destrozamos de todas las maneras posibles! ¡Si hubiera sido yo les hubiera pegado cuatro tiros!

—Entonces habrían destrozado mi vida del todo —susurró sin ser consciente de que lloraba.

Él mirándola impotente apretó los labios. —Te prometí que no te dejaría —dijo destilando dolor—. Que estaría a tu lado.

Odiaba verle sufrir y sabía que lo que había pasado siempre estaría entre ellos. Tenía que dejarle ir. —Tú no has hecho nada. No soy tu responsabilidad, jamás lo fui. Esto ya ha durado demasiado. Este dolor ya ha durado demasiado. Debes seguir tu vida y yo con la mía —dijo mientras su corazón se desgarraba en su pecho.

Bolton apretó los puños. —Te amo, nena.

Intentó contener un sollozo. —Lo sé. Y yo te amo a ti.

Él se acercó y la cogió por la nuca besándola casi con desesperación. Cuando separó sus labios apoyó su frente en la suya. —

Prométeme que si alguna vez me necesitas...

Con la respiración entrecortada asintió y Bolton se levantó de la cama mirándola por última vez antes de salir de la habitación. Se sobresaltó al escuchar el golpe en la pared y cerró los ojos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Sí, perfecto… Que lo trasladen a mi tienda —dijo acariciándose el vientre saliendo de la tienda de segunda mano con el gerente—. Siento que tengas que cerrar, Jim.

—Gracias por quedarte con todo. —Le dio la mano. —Y mucha suerte. ¿Para cuándo es?

—Quedan dos semanas. Y con el calor que hace te aseguro que tengo una gana de soltarlos…

Él se echó a reír. —Lo supongo. ¿Te llamo a un taxi?

—No, he quedado con mi abuela aquí al lado.

—¿No está en la tienda dirigiendo como siempre?

—Le encanta mandar, pero hemos cerrado por inventario. —Le guiñó un ojo. —Cuando quieras pásate por allí. Y si necesitas trabajo…

—Venderé el local y me jubilaré que ya va siendo hora.

—Te deseo mucha suerte, Jim.

Él se despidió con la mano y caminó calle abajo apoyándose en el bastón. Al llegar al semáforo miró impaciente el reloj que su abuela le había regalado en Navidades. Miró al frente distraída y se quedó sin aliento al verse a sí misma en el escaparate de una galería. Palideció caminando entre la gente y se acercó al cristal. No era la antigua Gina, era la nueva Gina en aquel cuadro que había visto tantos meses antes donde Cristine estaba al otro lado rodeada de su

familia. Aunque ahora esos rostros estaban distorsionados y alejados de ella y de Bolton que la miraba como si la anhelara más que a nada.

Un hombre iba a entrar en la galería y de repente se detuvo en seco.

—¿Gina? —Sorprendida miró a James que sonrió antes de mirar atónito su vientre. —¡Gina, qué sorpresa!

Sin aliento susurró —¿Qué es esto, James?

Él miró el cuadro. —Una catarsis, supongo. El galerista lo acaba de vender y Cristine me ha pedido que venga a por su comisión. Le va muy bien, ¿sabes? Y no gracias a su familia. —La observó de arriba abajo antes de carraspear. —Vaya, ¿para cuándo?

—¡Corta el rollo! ¡No podéis vender ese cuadro! ¡Es mío!

—¿Perdón?

—Cristine me lo regaló antes de… —Señaló el cuadro. —¿Eso es verdad?

James apretó los labios. —No se hablan con ellos. Bolton sigue trabajando en el banco, pero su padre y Lester han decidido delegar en él sus cargos. A lo largo de este año terminará haciéndose el jefe de todo. Me ha hecho su mano derecha.

Entonces le agarró por el brazo. —¡Ni se te ocurra decírselo!

—Sí, ya… —Miró su vientre incrédulo. —Esto es un bombazo en toda regla. Como para callarme algo así… Me capa.

—La que te va a capar soy yo como abras la boca. Todavía tengo la pistola —siseó mintiendo descaradamente porque desde esa noche no la había vuelto a ver.

—No te ha olvidado.

Se le retorció el corazón. —Eso no tiene importancia.

—¿Y qué es más importante, Gina? ¿Qué puede ser más importante que intentar ser feliz?

—Jamás seríamos felices juntos. Él no sería feliz a mi lado. —Se volvió alejándose.

—¡Te equivocas! —gritó él antes de que diera la vuelta a la esquina queriendo huir.

Llegó con la respiración agitada al restaurante donde había quedado con su abuela y al ver lo pálida que estaba esta se levantó a toda prisa. —

¿Vas a parir?

—He visto a James. —Se sentó en la silla antes de coger su vaso de agua y bebérselo sintiendo la boca seca. —Mierda.

—Oh.

—¿Oh? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Aparte de que Bolton va a poner el grito en el cielo?

—Bah, seguro que no. —Con el corazón en la boca cogió la carta y la abrió antes de mirar por encima hacia el escaparate.

—¿Crees que va a saltar sobre ti en cualquier momento?

—Muy graciosa.

El camarero se acercó. —Una hamburguesa doble con queso y patatas. Y agua. Mucha agua.

—Lo mismo. A la mierda el colesterol.

—Abuela…

—Estoy hecha un roble. No cambies de tema. Te dije que…

—No me sueltes el sermón de nuevo, ¿quieres? —Muy nerviosa se acarició el vientre por encima. —Eso pasa por salir de nuestra zona.

—Ni que viviéramos al otro lado del telón de acero —dijo su abuela divertida.

—¡Jamás pasan por Queens!

—Bueno, ahora han abierto dos restaurantes que se están poniendo muy de moda. Han salido en el New Yorker, ya sabes cómo son estos pijos.

Al final lo acaparan todo por aburrimiento.

Puso los ojos en blanco y nerviosa miró por su hombro. —¿Y esa hamburguesa? —Se giró y dejó caer la mandíbula al ver a su hermana con la cara pegada al escaparate. Se miraron a los ojos y Cristine puso una cara de decisión que no pudo con ella. Caminó hacia la puerta y abrió de golpe.

La abuela soltó una risita. —Uy, esto se anima.

Cristine se puso a su lado fulminando a la abuela con la mirada. —

¡No me lo dijiste!

—Cielo, eso es cosa de ella. Hablo de temas generales, pero eso es parte de la intimidad de tu hermana. Haber hablado antes. Te lo he dicho mil veces.

—Sí, ya va siendo hora de que hablemos. —De repente Cristine chilló de la alegría sentándose a su lado. —¡Voy a ser tía! —gritó en su cara como si no lo supiera ya—. Bolton se va a poner como loco de la alegría.

Forzó una sonrisa. —¿Tú crees?

Cogió su mano y el bastón cayó al suelo. Su hermana lo cogió y parpadeó sorprendida. —Es el bastón del abuelo Drachen.

Se le cortó el aliento. —¿Qué? Tienes que estar equivocada. Está nuevo.

—Sí, la madera es nueva, pero la empuñadura es la del abuelo.

Tiene el mensaje de la abuela.

—¿Mensaje? —preguntó Antonella.

—Tiene una especie de puzle que contiene un mensaje, pero no he conseguido unir las piezas. Además, no entiendo nada. Ninguna palabra tiene sentido.

—Claro que no. —Su hermana se echó a reír. —Está en alemán. Y

falta una pieza, además. —En la parte que se unía a la madera había una rosca que empezó a girar.

—¡Lo vas a estropear y me lo regaló Bolton!

—¡Qué no! — Sacó la empuñadura y le mostró una hoja enrollada en su interior. —¿Ves?

Le arrebató la empuñadura y sacó el papel con cuidado. Dentro del papel había un saquito de terciopelo que cayó sobre la mesa al desenrollarlo.

—¿Ves? Esta es la última pieza —dijo mostrándole el dibujo que era otra pieza del puzle con unas letras en su interior—. Y la unión de todas dice. Das Gebrüll des Drachen erschreckt mich nicht. Was mich erschreckt, ist, es nicht mehr zu hören. Ich werde dich lieben, solange ich lebe. —Su hermana sonrió radiante y ambas la miraron como si tuviera dos cabezas.

Cristine se echó a reír. —¿Qué? Sé alemán. Unos veranos aburridísimos en Berlín, os lo aseguro.

—¿Qué dice el mensaje?

—El rugido del dragón no me asusta. Lo que me aterra es dejar de oírlo. Te amaré mientras viva. ¿No es bonito? El abuelo tenía mucho carácter. —Se echó a reír. —Mi abuela decía que era insoportable cuando se enfadaba. Y lo era. Los llevaba a todos como velas.

Gina pensativa miró la empuñadura en su mano antes de que sus ojos cayeran sobre la bolsita de terciopelo. Dejó la empuñadura sobre la mesa y cogió la bolsita deshaciendo el nudo para abrirla. Un anillo con un diamante enorme brilló cortándole el aliento y lo sacó haciendo sonreír a su abuela. Pero se dio cuenta de que en la bolsita había algo más y metió el dedo para notar algo de papel. Lo sacó con esfuerzo y lo desdobló a toda prisa. Se emocionó al ver la letra de Bolton.

"Aunque se te dan estupendamente los puzles, supongo que has encontrado la rueda por casualidad. —Sonrió divertida. — *Bueno nena…*

Esperaba que me rogaras que te lo descifrara y entonces te pediría matrimonio como Dios manda, pero como al parecer te me has adelantado ahí va… Jamás podría vivir sin ti. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. — *Y*

aunque mi rugido podría haberte espantado varias veces y mis acciones te han hecho daño, si aún sigues conmigo es que he conseguido que me ames.

Y yo te amo a ti, preciosa. —Una lágrima cayó sobre la nota y la limpió con cuidado mientras ellas se emocionaban. — *Y ya que he dado este paso no pienso echarme atrás. Siempre estaré a tu lado."*

Se tapó la boca de la impresión y Cristine susurró —Lo siento. No pensaba que se te declaraba. Lo he estropeado.

Intentó retener las lágrimas negando con la cabeza. —No, no es culpa tuya. Si no hubiera sido por ti jamás lo hubiera descubierto.

—Qué bonito. —Su abuela dijo —Ponte el anillo, cielo.

—Sí póntelo, es tuyo.

Sin poder evitarlo se lo puso en el dedo. Le quedaba perfecto. —Es hermoso. —Se limpió la mejilla con la mano libre sonriendo con tristeza.

—Él también sufre, ¿sabes?

Levantó la vista cortándosele el aliento. —¿De verdad?

—Mucho. Se acuerda muchísimo de ti y lo veo en sus ojos cada vez que me mira. Es como si se le entristeciera la mirada. —Cogió su mano. —

No ha vuelto a tener la misma relación con ellos. Sobre todo con su madre y a los demás simplemente los tolera. Pero las últimas Navidades las pasó solo. Ni quiso venir a cenar con nosotros. Pero puso un árbol de Navidad enorme en el salón. Se pasó horas decorándolo. Y colocó un montón de regalos bajo el árbol. Le pregunté para quién eran, pero no me contestó y no le dio ninguno a nadie que yo sepa.

Gina se levantó con su bolso en la mano y caminó cojeando hacia la puerta tan rápido como podía. —¡Gina!

Su abuela cogió su mano. —Déjala. Creo que ya se ha dado cuenta.

Bajó del taxi sin esperar la vuelta y fue hasta la puerta del banco. El portero la abrió a toda prisa y parpadeó antes de sonreír. —¿Señorita

Beringer?

—Señora, Señora Drachen.

Caminó lo más rápido que pudo hacia el ascensor y pulsó el botón impaciente. Igual se había ido a comer. Al llegar a la planta donde habían trabajado juntos pasó entre las mesas vacías y se le cortó el aliento al verle en su despacho de espaldas a ella mirando por la ventana con las manos en los bolsillos del pantalón. La puerta estaba abierta y caminó hacia él.

Insegura le abrazó por la cintura pegándose a su espalda. Bolton cerró los ojos llevando sus manos a las suyas para acariciarla casi con desesperación.

—Una vez mi abuela me dijo que estaba hambrienta de amor y que me había enamorado de ti porque eras el hombre que más me había impresionado en ese momento. —Sonrió. —No se equivocaba en que estaba hambrienta de amor ni en que me habías impresionado, pero te hubiera amado pasara lo que pasara y después de todo lo que ha ocurrido estoy más segura todavía.

—Te dejé. Volví a hacerlo. No me extraña que no me dijeras nada del embarazo. Nunca puedes contar conmigo —susurró —. Siempre te fallo.

Se apartó y él se volvió. Se miraron a los ojos. —La última vez te dejé yo.

Él frunció el ceño—No, nena… Yo no soportaba…

—¿En este momento vas a discutirme? Te dejé yo. ¿Si te hubiera dicho que no me hubieras dejado? —Al ver que iba a contradecirla chilló —

¡Ni se te hubiera ocurrido! ¡Si te hubiera rogado no te habrías resistido!

¡Reconócelo! ¡Si te fuiste es porque no querías que sufriera más! ¡Y yo no quería que sufrieras tú! ¿Ya te has torturado bastante?¡Y yo pensando que lo hacía por tu bien! —Se tocó el vientre mientras él la miraba divertido. —

Uff, perdona amor, pero tengo las hormonas un poco alteradas y tenerte delante no me ayuda nada. ¡Y sobre todo diciendo tonterías! —Gimió mirando a su alrededor. —¿No tienes algo de comer por ahí? Es que tus hijos… —Él la cogió por la nuca atrapando su boca y se agarró a su cintura disfrutando de sus caricias. Se devoraron el uno al otro y cuando se apartó ella suspiró antes de abrir los ojos. Emocionada susurró —Dímelo.

—He deseado estar contigo desde que nos separamos. Cada día ha sido una maldita tortura. —Acarició su mejilla hasta su cuello. —Dices que estabas hambrienta de amor como si antes no hubieras sabido lo que se siente cuando te aman, pero has sido tú quien nos has enseñado a todos lo que es amar de verdad. Desinteresadamente, con generosidad y por encima de ti misma. —Emocionada se abrazó a él y Bolton cerró los ojos. —Lo siento, preciosa.

—No lo sientas. ¿No te he dicho que fue cosa mía? No quería que sufriéramos más y al final no hemos dejado de sufrir por estar separados.

Él acarició su espalda como si no pudiera dejar de tocarla. —Te amo tanto…

Sonrió contra su pecho. —El rugido del dragón no me asusta. Lo que me aterra es dejar de oírlo. Te amaré mientras viva.

Bolton sonrió. —Te lo ha dicho Cristine, ¿verdad?

—Qué va.

Él se echó a reír y se miraron a los ojos. —Cásate conmigo.

—Sí, quiero.

Epílogo

Con los dos niños en brazos parpadeó mirando a su hermana. —

¿Qué has dicho?

Cristine le cogió a Bolton. —¿Me lo prestas?

—¡No!

—¡Vamos, tienes otro! Es para ver cómo se desenvuelve mi hombre.

Le veo un poco verde.

—Tú sí que estás verde que el otro día le metiste la tetilla del biberón en la oreja por mirar el móvil.

Su marido sentado a la mesa de la cocina leyendo el periódico reprimió la risa mientras Cristine jadeaba de indignación. —Eso no es cierto.

Su abuela entró en la cocina y jadeó al ver a Cristine con el niño antes de correr hacia ella para cogérselo de los brazos. Su gemela chasqueó

la lengua. —Pues…

Mosqueada caminó hasta su marido y le sentó a Ryan en las rodillas antes de poner los brazos en jarras. —Muy bien, ¿qué pasa?

—¿No está claro, nena? Está embarazada.

—No, qué va. —Miró a su hermana y se llevó la mano al pecho de la impresión porque su rostro le decía que Bolton no había errado en absoluto. —¡No!

—¿Crees que no estoy preparada? ¡Tú tienes dos mocosos, tres tiendas de éxito y un marido! ¡Yo también puedo!

—¿Quién diría que vendiendo trastos llegaríamos tan lejos? —La abuela sonrió orgullosa. —Tu hermana tiene olfato para los negocios.

Gina ignorándola señaló a su hermana. —¡Estás en plena gira para promocionarte! ¡Te estás haciendo un nombre fuera del país!

—Pues ya está hecho.

Puso los ojos en blanco antes de fulminar a su marido con la mirada.

—¡Dile algo!

—Como ha dicho ya está hecho. Y ya es adulta para tomar sus propias decisiones. ¿No lo dices siempre? —Se levantó cogiendo al otro niño en brazos y les miró sonriendo. —¿Vamos a ver los trenes que os ha traído Papá Noel?

Gruñó porque no la apoyaba demasiado, pero tenía razón. Ya era adulta para tomar sus propias decisiones. Suspirando se volvió hacia su hermana que sonrió para que no se preocupara. Se acercó a ella y la abrazó.

—Felicidades.

—Aunque gruñas sé que te alegras. —La besó en la mejilla. —No te preocupes, todo irá bien.

—Es muy duro, ¿sabes? No digo que no estés preparada, pero a veces puedes tirarte de los pelos.

—Por eso la abuela se viene conmigo —dijo como si nada.

Antonella abrió los ojos como platos. —¿Ah, sí?

—¡A ella le echas una mano!

—¡Vivo aquí y tiene niñera! ¡Dos niñeras porque tienen una de noche! ¡No me cambio por nada!

Al verlas discutir sonrió sin poder evitarlo y cuando su hermana se dio cuenta la miró asombrada. —¿De qué te ríes?

—Somos una familia.

Su abuela y su hermana se acercaron de inmediato para abrazarla.

—Claro que sí, niña. Y nos apoyaremos siempre.

Emocionada las abrazó. —¡Nena, esto no tiene pilas!

Puso los ojos en blanco y ellas se rieron limpiándose las lágrimas.

—¡Ya voy, cielo! —Cogió un bote que tenía lleno de pilas y empujó la puerta de la cocina deteniéndose en seco al ver a Bolton en medio del salón ante el gigantesco árbol de Navidad que habían puesto. Su marido apartó una sábana mostrándole un cuadro enorme que tenía en las manos. Se emocionó al verse a sí misma con sus hijos en brazos y Bolton a su lado rodeando sus hombros como si quisiera protegerla. También estaba su hermana con James y la abuela. Sí, eran una familia. Reteniendo las lágrimas escuchó decir a su hermana tras ella. —Bolton me lo encargó para hoy. Feliz Navidad.

—Gracias. —Se acercó a su marido y le besó en los labios. —

Gracias, amor.

—No, mi vida… Gracias a ti por darme tanto.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su

categoría y tiene entre sus éxitos: 1- Vilox (Fantasía)

2- Brujas Valerie (Fantasía)

3- Brujas Tessa (Fantasía)

4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época) 12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina) 21- No me amas como quiero (Serie época) 22- Amor por destino (Serie Texas) 23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina) 25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época) 30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos) 40- No busco marido

41- Diseña mi amor 42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época) 45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia) 48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos) 53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época) 59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada 63- Tú me haces feliz (Serie época) 64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina) 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa) 71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época) 77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia) 82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina) 84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía) 86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos) 93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas) 105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia) 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval) 119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina) 122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana) 126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina) 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina) 131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas) 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana) 135- Deja de huir, mi amor (Serie época) 136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa) 139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas) 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina) 143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas) 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos) 148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época) 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época) 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana) 152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas) 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas) 157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas) 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina) 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos) 162- Dulces sueños, milady (Serie Época) 163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos) 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía) 168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas) 171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1

2. Gold and Diamonds 2

3. Gold and Diamonds 3

4. Gold and Diamonds 4

5. No cambiaría nunca

6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford

2. Lady Johanna

3. Con solo una mirada

4. Dragón Dorado

5. No te merezco

6. Deja de huir, mi amor

7. La consentida de la Reina

8. Lady Emily

9. Condenada por tu amor

10. Juramento de amor

11. Una moneda por tu corazón

12. Lady Corianne

13. No quiero amarte

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

Document Outline

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Epílogo